

Memorias del movimiento obrero mundial

Jaime Rangel

Unión Obrera Comunista
marxista leninista maoísta

**JAIME
RANGEL**

**MEMORIAS DEL
MOVIMIENTO
OBRERO MUNDIAL**

 **Revolución Obrera**

Título Original:

Memorias del Movimiento Obrero Mundial

1a. Edición:

Colombia, enero de 2026

Edición e impresión: Periódico *Revolución Obrera*

Este libro es editado, impreso y distribuido por *Revolución Obrera*,
órgano de la *Unión Obrera Comunista (marxista-leninista-maoista)*.

Se permite y recomienda su traducción, reproducción y muy
amplia difusión

Información y contacto:

www.revolucionobrera.com

contacto@revolucionobrera.com



Contenido

Prólogo	5
A Manera de Introducción	7
CAPÍTULO 1 EL NACIMIENTO DE LA CLASE OBRERA.....	9
CAPÍTULO 2 EL PRIMERO DE MAYO Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN ESTADOS UNIDOS	19
CAPÍTULO 3 EL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA.....	41
CAPÍTULO 4 LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES	57
CAPÍTULO 5 EL CAPITAL. CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA.....	90
CAPÍTULO 6 LA COMUNA DE PARÍS	107
CAPÍTULO 7 EL PROGRAMA DE GOTHA.....	146
CAPÍTULO 8 EL ANTI-DÜHRING	151

Prólogo

El libro que tiene el lector en sus manos es parte del trabajo del camarada Jaime Rangel, uno de los más grandes dirigentes del movimiento comunista en Colombia y de los más notables del Movimiento Comunista Internacional en lo que va del presente siglo. Jaime Rangel se propuso entregar de forma didáctica: «la historia del proceso de formación y desarrollo de la clase obrera en su materialidad (situación, organización, lucha, internacionalización) y en su conciencia (de su situación en la sociedad, sus intereses, sus tareas y misión histórica)», para decirlo en sus propias palabras.

Esta historia del movimiento obrero fue presentada en 33 entregas en el periódico *Revolución Obrera*, órgano central de la Unión Obrera Comunista (mlm) en el transcurso de varios años. Un trabajo que el autor se vio obligado a posponer por periodos ante otras urgencias del movimiento comunista como la lucha contra el revisionismo y la claudicación en Nepal, contra el centrismo en las filas del extinto Movimiento Revolucionario Internacionalista, contra el revisionismo de la «nueva síntesis de Avakian», en la elaboración de la *Propuesta de Formulación de una Línea Para la Unidad del Movimiento Comunista Internacional*, además de las tareas teóricas, políticas y organizativas de la UOC (mlm) de la cual fue su Secretario Político hasta pocos meses antes de su fallecimiento en agosto de 2023.

Por consiguiente su trabajo sobre la Historia del Movimiento Obrero apenas alcanzó a recorrer las primeras etapas desde el surgimiento del proletariado hasta 1878, fecha en que fue publicado *El Antidühring*, quedando pendiente un largo trecho de la historia de nuestro

movimiento; un trabajo que se hace necesario completar por parte de los nuevos camaradas; por cuanto, como decía Jaime Rangel:

Todo obrero que tenga la aspiración de transformarse en proletario consciente debe conocer la historia de su movimiento, su origen, vicisitudes, experiencias, victorias y derrotas en su lucha de clase. Solo así se puede comprender que la teoría es la experiencia del Movimiento Obrero de todos los países tomada en su aspecto general; que, si los obreros no cuentan con un Partido político independiente, su lucha será malograda y puesta al servicio de los intereses de otras clases; que el oportunismo es el principal respaldo de la burguesía en el seno del Movimiento Obrero y sin su derrota será imposible vencer a la burguesía y al imperialismo.

No es una tarea academicista sino de orden práctico para la lucha del proletariado mundial que hoy enfrenta grandes desafíos ante la agudización extrema de las contradicciones del imperialismo que anuncian su muerte; pero que así mismo, hacen resurgir como nuevas, las viejas recetas de los utopistas y los enemigos, que ya han sido derrotadas teórica y prácticamente en la larga lucha del movimiento obrero por su liberación.

Finalmente, la publicación de esta serie de artículos en el presente libro, hace parte de la decisión del Comité de Dirección de la UOC (mlm) de recopilar y publicar los principales escritos del camarada Jaime Rangel con el propósito de rendir homenaje a su memoria y permitirle a las nuevas generaciones, conocer de forma ordenada sus contribuciones a la causa de la emancipación del proletariado y a su lucha infatigable por abolir toda forma de explotación y de opresión sobre la tierra.

Comisión de Agitación y Propaganda
Unión Obrera Comunista (mlm)
Colombia, enero 2026

Memorias del Movimiento Obrero Mundial

Jaime Rangel

A manera de introducción

Cuando se habla de historia, es común el extravío burgués de reducirla al recuento de una serie de sucesos caóticos, aislados y de hazañas de heroicos personajes. No, la historia es el proceso de desarrollo de la humanidad, el movimiento de la sociedad desde niveles primitivos hasta su más perfecta organización alcanzada desde comienzos del siglo XX: el socialismo. Es un movimiento que tal como el de la naturaleza se rige por leyes, cuyo conocimiento fue el gran logro del Materialismo Histórico Marxista.

Una faceta de esa historia de la sociedad es la del Movimiento Obrero internacional, el mejor de los sucesos que le haya podido ocurrir a la humanidad en los últimos siglos, porque constituye todo un torbellino revolucionario que pondrá en orden de nuevo a esta descompuesta y embrollada sociedad que nos ha deparado el capitalismo imperialista.

Todo obrero que tenga la aspiración de transformarse en proletario consciente debe conocer la historia de su movimiento, su origen, vicisitudes, experiencias, victorias y derrotas en su lucha de clase. Solo así se puede comprender que la teoría es la experiencia del Movimiento Obrero en todos los países tomada en su aspecto general; que, si los obreros no cuentan con un Partido político independiente, su lucha será malograda y puesta al servicio de los intereses de otras clases; que el oportunismo es el principal respaldo de la burguesía en el seno del Movimiento Obrero y sin su derrota será imposible vencer a la burguesía y al imperialismo. En pocas palabras, la Historia del Movimiento Obrero es la historia del proceso de formación y desarrollo de la clase obrera en su materialidad

(situación, organización, lucha, internacionalización) y en su conciencia (de su situación en la sociedad, sus intereses, sus tareas y misión histórica).

Empecemos por distinguir entre «Proletariado» y «Movimiento Obrero». Se le llama proletariado a la clase obrera moderna que, si bien es libre individualmente y libre de medios de producción, está atada al salario como una clase de esclavos asalariados. Pertenecen a ella quienes devengan el sustento de la venta de su fuerza de trabajo; venta que no constituye una relación jurídica, sino social. En su mayoría están masivamente concentrados (llámese organizados) en fábricas, y su posición de estar completamente desposeídos de los medios de producción los convierte en la única clase verdaderamente revolucionaria de la actualidad.

Por su parte, el Movimiento Obrero está conformado por los proletarios de todos los países, organizados y movilizados en lucha por los intereses que le son comunes como clase. En un comienzo su lucha era entablada por obreros aislados, después agrupados por fábrica, y más tarde se fue ampliando a los obreros del mismo oficio o diversos oficios en una localidad, ciudad o país.

Así se fue acrecentando su número y concentración, progresó su organización independiente y sus luchas adquirieron el carácter de choques en toda la línea contra la clase de los burgueses. Sin embargo, la organización del proletariado como clase solo se hizo efectiva cuando constituyó su propio Partido político independiente, encargado de dirigir toda la lucha de toda la clase hacia el cumplimiento de su misión histórica: emanciparse y emancipar a la humanidad de la opresión y la explotación capitalistas, lo cual implica liquidar la propiedad privada —soporte básico de la explotación del hombre por el hombre—, terminando con las diferencias de clase por su posición ante los medios de producción y conduciendo la sociedad al socialismo y al comunismo.

Jaime Rangel

CAPÍTULO 1

EL NACIMIENTO DE LA CLASE OBRERA

Del continente europeo, les correspondió a Italia, Inglaterra, Francia y Alemania ser los países donde el capitalismo se impuso por vez primera como el modo de producción dominante de la sociedad; y, por vez primera, colocó como protagonistas en la lucha de clases de esa sociedad a la burguesía y el proletariado.

Durante el siglo XVI, Inglaterra había sido sacudida por varias revoluciones políticas y sociales como parteras del nuevo modo de producción capitalista, nacido de las entrañas del vetusto modo de producción feudal. Aún en el siglo XVII el trabajo se hacía a mano, pues aún no se aplicaba el vapor a la producción, la electricidad estaba por descubrirse y apenas se fraguaban las condiciones sociales para la invención de las máquinas que transformarían la producción.

Y fue justo en Inglaterra donde, a partir del siglo XVI-II, se desató una poderosa **Revolución Industrial** que reemplazó el trabajo a mano por el trabajo con máquinas, sustituyó el taller del artesano y la manufactura por

fábricas que debían concentrar un capital y una gran cantidad de obreros a condición de que fuesen libres (no siervos atados a la tierra) y expropiados (sin propiedad privada sobre los medios de producción). Las pequeñas aldeas se convirtieron en ciudades y pulularon por doquier grandes inventos tales como: la lanzadera de Key (1733), la hiladora mecánica «Jenny» de 16 a 18 husos (1764), la hiladora Crompton (hilo fino y fuerte) (1799), el telar mecánico de Cartwright (1785), la máquina de vapor de James Watt (1767) (que a su vez obligó a aplicar la ciencia y la investigación a la industria, así como a perfeccionar la metalurgia, la minería y la fundición), el buque a vapor de Fulton (1807), la locomotora de Stephenson (1812).

Por su parte, en Francia, la Revolución Industrial tuvo lugar más tarde y fue más lenta que en Inglaterra, tanto así que en la época de la Gran Revolución Burguesa (1789) un 8,7 % de la población se distribuía en las ciudades y un 91,3 % en el campo: la mayoría de la población estaba compuesta por campesinos medio siervos que dependían de una forma o de otra del señor feudal. La revolución industrial era imposible sin acabar con el régimen absolutista feudal, esto es, sin liberar la mano de obra de los campesinos. Solo a comienzos del siglo XIX se extiende el uso de máquinas en las distintas ramas de la producción. La industria de la seda se desarrolló gracias al telar mecánico de Jacquard, perfeccionado luego por Breton, y de 1830 a 1848 el número de máquinas a vapor pasó de 616 a 4853.

Y mucho más tarde que en Inglaterra y Francia llegó la Revolución Industrial a Alemania, y con ella el capitalismo. Hasta 1848, el estamento principal era la aristocracia feudal. Las causas fundamentales del atraso de los Estados alemanes eran: el fraccionamiento político del país y el dominio del orden de cosas feudal y semifeudal. El capitalismo se desarrolló sobre todo en la industria textil y minera, y principalmente en las décadas de 1830 y 1840; pero la naciente industria alemana, solo podía competir

con la experimentada industria inglesa, atacando brutalmente el nivel de vida de los obreros.

La revolucionarización de la producción impregnó a la sociedad con dos consecuencias principales: 1) Aparecen dos clases nuevas: **proletarios y burgueses**; y 2) **coexisten en lucha irreconciliable**.

La configuración del proletariado industrial arranca con el **despojo** a los campesinos. Es cierto que en Inglaterra desde el siglo XV había comenzado la liquidación del régimen de servidumbre, pero los campesinos eran económicamente independientes tan solo en la forma, pues la tierra seguía perteneciendo a los terratenientes. Debido al auge y la demanda de producción de lana y paños, tanto en Inglaterra como en el continente, el proceso de desalojo lo aceleró el capitalismo a fines del siglo XVI y principios del XVII, siendo los campesinos completamente despojados durante el siglo XVIII. Así quedaron doblemente «libres»: de la opresión feudal y de los medios de producción, esto es, quedaron convertidos en asalariados. La otra fuente del proletariado fue la ruina de los artesanos.

Las características de la **situación de la clase obrera** recién nacida se originan en el mismo proceso capitalista y, por tanto, son comunes a los diversos países, a saber:

- Son convertidos en apéndices de las máquinas, con una rigurosa disciplina de fábrica, similar a la de las cárceles.
- Obligados junto con niños y mujeres a trabajar jornadas de 16 y 18 horas para lograr más rendimiento a favor del capitalista.
- Sin ninguna protección en el trabajo, se les obliga a hacerle mantenimiento a las máquinas sin apagarlas para no rebajar la producción, lo cual ocasiona muchos accidentes, la mayoría fatales.

- Reciben salarios de hambre recortados con multas y, para favorecer la reducción de costos del capitalista, les hacen trampas en su liquidación.
- Viven hacinados en barriadas aledañas a las fábricas, antihigiénicas, contaminadas y convertidas en verdaderos focos de enfermedades y epidemias.

Las relaciones económicas y sociales entabladas por las nuevas clases produjeron una consecuencia directa e inmediata: **la acumulación de riqueza en la burguesía y de pobreza en el proletariado**. De ahí que el nacimiento de la clase obrera haya sido una tragedia pero, a la vez, la mejor noticia para la humanidad en toda su historia, porque es la clase destinada a emanciparla definitivamente. La dura situación material de la clase obrera, sumada a la carencia absoluta de derechos políticos, se convirtió en la base objetiva para el florecimiento de su lucha contra la burguesía y el capitalismo.

Comienza la lucha de los Luditas

La clase obrera recién nacida atribuía a las máquinas la raíz de todos los males que padecía. No sospechaba del capitalismo que parecía ser una fuerza indestructible y muy poderosa pero, en cambio, las máquinas sí se podían destruir.

En un comienzo los obreros ingleses solicitaron al parlamento la prohibición de las máquinas; desde luego, les fue negada la solicitud. Deciden, entonces, resolver el problema a su manera: asaltar las fábricas y destruir las máquinas. 8000 obreros de Lancaster (algunos armados) dirigidos por Ned Ludd, en 1779, inician una gran destrucción de máquinas.

Esta lucha se conoce en las Memorias del Movimiento Obrero Mundial, como «El Movimiento de los Luditas». Sus batallas se repitieron en 1811 y 1816, y no solo en Inglaterra, también en Renania, Wesfalia y Silesia —cunas del

movimiento obrero en Alemania—, en la década de 1830, se desarrollan acciones semejantes a las de los Luditas, así como en Francia donde el movimiento de destructores de máquinas fue ampliamente difundido. **El Movimiento de los Luditas fue la forma primaria del Movimiento Obrero.**

Al mismo tiempo, surgió un movimiento huelguístico estrictamente proletario, se fundan las primeras organizaciones obreras bajo la forma de cajas de auxilio mutuo, clubes, sindicatos o asociaciones por oficios. La desastrosa situación de los obreros y sus primeros intentos de organización fueron dos condiciones propicias para desatar una forma de lucha eficaz para resistir a los capitalistas: **la huelga**. Fue tal su impacto que ya en 1799 el parlamento inglés aprueba la ley de prohibición de huelgas, por exigencia de los capitalistas.

La mordaza tiene dos efectos: de una parte, limita temporalmente la lucha obrera pero, de otra, obliga a los obreros a organizarse secretamente y les despierta una inquietud: en el conflicto entre proletarios y capitalistas, el Estado no era neutral, favorecía a los dueños del capital. Su conciencia espontánea solo les dicta que deben luchar por el sufragio universal, surgiendo así organizaciones políticas de carácter democrático, que de por sí reflejan la inclinación de la clase obrera por participar en la lucha política. Pero de inmediato, esa sencilla actividad política de los obreros es declarada **delito** y, como escarmiento, son masacrados en una protesta en la ciudad de Manchester en 1819. La sangre, en vez de ahogar, nutre las protestas que se extienden a varias ciudades, logrando desarrollar formas de organización para el choque violento. No fue en vano, en 1824 el gobierno retira la prohibición de las coaliciones obreras y empiezan a surgir organizaciones sindicales por toda Inglaterra, llamadas tradeuniones.

Se desencadena el movimiento de los Cartistas

En 1836, se fundan en Inglaterra dos organizaciones: la Asociación Obrera de Londres y la Gran Liga del Norte (en Leeds), fueron los centros orgánicos del nuevo desarrollo del Movimiento Obrero llamado **El Cartismo**.

La Carta del Pueblo, redactada en 1838, firmada por 1.250.000 personas y entregada al Parlamento, fue el Programa del Cartismo. El primero de sus seis puntos rezaba: «Voto para cada hombre mayor de 21 años, cuerdo y sin antecedentes penales». Los Cartistas creían que, al obtener estas reformas, se podría tener una mayoría obrera que legislara a favor de los obreros, y en su respaldo organizaron mítines de 80.000, 200.000 y 400.000 personas.

La composición de clase del movimiento en un comienzo era heterogénea, muy mezclado con pequeños propietarios, lo cual le restó fuerza a sus acciones. Entre los obreros había disposición de lucha, pero no tenían un Partido que los dirigiera. El Comité Ejecutivo de los Cartistas redactó una segunda petición con reivindicaciones de carácter muy proletario; el Parlamento rechazó todas las peticiones.

La clase obrera respondió, en los principales centros fabriles del país, con una huelga de carácter político, pues su principal reivindicación era la aprobación de la Carta. Sin dirección, sin organización, esta lucha fue sofocada y desapareció el Cartismo.

De ahí en adelante las tradeuniones inglesas no fueron prohibidas, sino maniatadas por la burguesía de una forma más sutil y efectiva para controlarlas: mediante el soborno a los propios obreros. Así se engendra la más terrible fisura y división que ha padecido el Movimiento Obrero Mundial durante toda su historia: **la aristocracia obrera**, esto es, la fracción de la clase obrera (sobornada) que defiende la ideología y los intereses de la burguesía, en

el propio seno del movimiento obrero. No por casualidad fue, más adelante, la base social del **oportunismo**.

El Movimiento Cartista fue el primer movimiento verdaderamente político y de masas de la clase obrera. Su lucha no fue en vano: en 1842 se prohibió el trabajo en el subsuelo para mujeres y niños; en 1844 se fijó en 5 horas y media la jornada para los niños textiles; en 1847 se fijó en 10 horas la jornada laboral.

Llegan las insurrecciones y revoluciones obreras

Durante las primeras décadas del siglo XVII, el capitalismo tuvo gran desarrollo en países de Europa continental y con él sobrevivieron las crisis económicas y sociales, y los estallidos de movimientos espontáneos en Austria, Sicilia, Bélgica, Alemania, Francia. En este último, a partir de 1830 se impuso la organización de fábrica en la producción de algodón, lana, seda, lino y papel. Y organizar la producción significaba organizar a los obreros, cuyas huelgas, manifestaciones de masas, sociedades secretas y hasta insurrecciones armadas fueron fenómenos corrientes en esta época.

En julio de 1830 los obreros de París empuñaron las armas, iniciando un alzamiento que se transformó en revolución. La falta de organización independiente de los obreros permitió a la burguesía alzarse con el triunfo: fue derrocado el monarca Carlos X (representante y vestigio de la reacción feudal) y colocado en el trono a Luis Felipe de Orleans (representante de la nueva burguesía financiera).

El Movimiento Obrero independiente en Francia comenzó directamente con las insurrecciones de los obreros de la seda en Lyon de 1831 y 1834. El 21 de noviembre de 1831 fueron masacrados manifestantes obreros tejedores en Lyon y, como siempre, creció la indignación y luego de tres días de lucha armada los obreros se adueñaron de

Lyon. Pero carecían de Partido, de Programa, de vínculos tanto con los obreros de otras ciudades como con los campesinos. Así, la insurrección fue sofocada, pero su importancia histórica no pudo ser borrada porque demostró el surgimiento de una nueva fuerza en Francia: la clase obrera.

Los años entre 1830 y 1848 estuvieron llenos de levantamientos que no tienen parecido en otros países, ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en Estados Unidos: rebelión de los obreros de París en junio de 1832 y abril de 1834; insurrecciones de los obreros de Lyon en 1831 y 1834; insurrección en 1839, dirigida por Augusto Blanqui (dirigente revolucionario, comunista utópico, quien organizó grupos clandestinos, pero su método era pasar por encima del movimiento de masas y realizar acciones individuales que la clase obrera miró con simpatía pero sin seguirlo; de ahí que los «modernos» métodos de guevaristas e «izquierdistas» sean tan antiguos como Blanqui y, en ocasiones, los denominemos «Blanquismo»); disturbios en Lille, Clermont Toulouse en 1840; grandes huelgas de inspiración política de carpinteros y ebanistas en 1833 y 1845 en París; huelga de mineros en Anzin en 1833 y en St-Etienne en 1844 y 1846; revoluciones obreras en París en febrero y junio de 1848.

El 22 de febrero de 1848 se convocó a un banquete que debía terminar en manifestación, pues la actividad política había sido prohibida por el gobierno. Se dio una circunstancia especial: la guardia nacional, en un primer momento, se negó a reprimir a los obreros. El pueblo (burgueses republicanos y obreros socialistas) ocupó el palacio, el rey Luis Felipe salió de huida, dejando el campo para establecer un Gobierno Provisional con dualidad de poderes: los burgueses republicanos se oponen a las reivindicaciones obreras, los obreros socialistas exigen reivindicaciones que afectan los intereses burgueses. Entre los socialistas se incluían pequeñoburgueses moderados como Luis Blanc,

quien atacaba el capitalismo, pero rechazaba la teoría de la lucha de clases.

La carencia de dirección en los obreros (incluso Proudhon, ideólogo de la pequeñaburguesía y fundador del anarquismo, confiaba en la Asamblea Nacional de la cual era miembro) contribuyó a que la dualidad de poderes se inclinara a favor de la burguesía. En mayo es arrestado Augusto Blanqui y, el 24 de junio, es decretado el Estado de sitio, y fueron lanzados contra la clase obrera, la guardia móvil y el ejército; no obstante la ausencia de dirección, los obreros libran una lucha heroica hasta el final en su último bastión, el barrio St. Antoine. A partir de allí se generaliza la masacre: no menos de 100.000 muertos y 15.000 condenados a trabajos forzados en las colonias. Fue esta la primera gran guerra civil entre el proletariado y la burguesía en Francia.

El *Atelier*, uno de los más importantes periódicos redactado por obreros, publicó el Programa de reivindicaciones para la Revolución de 1848 en su primera etapa:

1. Limitación de la jornada de trabajo
2. Abolición del sistema de los subcontratistas
3. Reglamentación de la colocación
4. Establecimiento de un salario mínimo
5. Supresión de la obligación de la libreta de trabajo
6. Reglamentación de la competencia hecha a los obreros con la mano de obra de prisioneros o conventos
7. Transformación profunda de los consejos de conciliación
8. Indemnización por los accidentes de trabajo
9. Cajas de retiros para la vejez
10. Libertad de reunión, de coalición y de asociación

Entre tanto, en Alemania, en 1844 ocurre la insurrección de los tejedores de Silesia, con la cual comienza el Movimiento Obrero de masas en ese país. Los tejedores sufrían doble yugo: del empresario acaparador y del terrateniente, a quien debían pagar impuestos por derecho a tejer. Los obreros silesianos pagaban impuesto agrario, impuesto estamental, tributo por la tierra, prestaciones personales o compensadas en dinero, tributos comunales, desembolsos para escuelas, desembolsos para seguros contra incendios, etc. En 1848 se libra un movimiento de carácter violento contra el hambre, conocido como «La guerra de las patatas», y se libró en vísperas de las revoluciones de 1848 en Europa.

En Alemania eran muy reducidas las posibilidades de organización de asociaciones proletarias revolucionarias, pues el yugo político era muy pesado; por eso, las primeras organizaciones obreras surgieron en el extranjero. Las más importantes organizaciones fueron la Unión Popular Alemana, en París (de emigrados) en 1832; la Liga de los Miserables, en 1833; la Liga de los Justos, en 1836; la Liga de los Comunistas, en 1847, de cuyo seno brotaría el **primer programa político** verdaderamente independiente para el Movimiento Obrero: el *Manifiesto del Partido Comunista*.

CAPÍTULO 2

EL PRIMERO DE MAYO Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN ESTADOS UNIDOS

Surge el Movimiento Obrero en Estados Unidos

La colonización de Estados Unidos estuvo vinculada de modo indisoluble al proceso de acumulación originaria con sus clásicas características: exterminio masivo de indígenas, apropiación de tierras, desalojo de pequeños granjeros, cruel explotación de obreros asalariados, trabajo forzado de blancos, esclavitud de negros, trata de esclavos y contrabando rayano en la piratería. Desde 1763, en lo que se llamó la «Paz de París», Inglaterra impuso su reputación colonizadora sobre otros países colonizadores (Francia, Holanda, España), los mismos que años más tarde apoyarían la Guerra de Independencia que con la batalla de Yorktown, en 1781, selló el fin del coloniaje inglés en América del Norte.

Muchos de sus habitantes eran oriundos de la metrópoli inglesa, llegados a América como buscadores de «felicidad», pues no eran pocas las noticias exageradas que

llegaban a Europa pintando a Estados Unidos como un país donde la «gran propiedad pública de la tierra» le permitía vivir confortablemente a toda su población.

En el apéndice a la edición americana de la famosa obra de Federico Engels, titulada *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, se encuentra el siguiente pasaje: «Había dos factores que durante largo tiempo previnieron que las consecuencias inevitables del sistema capitalista no se revelasen en América en toda su amplitud. Estos eran el acceso a la propiedad de la tierra barata y el gran contingente de emigrantes. Permitían a la gran masa de la población americana nativa retirarse a una edad temprana del trabajo asalariado y hacerse granjeros, comerciantes o incluso empresarios, mientras que lo más duro del trabajo asalariado, con su estatus de proletario de por vida, caía en su mayor parte sobre el inmigrante. Pero América había crecido desde esa fase primaria, habían desaparecido los bosques vírgenes sin límites y las praderas aún más ilimitadas iban pasando cada vez con mayor rapidez de las manos de la nación y de los estados a las de los propietarios privados. La gran válvula de seguridad contra el crecimiento de un proletariado permanente había dejado de funcionar de modo efectivo».

Y en verdad que la posibilidad de convertirse en granjero del Oeste, para el proletario desarraigado de Europa que llegaba al Este, fue casi siempre tan solo una posibilidad teórica, pues carecía de posibilidades materiales para atravesar el continente, y de herramientas y aperos agrícolas para arrancarle a la tierra su sustento. En su inmensa mayoría, tal como aún ocurre hoy, los «buscadores de felicidad» encontraron una cruel explotación a manos de la burguesía colonial y de los plantadores esclavistas; estos últimos eran a su vez los compradores, tal como en la antigua Roma, de miles de esclavos negros procedentes de África.

En el censo de 1850 se encontró que un 10 % de la población de Estados Unidos era de inmigrantes, entre los cuales, los obreros constituían cerca de la cuarta parte y muchos de ellos habían participado en las luchas del Movimiento Obrero en Europa; todos fueron a parar como mano de obra libre a la industria y sus grandes fábricas asentadas en el Este, en ciudades como Chicago. Las primeras máquinas y fábricas aparecieron en América en la década de 1780, pero el amplio desarrollo industrial se logró entre 1820 y 1840 y, con él, la formación de la burguesía y del proletariado.

Como ya lo sabíamos por la experiencia en Europa, la situación de la clase obrera naciente en Estados Unidos también era miserable, con largas jornadas, con gran explotación de las mujeres y los niños, con grandes diferencias entre la situación de los obreros blancos y los negros, entre los calificados y los no calificados, entre el salario de los hombres y el de las mujeres; y sobre esa base material se desarrolló el movimiento obrero en Estados Unidos.

A las numerosas huelgas que desde el siglo XVIII se llevaron a cabo sobre todo en la minería y en la industria naval, la burguesía las calificaba como «motines» y los castigaba severamente. Así mismo, el gobierno había declarado complot criminal toda asociación obrera, lo cual no pudo evitar que, aunque pocas, se fundaran asociaciones obreras secretas y, más tarde, sindicatos en las grandes ciudades, cuyas reivindicaciones fueron: el sufragio universal, la concesión gratuita de parcelas, la organización de escuelas y bibliotecas, la regularización de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo.

Un amplio movimiento de masas se desató en la década de 1830, empuñando como principales reivindicaciones: la jornada laboral de 10 horas e instrucción general; logra conquistar, en 1840, esa jornada para todas las empresas públicas y la enseñanza general en varios Estados. A

partir de 1845 se intensificó el movimiento obrero, librando grandes huelgas que, aunque fueron sofocadas con la fuerza armada, se constituyeron en preámbulo y preparación de las históricas jornadas de 1886 en la ciudad de Chicago y el resto del país.

En el año 1986, con ocasión del Centenario de esas batallas del Movimiento Obrero, los camaradas del Partido Comunista Revolucionario de Estados Unidos publicaron una semblanza histórica, en la cual narran con lujo de detalles los acontecimientos, precisan las tendencias políticas existentes, así como los puntos débiles y fuertes del movimiento, que a continuación reproducimos.

Haymarket 1886 y el «Elemento Problemático»

En 1885, una circular recorrió de mano en mano las filas del proletariado en Estados Unidos. Con las siguientes palabras, hizo un llamamiento a realizar acciones de toda la clase el 1° de Mayo de 1886:

«¡Un día de rebelión, no de descanso! Un día no ordenado por los voceros jactanciosos de las instituciones que tienen encadenado al mundo del trabajador. ¡Un día en que el trabajador hace sus propias leyes y tiene el poder de ejecutarlas! Todo sin el consentimiento ni aprobación de los que oprimen y gobiernan. Un día en que con tremenda fuerza la unidad del ejército de los trabajadores se moviliza contra los que hoy dominan el destino de los pueblos de toda nación. Un día de protesta contra la opresión y la tiranía, contra la ignorancia y la guerra de todo tipo. Un día en que comenzar a disfrutar “ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso, ocho horas para lo que nos dé la gana”».

Hace cien años, el 1° de mayo de 1886, una huelga general estalló por todo Estados Unidos. En pocos días culminó en los sucesos por siempre asociados con el nombre Haymarket. En 1889, el congreso fundador de la nueva

Segunda Internacional marxista declaró el Primero de Mayo un día para acciones mundiales del proletariado [...].

Bravo polvorín en preparación

Antes, la vida en Estados Unidos, incluso para los inmigrantes pobres, era mejor que en los países que habían abandonado. Con el explosivo crecimiento industrial y el robo sistemático del continente a los mexicanos y los pueblos autóctonos, había escaseado la mano de obra; como resultado, el desempleo era poco y los sueldos eran relativamente altos. Además, ese recurso especial de Estados Unidos «tierra gratis (es decir, robada)» les dio a sectores de la clase trabajadora por lo menos la esperanza de obtener propiedad. La esperanza de encontrar una oportunidad e incluso una mania especulativa alentaba a los trabajadores. No obstante, en la década de 1880 grandes cambios socavaron la base material de tales «sueños americanos».

La clase capitalista había derrocado a los esclavistas del Sur unas décadas antes y, durante la década de 1870, reasimiló a los esclavistas en un orden más moderno [...].

Al mismo tiempo, más o menos, se concluyó la última de las «guerras indígenas». [...] Para muchos trabajadores, la conquista final de los indígenas marcó el fin de los sueños de ir al «oeste». No había más «tierras gratis» que robar, ni una «válvula de seguridad» para la reserva de mano de obra. Junto con eso, en 1873 ocurrió una devastadora «Gran Depresión» que duró dos décadas.

El número de desempleados ascendió vertiginosamente. La automatización de labores especializadas produjo cambios históricos en la estructura de la clase obrera. La pobreza, con todas sus úlceras, se mostró como nunca.

Habiendo aplastado a los indígenas, robado a México, derrotado a los esclavistas y traicionado a los esclavos, el capital estadounidense recurrió a engordarse con mano

de obra importada en sus fábricas. Sin embargo, mientras la clase dominante consolidaba su sistema de oropel, en medio de la escualidez, hombres y mujeres comenzaban a tener nuevos sueños: sueños proletarios. En una babel de idiomas, estos sueños se expresaron en la política.

La tempestad se prepara

Después de 1877, las dos clases entendieron bien que pronto estallarían nuevos conflictos. En el horizonte la burguesía veía una «Comuna americana» y preparaba medidas sangrientas para reprimirla; en las ciudades principales convirtió los arsenales en fortalezas; transformó la Guardia Nacional en un ejército con armas modernas; contrató grandes ejércitos privados de informantes, matones y Pinkerton (guardias privados).

Los trabajadores también se preparaban, política y militarmente. Formaron sociedades secretas, tradeuniones y partidos de la clase obrera, y en su seno se debatía cómo deberían responder los oprimidos al deterioro de su situación. Hoy, cuando las palabras «movimiento laboral americano» evocan instantáneamente imágenes de chovinismo (nacionalismo burgués) y reacción, es difícil imaginarse la luz radical que otrora emanaba de los sindicatos.

En ese entonces los sindicatos eran redes semilegales (en la práctica, completamente ilegales) en las fábricas. La policía rutinariamente dispersaba las reuniones de los trabajadores, golpeando y encarcelando a los organizadores. [...] En ese entonces hacer huelga quería decir hacer guerra contra todos los poderes de la sociedad. El reclutamiento de equipos de esquirols en los hambrientos tugurios era cosa de todos los días. Los paros, incluso los que se concentraban en demandas claramente económicas, rápidamente se convertían en rebeliones radicales y se extendían a la clase como un contagio.

Chicago dio a luz un mundo particularmente radical. El núcleo del Sindicato Central de Trabajo (la mayor de las

redes sindicales en competencia) lo constituían revolucionarios. En este contexto, los revolucionarios circulaban una prensa verdaderamente incendiaria: el periódico bisemanal en inglés de Albert Parsons, el *Alarma*, tenía de dos a tres mil lectores. August Spies era el director del diario en alemán *Arbeiter Zeitung*, con una circulación de cinco mil ejemplares. Salían otros órganos revolucionarios, y se realizaban estimulantes polémicas y propaganda en tres o cuatro idiomas.

En 1885 el Sindicato Central de Trabajo de Chicago aprobó una resolución que concentra el estado de ánimo de los obreros: «Llamamos urgentemente a la clase asalariada a armarse para poder presentar a sus explotadores el único argumento que puede ser efectivo: la violencia». Tales llamamientos no eran abstractos. En Chicago, un núcleo de trabajadores, en su gran mayoría de Alemania, formaron milicias armadas llamadas *Lehr und Wehr Vereins* (Asociaciones de Estudio y Resistencia) para responder del mismo modo a la violencia de los ejércitos privados de los patronos. También se formaron el Club Inglés (para los trabajadores angloparlantes), los Francotiradores de Bohemia (para los checoslovacos) y un grupo francés. Hay crónicas de diez compañías, muchas dirigidas por veteranos de las guerras europeas y estadounidenses. No es de extrañarse que la burguesía respondiera en 1879 prohibiendo estas milicias obreras [...].

Mientras tanto, las fuerzas radicales de la clase obrera crecían paralelas al claro fracaso de las actividades electorales. En las urnas se reprimieron las aspiraciones de la clase obrera con los medios más crudos: votos fraudulentos, sobornos y ataques policiales.

Como resultado, en los choques brutales de 1877 y sus complejas secuelas, un sector significativo del proletariado, concentrado especialmente en Chicago, comenzó a tener una profunda desconfianza del sistema constitucional del país como vehículo para la emancipación. Se les

llamó «el elemento problemático»; una fúrica [sic] historia burguesa dice que «consistían principalmente de las clases más bajas e ignorantes de bávaros, bohemios, húngaros, alemanes, austriacos y otros que celebraban reuniones secretas en grupos organizados armados y equipados como los nihilistas de Rusia y los comunistas de Francia. Se autodenominaban socialistas. Su emblema era rojo».

Desafortunadamente, el principal partido socialista organizado de ese entonces, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), cayó bajo el control de reformistas que adoraban la arena electoral y rechazaban la lucha armada. Aunque esos revisionistas a veces se declaraban partidarios de Carlos Marx, eran precisamente gente de la calaña de la que Marx escribió: «Sembré dientes de dragón y coseché pulgas». El PST expulsó a las fuerzas de Lehr und Wehr, diciendo que los trabajadores armados manchaban la imagen de su partido.

La ideología socialista que prevalecía en los sectores de trabajadores de inclinaciones más revolucionarias era el anarquismo, en una forma sindicalista particular llamada la «Idea de Chicago».

El aspecto revolucionario de la «Idea de Chicago»

La «Idea de Chicago» se expresó en un manifiesto anarquista escrito en el Congreso de la Asociación Internacional del Pueblo Trabajador (IWPA), en Pittsburgh, en octubre de 1883, proclamó:

«Este sistema es injusto, demente y asesino. Así que es necesario destruirlo totalmente con todos los medios posibles y con la mayor energía de parte de todos los que sufren bajo él y que no quieren ser responsables de que siga existiendo debido a su inactividad».

«Agitación con fines de organización; organización con fines de rebelión. En estas pocas palabras se trazan los caminos que los trabajadores deben seguir si quieren deshacerse de sus cadenas...».

«Si pudiera haber dudas sobre este punto, hace mucho deben haberlas borrado las brutalidades que el burgués de todo país “en América, así como en Europa” comete constantemente, cada vez que el proletariado en cualquier parte busca enérgicamente mejorar su situación. Salta a la vista que la lucha del proletariado con el burgués será de un carácter revolucionario, violento».

La «Idea de Chicago» combatió específicamente la noción de que el terror y el asesinato individual pueden destruir al opresor. Buscaba un movimiento de masas de la clase obrera que no abandonara la lucha por migajas. Para los revolucionarios y para la burguesía la Comuna de París era un modelo de lo que podría surgir.

Para los historiadores revisionistas y de otro tipo que escriben sobre el primer Primero de Mayo, esta afinidad a la violencia revolucionaria es algo para esconder o criticar. Sin embargo, ¿qué revolucionario auténtico hoy puede encontrar aquí razón de crítica?

La verdadera debilidad de la «Idea de Chicago» y su movimiento radicó en su culto de la espontaneidad. Se creyó dogmáticamente que unas estructuras sindicales amorfas solas serían vehículos suficientes para una victoria revolucionaria. Esto provenía de los principios anarquistas de que solo es necesario romper el casco de la vieja sociedad con una resuelta huelga general de los trabajadores y que un nuevo mundo surgirá automáticamente de la autoorganización de los oprimidos. Un «orden natural» místico, no un nuevo Estado revolucionario, era su meta. Planearon dispersar el poder estatal, no ejercerlo.

La movilización de fuerzas

Después de que el proletariado se recuperó de los sucesos de 1877 [ola de huelgas reprimidas a sangre y fuego], el movimiento se extendió como un incendio incontrolable, especialmente cuando se concentró en la demanda de la jornada de ocho horas.

En 1884, una de las redes sindicales nacionales, la Confederación de Gremios Organizados y Tradeuniones, convocó a un día nacional de acción. El 1° de mayo de 1886, propusieron, los trabajadores simplemente impondrían la jornada de ocho horas y cerrarían las puertas de cualquier fábrica que no accediera. La demanda de ocho horas se iba a transformar de una demanda económica de los trabajadores contra sus patronos inmediatos a una demanda política de una clase contra otra.

El plan recibió una tremenda y entusiasta acogida. [...] No es necesario explicar por qué el «movimiento de ocho horas» recibió un apoyo tan ferviente. El día de trabajo típico era de dieciocho horas. Los trabajadores, literalmente, trabajaban hasta morir; su vida la conformaba el trabajo, un descansito y el hambre. Antes de que los trabajadores como clase pudieran alzar la cabeza hacia lejanos horizontes, anhelaban momentos libres para pensar y educarse.

En las calles, trabajadores alzados cantaban: «Nos proponemos rehacer las cosas. / Estamos hartos del trabajo por nada, / escasamente para vivir; / jamás una hora para pensar».

El año 1886 fue un «año loco». Incluso antes de la primavera, comenzó una ola de huelgas a nivel nacional. Dos meses antes del Primero de Mayo, escribe un historiador, «ocurrieron repetidos disturbios (en Chicago) y se veían con frecuencia vagones llenos de policías armados que corrían por la ciudad». El director del *Chicago Daily News*

escribió: «Se predecía una repetición de los motines de la Comuna de París».

En las filas de los trabajadores, la tempestad que se preparaba suscitó un debate intenso. Varias tendencias políticas dudaban seriamente del movimiento... por razones diametralmente opuestas. El liderato extremadamente conservador de los Caballeros del Trabajo sacó una circular secreta con su posición. Este credo de «trabajo educacional paciente y lento» es muy reconocible hoy: «Ninguna asamblea de los Caballeros del Trabajo debe hacer huelga por el sistema de ocho horas el 1° de mayo con la impresión de que están obedeciendo órdenes del liderato, porque tal orden no se dio y no se dará. Ni el patrón ni el empleado conocen las necesidades y las exigencias del plan de menos horas. Si una rama de trabajo o una asamblea está en tal condición, recordemos que hay muchos completamente ignorantes del movimiento. De los sesenta millones de habitantes de Estados Unidos y Canadá, nuestra orden posiblemente cuenta con trescientos mil. ¿Podemos moldear el sentimiento de millones a favor del plan de menos horas antes del 1° de mayo? No tiene sentido pensarlo. Aprendamos por qué nuestras horas de trabajo deben reducirse y luego enseñémoslo a otros [...]».

En contraste, los anarquistas criticaron el «plan de ocho horas» porque, como demanda, pensaban que no atacaba directamente al sistema. Igual que Marx, cuyas obras habían estudiado varios líderes, creían que «en vez del credo conservador, “¡un sueldo justo de un día por el trabajo justo de un día!” (la clase obrera) debe inscribir en su estandarte la consigna revolucionaria: “¡Abolición del sistema de salarios!”».

Sin embargo, a diferencia de Marx, los anarquistas no captaron el papel que un movimiento político de toda la clase podría jugar para aglutinar al proletariado en una fuerza consciente de clase. Albert Parsons militó mucho

tiempo en las Ligas de Ocho Horas, pero hasta diciembre de 1885 escribió en su periódico *Alarma*: «A nosotros, de la Internacional (hacia referencia a la anarquista IWPA-COR) nos preguntan con frecuencia por qué no apoyamos activamente al movimiento de la propuesta de ocho horas. Echémosle mano a lo que podemos conseguir, dicen nuestros amigos de ocho horas, porque si pedimos demasiado podríamos no recibir nada. Contestamos: Porque no haremos compromisos. O nuestra posición de que los capitalistas no tienen ningún derecho a la posesión exclusiva de los medios de vida es verdad o no lo es. Si tenemos razón, pues reconocer que los capitalistas tienen el derecho a ocho horas de nuestro trabajo es más que un compromiso; es una virtual concesión de que el sistema de salarios es justo». La prensa anarquista sostenía: «Aunque el sistema de ocho horas se estableciera en esta tardía fecha, los trabajadores asalariados... seguirían siendo los esclavos de sus amos».

Tal posición ignoraba el avance de la lucha de clases en ese momento: antes de esa década, la burguesía había jugado un papel predominante en el movimiento revolucionario y ejerció el liderato de la lucha contra el sistema de esclavitud. En este contexto, la demanda de «ocho horas» jugaba un papel crucial para diferenciar las nacientes corrientes proletarias de las de otras clases.

Objetivamente, los trabajadores estaban trazando una línea de batalla entre clases y, a pesar de las tergiversaciones subsiguientes de los historiadores, así fue como llegaron a ver el «movimiento de ocho horas» todos los lados. Naturalmente, algunos trabajadores se apresuraron a unirse por razones no más elevadas que ganar un día de trabajo más corto para sí o para su taller. La naturaleza de todos los grandes movimientos es que atraen la participación de capas anteriormente pasivas e inconscientes del proletariado. Sin embargo, decir que eso fue la esencia de 1886, como lo hacen los revisionistas, es más que una

mentira. Pretende establecer que el proletariado no tiene aspiraciones más elevadas que un poco de tiempo libre y bienestar dentro de este sistema.

A diferencia de Powderly, los anarcosocialistas de Chicago, una vez que se dieron cuenta del impacto objetivo de tal movimiento histórico, simplemente no estaban dispuestos a ir contra la corriente. Echaron a un lado sus prejuicios previos y entraron a un movimiento, en gran medida espontáneo, para infundirle un contenido revolucionario.

Parsons escribió que sus fuerzas se unieron «primero, porque era un movimiento de clase contra la dominación, y por eso histórico, revolucionario y necesario; y segundo, decidimos no mantenernos apartados para que no nos malentendieran nuestros compañeros de trabajo».

El 19 de marzo de 1886, el *Arbeiter Zeitung* escribió: «Si no nos movemos pronto para una revolución sangrienta, no dejaremos a nuestros hijos más que la pobreza y esclavitud. Así que prepárense, con toda discreción, para la revolución». Las Lehr und Wehr Verein cobraron fuerzas; al aproximarse la primavera contaban con más de mil militantes. Se hablaba de milicias de defensa similares en Cincinnati, Detroit, St. Louis, Omaha, Newark, Nueva York, San Francisco, Denver y otras ciudades.

Al aproximarse el día definitivo, marchas semanales recorrían las calles de Chicago con pancartas así: «La revolución social», «Abajo el trono, el altar y los adinerados» y «Obreros ármense». Durante las marchas nocturnas, con antorchas iluminándoles la cara, los trabajadores cantaban: Millones de trabajadores están despertando / ahí están marchando adelante. / Todos los tiranos están temblando / antes de que se desvanezca su poder.

La víspera del Primero de Mayo, el *Arbeiter Zeitung* publicó los siguientes pasajes, que muestran el tono de

confrontación que imperaba: «¡Adelante con valor! El Conflicto ha comenzado. Un ejército de trabajadores asalariados está desocupado. El capitalismo esconde sus garras de tigre detrás de las murallas del orden. Obreros, que vuestra consigna sea: ¡No al compromiso! ¡Cobardes a la retaguardia! ¡Hombres al frente!».

«La suerte está echada. Ha llegado el Primero de Mayo. Durante veinte años el pueblo trabajador ha venido pidiendo que los concusionarios establezcan el sistema de ocho horas, pero lo han entretenido con promesas. Hace dos años los trabajadores decidieron que se debe introducir el sistema de ocho horas en Estados Unidos el primer día de mayo de 1886. En todas partes, se reconoció lo razonable que era esta demanda. Todos, aparentemente, estaban a favor de reducir las horas; pero al aproximarse la hora, se perfiló un cambio. Lo que en teoría era razonable y modesto pasó a ser insolente e irrazonable. Finalmente quedó claro que el himno de ocho horas se cantó solamente para alejar a los burros de trabajo del socialismo».

«Que los trabajadores pueden insistir enérgicamente en el movimiento de ocho horas, jamás se le ocurrió al patrón... Lo que hay que ver es si los trabajadores se someterán o harán que sus verdugos potenciales reconozcan las ideas modernas. Esperamos que sea lo último».

Ese número del periódico publicó una advertencia prominente: «Se dice que en la persona de uno de los camaradas arrestados en Nueva York se encontró una lista de miembros y que a todos los camaradas comprometidos los han arrestado. Así que, destruyan todas las listas de miembros y libros de acta donde se tengan tales cosas. Limpíen sus armas, completen sus municiones. Los asesinos a sueldo de los capitalistas, la policía y la milicia, están listos a matar. Ningún obrero debe salir de su casa en estos días con los bolsillos vacíos».

La clase dominante también hacía sus preparativos, apuntando especialmente al liderato de los trabajadores. El *Chicago Mail* sacó un editorial ominoso: «Hay dos ru-fianes peligrosos sueltos en esta ciudad; dos cobardes es-curridizos que se proponen armar bronca. Uno se llama Parsons; el otro se llama Spies... Obsérvenlos hoy. No les quiten el ojo de encima. Háganlos personalmente respon-sables de cualquier problema que ocurra. Denles un casti-go ejemplar si ocurren problemas».

¡Primero de Mayo!

Primero de Mayo de 1886. Un periódico de Chicago in-formó: «No salía humo de las altas chimeneas de las fáabri-cas y talleres; y todo tenía un aire dominical». El *Philadel-phia Tribune* escribió: «Al “elemento obrero” lo ha picado una especie de tarántula universal... se ha “alocado”».

En Detroit, 11.000 trabajadores marcharon en un desfi-le de ocho horas. En Nueva York, una marcha con antor-chas de 25.000 obreros pasó como torrente de Broadway a Union Square, 40.000 hicieron huelga. En Cincinnati, un trabajador describió el mitin inicial: «Solamente lleva-mos banderas rojas... la única canción que cantamos fue ‘Arbeiteers Marseillaise’... un batallón obrero de 400 rifles Springfield encabezó el desfile. Era la Leher und Wehr Verein, la sociedad protectora y educacional de obreros aguerridos... Todos esperábamos violencia, supongo». En Louisville, Kentucky, más de 6000 trabajadores, negros y blancos, marcharon por el Parque Nacional violando de-liberadamente el edicto que prohibía la entrada de gente de color. En Chicago, el baluarte de la rebelión, por lo menos 30.000 obreros hicieron huelga. Todos los trenes pararon, los corrales de ganado se cerraron, los muelles estaban repletos de barcazas llenas de carga. A los líderes conservadores los empujaron a la periferia. Un gran cho-rro de proletarios y familias, en ropa de domingo, llenó la avenida Michigan.

Pero la calma «dominical» era engañosa y temporal. Escondidos en los callejones, desparramados en techos estratégicos, esperaban policías armados listos para una guerra franca. En los arsenales esperaban mil miembros de la Guardia Nacional con equipo especial: ametralladoras Gatling.

El «Comité de Ciudadanos» de la clase dominante de Chicago decidió que era necesario crear incidentes para decapitar y aplastar el movimiento. La policía comenzó a atacar a los trabajadores dondequiera que se congregaran. Un reporte policial virulento declaró que el 2 de mayo una «gran fuerza se reunió» y se atrevió a poner la bandera nacional patas arriba, «izándola al revés, símbolo de la revolución que planean hacer en las instituciones americanas».

La masacre de McCormick

Un incidente crítico ocurrió en la planta de McCormick Reaper. Desde mediados del verano, los patronos cerraron la planta a los trabajadores sindicalizados y la policía llevaba a diario grupos de esquiroles. El 2 de mayo, Spies, agotado, se presentó para dar uno de sus muchísimos discursos ante los trabajadores reunidos en el campo. Mientras un grupo de 6000 o 7000 trabajadores escuchaban, unos cuantos centenares fueron a confrontar a los esquiroles que en ese momento salían de la planta.

Del *Arbeiter Zeitung* del 4 de mayo: «De repente, se oyeron disparos cerca de la planta de McCormick y más o menos setenta y cinco asesinos robustos, grandotes y bien comidos, al mando de un teniente gordo de policía, pasaron, seguidos por tres vagones llenos de bestias del orden público».

En medio de una batalla de piedras de los obreros y las balas de la policía, los trabajadores de repente se dispersaron y huyeron. En la espalda les explotaron balas. Por lo

menos dos trabajadores cayeron muertos; muchos quedaron heridos, entre ellos muchos niños.

En cosa de horas un volante, escrito por el iracundo Spies, circulaba en los tugurios de la clase obrera. «¡¡¡Obremos, A Las Armas!!!»; proclamó: «Sus amos desataron a sus sabuesos (la policía) y mataron a seis de sus hermanos en McCormick esta tarde. Mataron a los desafortunados porque ellos, como ustedes, tuvieron el valor de desobedecer la voluntad suprema de sus patronos... Se alzarán en masa, como Hércules, y destruirán el nefando monstruo que busca destruirlos. ¡A las armas, llamamos a las armas!».

Al día siguiente, el 3 de mayo, el crecimiento de la huelga era «alarmante». En el movimiento participaban más de 340.000 trabajadores por todo el país, 190.000 de ellos en huelga. En Chicago, 80.000 hacían huelga. Cuando centenares de costureras se lanzaron a la calle para sumarse a las manifestaciones, el *Chicago Tribune* berreó: «¡Amazonas bravas!».

En este momento candente, el *Arbeiter Zeitung* hizo un llamamiento a la lucha armada, como siempre lo había hecho, salvo que ahora tenía un claro tono de urgencia. «La sangre se ha vertido. Ocurrió lo que tenía que ocurrir. La milicia no ha estado entrenándose en vano. A lo largo de la historia, el origen de la propiedad privada ha sido la violencia. La guerra de clases ha llegado... En la pobre choza, mujeres y niños cubiertos de retazos lloran por marido y padre. En el palacio hacen brindis, con copas llenas de vino costoso, por la felicidad de los bandidos sangrientos del orden público. Séquense las lágrimas, pobres y condenados: anímense esclavos y tumben el sistema de latrocinio».

En las salas de reunión de los proletarios, rugían intensos debates; «el tigre capitalista» efectivamente había atacado y miles debatían cómo responder. Aparentemente, importantes facciones querían una insurrección. Se

convocó una reunión popular en la plaza Haymarket para la noche del 4 de mayo. Preocupados por la posibilidad de una emboscada, los organizadores escogieron un lugar abierto y grande con muchas rutas de escape. Luego de una reñida disputa, Spies dijo después, convenció a los organizadores de Haymarket de que retiraran su llamamiento a un mitin armado y que, en su lugar, celebraran el mitin con el mayor número de asistentes posible.

El incidente de Haymarket

La mañana del 4 de mayo, la policía atacó una columna de 3000 huelguistas. Por toda la ciudad se formaron grupos de trabajadores. Al atardecer, Haymarket era una de las muchas reuniones de protesta, con 3000 participantes. Los discursos siguieron, uno tras otro, desde la parte de atrás de un vagón. Al comenzar a llover, la reunión se disolvió. De repente, cuando solamente quedaban 200 asistentes, un destacamento de 180 policías, fuertemente armados, se presentó y un oficial ordenó dispersarse. Le respondieron que era un mitin legal y pacífico. Cuando el capitán de policía se volteó para darles órdenes a sus hombres, una bomba estalló en sus filas. La policía transformó a Haymarket en una zona de fuego indiscriminado, descargando salva tras salva contra la multitud, matando a varios e hiriendo a 200. En el barrio reinaba el terror; las farmacias estaban apiñadas de heridos. Siete agentes murieron, la mayoría a causa de balas de armas de la policía.

La clase dominante usó este incidente como pretexto para desatar su planeada ofensiva: en las calles, en los tribunales y en la prensa. Los periódicos, en Chicago y por todo el país, se volvieron locos. Demandaron la ejecución instantánea de todo subversivo. Los titulares bramaban: «Brutos sangrientos», «Rufianes rojos», «Ondeaban banderas rojas», «Dinamarquistas». El *Chicago Tribune* escribió el 6 de mayo: «Estas serpientes se han calentado y alimentado bajo el sol de la tolerancia hasta que, al final, se han

envalentonado para atacar la sociedad, el orden público y el gobierno». El *Chicago Herald* del 6 de mayo: «La chusma que Spies y Fielden incitaron a matar no son americanos. Son la hez de Europa que ha venido a estas costas para abusar de la hospitalidad y desafiar la autoridad del país».

El 5 de mayo, en Milwaukee, la milicia del Estado respondió con una masacre sangrienta de un mitin de trabajadores; balacearon a ocho trabajadores polacos y un alemán por violar la ley marcial.

En Chicago, una operación rastrillo llenó las cárceles de miles de revolucionarios y huelguistas. Para describir los interrogatorios, algunos historiadores han usado la palabra «tortura». Los grupos de caza usaron listas de suscripción. Entraron a la fuerza a salas de reunión y casas, destruyeron prensas obreras. Arrestaron a todo el equipo de imprenta del *Arbeiter Zeitung*. La policía exhibió todas las «pruebas» que se había precavido de «encontrar»: municiones, rifles, espadas, porras, publicaciones, banderas rojas, pancartas agitadoras, plomo a granel, moldes de balas, dinamita, bombas, instrucciones para fabricar bombas, campos subterráneos de tiro al blanco... La prensa hizo mucho escándalo sobre cada descubrimiento. Frente a esta salva de ataques, la huelga general se desintegró. El liderato de los trabajadores de inclinaciones revolucionarias estaba en las garras de la burguesía.

El juicio de Haymarket

La clase dominante abrió un gran jurado en Chicago a mediados de mayo de 1886. La acusación: asesinar un policía que murió en Haymarket. Todos los acusados eran miembros prominentes de la IWPA: August Spies, Michael Schwab, Samuel Fielden, Albert R. Parsons, Adolf Fischer, George Engel, Louis Lingg y Oscar Neebe.

A todas luces, el juicio fue un linchamiento legal. Primero, juzgaron a todos los acusados en un juicio conjunto, aunque eran un grupo muy diverso, con ideas políticas de diferentes tendencias, que jugaron papeles muy distintos en los hechos de mayo.

Segundo, la manipulación del jurado fue frontal. El proceso normal de escoger a los jurados por sorteo se descartó de plano; en su lugar se nombró un alguacil especial. Este se jactó: «Estoy manejando este proceso y sé qué debo hacer. Estos tipos van a colgar de una horca con plena seguridad».

Finalmente, y lo más importante, el juicio se celebró sin ninguna prueba de participación en el incidente de la bomba. Solamente dos de los ocho acusados estaban presentes en la reunión donde estalló.

La cuestión de quién soltó la bomba se ha debatido, pero jamás se ha resuelto. Parece que fue un tal Rudolf Schnaubelt y que la fabricó Louis Lingg (quien ciertamente defendía a gritos el uso de la dinamita). Una importante pregunta es si Schnaubelt era un luchador callejero anarquista que fue a atacar a los policías asesinos, o si era un agente provocador policial. Los hechos son contradictorios. Se ha probado, sin embargo, que la policía lo detuvo dos veces después de Haymarket y lo soltó. Esto a lo mínimo indica que a la policía no le interesaba someter a juicio a la persona que soltó la bomba; su verdadero blanco era el liderato de la rebelión, no un perpetrador secundario y ciertamente no un agente policial. Schnaubelt desapareció de Chicago.

El juicio duró varios meses. Amenazaron y sobornaron a varios trabajadores para que dieran un testimonio ridículo sobre conspiraciones de todo tipo. Del tribunal manaban cuentos sensacionalistas para excitar al país. El asunto era claro, las palabras del fiscal Grinnell hablaban por sí mismas:

«La ley está en juicio. La anarquía está en juicio. El gran jurado ha escogido y acusado a estos hombres porque fueron los líderes. No son más culpables que los miles que los siguieron. Señores del jurado, condenen a estos hombres, denles un castigo ejemplar, ahórquenlos y salven nuestras instituciones, nuestra sociedad».

El juez agregó que era suficiente que el Estado probara que «estos pocos acusados han propugnado el uso de proyectiles mortales contra la policía en ocasiones que podrían ocurrir en el futuro...».

En resumen, la burguesía estadounidense ya estaba perfeccionando su método de disfrazar los juicios políticos usando «leyes de conspiración», para encubrir la supresión de ideas y organizaciones revolucionarias. Los juzgaron por el crimen de dirigir a los oprimidos, ni más ni menos.

A los condenados los llamaron a hablar antes de sentenciarlos. Un periodista escribió: «No muestran ni arrepentimiento ni remordimiento y en su mente torcida es la sociedad la que está en juicio, no ellos».

Resumiendo sus principios revolucionarios ante el tribunal, Spies concluyó con estas palabras: «Bueno, estas son mis ideas... si ustedes piensan que pueden borrar estas ideas que están ganando más y más partidarios con el paso de cada día, si ustedes piensan que pueden borrarlas ahorcándonos, si una vez más ustedes imponen la pena de muerte por atreverse a decir la verdad “y los reto a mostrarnos cuándo hemos mentado” digo, si la muerte es la pena por declarar la verdad, ¡pues pagaré con orgullo y desafío el alto precio! ¡Llamen al verdugo!».

Lingg, de 21 años, escupió con desafío: «Repito que soy enemigo del “orden” de hoy y repito que, con todas mis fuerzas, mientras tenga aliento para respirar, lo

combatiré... Los desprecio. Desprecio su orden, sus leyes, su autoridad apuntalada por la fuerza. Ahórquenme por ello».

Los siete fueron condenados a muerte.

Surgió un gran movimiento para defenderlos; se celebraron mítines por todo el mundo: Holanda, Francia, Rusia, Italia, España y por todo Estados Unidos. En Alemania, la reacción de los trabajadores sobre Haymarket perturbó tanto a Bismarck que prohibió toda reunión pública.

Al aproximarse el día de la ejecución, cambiaron la sentencia de dos de los condenados a cadena perpetua. Louis Lingg apareció muerto en su celda: un fulminante de dinamita le voló la tapa de los sesos. No se sabe si esto fue un acto final de desafío; sin embargo, se rumoraba que le iban a suspender la ejecución, así que es probable que su muerte fuera un asesinato.

El 11 de noviembre de 1886, denominado luego el «Viernes negro», fue el día programado para la ejecución. Los periódicos de Chicago vibraban con rumores de que iba a estallar una guerra civil en las calles. El medio millón de personas que asistieron al cortejo fúnebre es testimonio de que el nerviosismo de la burguesía era justificado. Y parece que se propusieron planes de atacar la cárcel. No obstante, los condenados hicieron que sus compañeros prometieran no llevar a cabo tales «actos temerarios».

Al mediodía, cuatro hombres (Spies, Engel, Parsons y Fischer) se presentaron ante la horca, con togas blancas. Spies habló, mientras le cubrían la cabeza con la capucha: «Llegará un tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que ustedes estrangulan hoy». Parsons gritó: «¡Permítame hablar, sheriff... Matson! Que se oiga la voz del pueblo...». El nudo corredizo se apretó silenciándolo.

CAPÍTULO 3

EL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Programa de lucha del Proletariado Mundial

Durante los años de las insurrecciones obreras en Europa (1830 – 1848), por entre las filas proletarias fluían diversas corrientes de pensamiento «socialista», así entre comillas porque, si bien todas se inspiraban en la necesidad de luchar contra la desigualdad reinante en el sistema capitalista, eran diferenciadas entre sí y hasta completamente opuestas, debido a que cada corriente le atribuía la desigualdad social a causas diferentes. Ese enfrentamiento entre las corrientes ideológicas «socialistas», por posicionarse en las mentes de los proletarios insurrectos, fue una condición muy favorable tanto para que surgiera el socialismo científico, acrisolado en la propia lucha de la clase obrera, como para el comienzo de la fusión de esas ideas científicas socialistas con la lucha política del movimiento obrero.

El surgimiento del marxismo divide en dos la historia de las ideas socialistas por aquella época. Entre las Corrientes

Socialistas Premarxistas sobresalen los **socialistas utópicos**, quienes hasta 1848 predominaban en el movimiento obrero y se conocían más como «corrientes del socialismo y comunismo crítico utópicos»; sus representantes más destacados fueron Saint Simon y Carlos Fourier (Francia), Roberto Owen (Inglaterra) y Guillermo Weitling (Alemania), quienes en su literatura lograron presentir tesis positivas de lo que sería la sociedad futura: «Supresión del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción».

Todos advertían los antagonismos de clase en el capitalismo y soñaban con una sociedad igualitaria deseando mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, incluso de los más privilegiados, pero, a excepción de Weitling, **eran contrarios a la lucha política de los obreros, repudiaban su acción revolucionaria** porque, para estos socialistas utópicos, el proletariado solo existía en calidad de clase sufrida y no de clase revolucionaria con movimiento político propio.

Para la construcción de sus fantásticos proyectos sociales terminaban dependiendo del espíritu filantrópico y humanitario de los propios industriales capitalistas. Weitling sí exhortaba al proletariado a luchar, pero tenía una consideración fundamental errada: creía que los mejores luchadores contra esa desigualdad eran los lumpemproletarios, incluso los bandidos, por ser en apariencia los más enemigos de la sociedad capitalista.

Existía otra corriente socialista, la del **socialismo reaccionario** que tenía partidarios entre la aristocracia francesa e inglesa, enfrentada a la clase de la moderna sociedad que venía a destronarla: la burguesa. En su literatura apelaron a hacer causa común con los «pobres obreros» presentándoles su anticuado sistema de explotación feudal como «más benevolente» que el capitalista, sin

percibir que este era «precisamente un retoño necesario del régimen social suyo»; además, cuando criticaban a la burguesía por haber hecho surgir la clase de los proletarios, lo hacían sobre todo recriminando el carácter revolucionario de esta nueva clase.

El **socialismo reaccionario** también fue abanderado por la pequeñaburguesía que se veía abocada a la ruina con el desarrollo de la gran industria y, como es natural, empuñó la causa obrera desde el punto de vista del interés del pequeño propietario, por lo cual, si bien «Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción...»¹ su anhelo era reestablecer las antiguas relaciones de propiedad y de producción, esto es, en vez de mirar hacia adelante, añoraban volver al modo de explotación feudal que, como pequeños propietarios, les parecía más llevadero.

Y no faltaron los **socialistas burgueses y pequeño-burgueses**, representados por humanistas, benefactores, filántropos, reformadores, inventores de «sistemas» que curaran las lacras del capitalismo sin lucha revolucionaria y sin cambiar la sociedad; deseaban atacar los males del capitalismo, pero con el propósito expreso de consolidar la sociedad burguesa, lo cual era justamente su utopismo, pues dichos males surgen irremediablemente de las relaciones sociales de producción capitalistas.

Eran partidarios de un socialismo de pequeños propietarios, donde los obreros estuviesen apartados de todo movimiento revolucionario, siendo su máxima aspiración las reformas administrativas, sustentadas en la errónea te-

1 El Manifiesto del Partido Comunista, Capítulo 3: Literatura socialista y comunista, El socialismo reaccionario.

sis de que «No es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas».² El representante más destacado de esta corriente fue Proudhon, ideólogo tanto del anarquismo como de «sistemas completos» de socialismo burgués, donde las «reformas administrativas» no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado.

Ninguna de las anteriores corrientes socialistas comprendió que la añorada nueva sociedad socialista solo puede provenir de las entrañas de la vieja sociedad capitalista, en la cual son sus propias e intrínsecas contradicciones insolubles las que la empujan a nacer, y frente a las cuales el movimiento obrero tiene una **misión histórica** jamás enfrentada por clase alguna en la historia de la sociedad: «Su lucha es la lucha de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría, no por privilegios y monopolios de clase, sino por la abolición de todo dominio y toda diferencia de clase».

El Socialismo Científico

Junto y en lucha con las corrientes antes mencionadas, se desarrolló otro socialismo distinto en esencia: **el socialismo científico**. Desde 1844, Carlos Marx y Federico Engels habían coincidido en la conclusión de que la política y la historia hay que explicarlas por las relaciones económicas y no a la inversa, y habían elaborado los aspectos fundamentales de la concepción materialista de la historia, con la cual ya se podía explicar y entender que fenómenos del Movimiento Obrero tales como la lucha de los luditas, el cartismo, el comunismo igualitario de Weitling no eran casualidades sino «formas» más o menos desarrolladas de la lucha de clase del proletariado contra la burguesía.

2 El Manifiesto del Partido Comunista, Capítulo 3: Literatura socialista y comunista, El socialismo pequeñoburgués.

En 1845 Marx había desarrollado su teoría materialista de la historia hasta comprender que el comunismo no consistía en exprimir de la fantasía un ideal de la sociedad lo más perfecto posible, sino en comprender el carácter, las condiciones y, como consecuencia de ello, los objetivos generales de la lucha librada por el proletariado. Tal concepción materialista de la historia fue expuesta por vez primera en el manuscrito de Carlos Marx y Federico Engels: *La ideología alemana* (1845-1846).

Por esa misma época, el período de 1836 a 1852, transcurría el primer Movimiento Obrero verdaderamente internacional, el cual arrancó con el Movimiento Obrero alemán. En aquellos años, no solo era simultánea la lucha obrera por reivindicaciones comunes en distintos países europeos, sino que las organizaciones obreras también eran internacionales, tal como la Liga de los Comunistas, primera organización comunista internacional del proletariado, fundada bajo la orientación y participación directa de Carlos Marx y Federico Engels en 1847, en un Congreso de su antecesora la Liga de los Justicieros, organización política alemana fundada en 1836 con predominio de las ideas del comunismo igualitario francés y de Weitling.

Marx expuso su teoría sobre el comunismo científico, cuyos principios fueron aprobados por unanimidad en el II Congreso de la Liga, encomendándosele que —junto con Engels— la presentara en forma de manifiesto. Así se elaboró el *Manifiesto del Partido Comunista* y fue publicado pocas semanas antes de la revolución de febrero de 1848; en él se cristalizó la derrota teórica de las corrientes socialistas premarxistas, pues echó por tierra todas sus fantasías, al explicar las causas reales de la situación de la clase obrera y el camino real para su emancipación.

Los prefacios del Manifiesto

En febrero de 1848, en Londres y en idioma alemán, el *Manifiesto del Partido Comunista* fue publicado por

primera vez. En los años posteriores fue editado tantas veces en diversos idiomas y países, que Federico Engels en los *Prefacios* a la edición inglesa de 1888 y alemana de 1890, resaltó: «...en 1887, el socialismo continental era casi exclusivamente la teoría formulada en el *Manifiesto*. Y así, la historia del *Manifiesto* refleja hasta cierto punto la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de obreros de todos los países, desde Siberia hasta California».

Escritos por Marx y/o Engels, cada edición iniciaba con Prefacios, de gran importancia para comprender el origen, contenido y significación histórica del Manifiesto, tanto así, que se hizo costumbre incluirlos en las ediciones posteriores a 1893 y, hoy en día, Prefacios y Manifiesto son considerados como un solo cuerpo.

En ellos se recordaban o machacaban características básicas del marxismo, como la relación entre la teoría y la realidad, que en el *Prefacio* a la edición alemana de 1872 se destaca así: «Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este *Manifiesto* siguen siendo hoy, en su conjunto, enteramente acertados». [...] «El mismo *Manifiesto* explica que la aplicación práctica de esos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes, y que, por tanto, no se concede importancia exclusiva a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II».

O la teoría sobre el carácter de clase del Estado, que la propia lucha de la clase obrera había comprobado en las batallas de 1848 y 1871: «La Comuna ha demostrado, sobre todo, que “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines”».

Después de la muerte de Marx, en el *Prefacio* a la edición alemana de 1883, Engels resalta la idea fundamental o núcleo del *Manifiesto*, aclarando que pertenece única y exclusivamente a Marx: «...la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica, constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época; que, por tanto, toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social; y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases».

El *Prefacio* de la edición inglesa de 1888 es buena oportunidad para que Engels explique la relación entre la teoría del socialismo científico y el desarrollo del movimiento obrero, cuya derrota en 1848 ocasionó el olvido del *Manifiesto* por más de veinticinco años, luego de los cuales volvió al primer plano y se difundió profusamente entre el proletariado de todos los países, que había logrado desarrollarse intelectualmente a través «...de la acción combinada y de la discusión mutua. Los propios acontecimientos y vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a la gente la insuficiencia de todas sus panaceas favoritas y preparar el camino para una mejor comprensión de las verdaderas condiciones de la emancipación de la clase obrera».

En este mismo *Prefacio* Engels explica por qué al *Manifiesto* se le llamó comunista y no socialista: «...cuando fue escrito no pudimos titularle Manifiesto Socialista. En 1847 se llamaban socialistas, por una parte, todos los adeptos

de los diferentes sistemas utópicos; ...de otra parte, toda suerte de curanderos sociales que prometían suprimir, con sus diferentes emplastos, las lacras sociales sin dañar al capital ni a la ganancia. En ambos casos, gentes que se hallaban fuera del movimiento obrero y que buscaban apoyo más bien en las clases “instruidas”. En cambio, la parte de la clase obrera que había llegado al convencimiento de la insuficiencia de las simples revoluciones políticas y proclamaba la necesidad de una transformación fundamental de toda la sociedad, se llamaba entonces comunista. Era un comunismo rudimentario y tosco, puramente instintivo; ...Así, el socialismo en 1847, era un movimiento de la clase burguesa, y el comunismo lo era de la clase obrera».

¿Qué es el Manifiesto del Partido Comunista?

La aparición del *Manifiesto* coincide con las insurrecciones obreras de 1848 en Alemania, Italia, Hungría y Francia, período en el cual la Liga de los Comunistas fue una excelente escuela de actuación revolucionaria, llevó la conciencia y contribuyó a la dirección de la lucha obrera, sorteando incluso limitaciones de la clase tales como las tendencias nacionalistas, localistas y la falta de experiencia en la lucha política como clase guiada por un programa independiente.

El auge de la revolución obrera culmina cuando la crisis industrial de 1847 es superada y comienza un período de prosperidad industrial, favoreciendo la derrota de las insurrecciones obreras, aún en el caso de los obreros de París quienes más allá de derribar al gobierno, estaban dispuestos a derrocar todo el régimen burgués, pero no pudieron coronar tal revolución porque ni el desarrollo económico del país, ni la conciencia de la clase obrera francesa habían alcanzado su nivel. Los burgueses cosecharon los frutos de la revolución, impusieron la reacción

y en 1852 condenaron a los dirigentes de la Liga en el proceso de Colonia.

El *Manifiesto* fue el Programa internacional de la Liga de los Comunistas y, como tal, el **Programa Comunista** del movimiento obrero, en el cual se expuso por vez primera la teoría del comunismo científico, demostrando la inevitable derrota del capitalismo y la necesaria victoria de la revolución proletaria, que encuentra en la propia sociedad capitalista las contradicciones y las fuerzas sociales necesarias para su realización.

En el *Manifiesto*, dice Lenin: «Se expone, con una claridad y una brillantez geniales, la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente aplicado también al campo de la vida social, la dialéctica como la más completa y profunda doctrina del desarrollo, la teoría de la lucha de clases y del papel revolucionario histórico mundial del proletariado como creador de una sociedad nueva, comunista».

Por su **contenido** es el Programa de lucha de la clase de los proletarios; por su **forma** es una declaración pública de los conceptos, fines y tendencias del Partido de los comunistas.

Burgueses y Proletarios

Es la primera parte del *Manifiesto*, en la cual se precisa el papel de la lucha de clases como motor del desarrollo histórico, y cómo en la sociedad capitalista las contradicciones de clase se han simplificado a tal punto, que se polarizaron en una lucha irreconciliable entre burgueses y proletarios.

Marx y Engels advirtieron la cercanía del ocaso de la burguesía, como en efecto ocurrió a partir del siglo XX cuando el capitalismo entró en su fase de agonía imperia-lista. Esa advertencia no era una profecía, sino el resultado

de su comprensión científica del movimiento materialista dialéctico de la sociedad, pues habían comprobado —en el laboratorio de la historia— que la burguesía ya había cumplido su papel revolucionario frente a las relaciones feudales: creando el mercado mundial y dándole un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de las mercancías; sometiendo el campo a la explotación de la ciudad y, por ende, subyugando a los campesinos al dominio burgués; subordinando los países bárbaros a los civilizados y el Oriente al Occidente; aglomerando a la población; transformando los pequeños talleres en la gran fábrica capitalista; centralizando los medios de producción y concentrando su propiedad en manos de unos pocos.

Ese portentoso desarrollo de las fuerzas productivas (instrumentos de producción y hombres trabajadores) resultó demasiado poderoso para las relaciones sociales de producción burguesas que, por estar basadas en la explotación del trabajo asalariado, se convirtieron en un obstáculo que impide el libre desarrollo de las fuerzas productivas, ahogándolas y destruyéndolas. La Negación de la Negación, ley dialéctica que también rige inexorable el desarrollo social, ha dictado su sentencia: ¡la burguesía tiene que perecer!, porque solo puede existir a condición de desarrollar incesantemente las fuerzas productivas y, al hacerlo, las nuevas fuerzas productivas socializadas exigen nuevas y acordes relaciones sociales de producción, ya no basadas en la explotación, sino en la cooperación; exigen el fin del dominio explotador y opresor de la burguesía sobre la sociedad y, por tanto, el fin de la propiedad privada sobre los medios de producción, pues las relaciones de propiedad son apenas la expresión jurídica de las relaciones de producción.

La rebelión de las fuerzas productivas contra las relaciones capitalistas de producción desata fuerzas económicas incontrolables, manifiestas en crisis comerciales y

de producción que, como una epidemia de superproducción, azota a toda la sociedad por poseer demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio, privándola súbitamente de todos sus medios de subsistencia. Impotente, la burguesía se ve obligada a destruir en masa las fuerzas productivas y a intensificar la explotación, con lo cual lo único que hace es preparar nuevas y más profundas crisis.

El *Manifiesto* explica cómo la burguesía no solo trabajó el desarrollo de toda la sociedad, sino que además creó la clase encargada de revolucionar las relaciones sociales de producción: el proletariado, a quien le corresponde sepultar a la burguesía y su sistema capitalista.

Los proletarios son los obreros modernos, clase social que solo puede vivir a condición de encontrar trabajo, y solo lo encuentra a condición de que acreciente el capital. Su única y exclusiva propiedad es su fuerza de trabajo, convertida en una mercancía sujeta a los vaivenes del mercado y de las crisis, cuyo precio —el salario— se reduce a lo que cuestan los medios indispensables para vivir y reproducirse. Bajo las relaciones capitalistas de explotación, el trabajo asalariado no tiene atractivo para el obrero, porque con él no crea propiedad para sí mismo, sino capital para el burgués, quien lo acumula como propiedad privada. Y si quienes producen el capital constituyen la inmensa mayoría de la sociedad, es a ella a quien le corresponde apropiarse de su producido, en calidad de propiedad socialista, lo cual sí se corresponde con el carácter social de la producción.

La gran fábrica capitalista concentró grandes masas de obreros en verdaderos cuarteles donde «no son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica». De ahí que la clase de los obreros modernos, debido a su situación

de productores de la riqueza social y de desposeídos de propiedad sobre los medios de producción, se constituye en la única clase verdaderamente revolucionaria en la sociedad capitalista. En cambio, la pequeñaburguesía es una clase inestable y vacilante ante la revolución, debido a que tiene un doble carácter: propietaria de medios de producción (lo cual la torna conservadora y reaccionaria) y constantemente arruinada y lanzada a las filas del proletariado (lo cual la vuelve revolucionaria en la medida en que defienda no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros).

Desde cuando surge la clase obrera, comienza su lucha contra la burguesía, si bien en un comienzo es aislada, local y contra las máquinas, después logra uniones y coaliciones en cada país y a nivel internacional, facilitadas de una parte porque los obreros no tienen patria y, de otra, porque «los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo». Esa unión cada vez más extensa de los obreros convierte su lucha en una lucha de clase, es decir, en una lucha política que va más allá de la lucha inmediata en defensa del salario. Es así que los proletarios se ven abocados a empuñar las armas sociales que la propia burguesía a forjado para su muerte, pero ellos, «no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo su propio modo de apropiación en vigor y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente».

La magistral conclusión del primer capítulo del *Manifiesto*: **«La existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad... Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables»** ha alentado e inspirado la lucha del Movimiento

Obrero Mundial a lo largo de los últimos años, en los cuales, en tres ocasiones ha logrado **tomarse el cielo por asalto**.

Proletarios y Comunistas

El capitalismo es el triunfo del dominio económico y político de la burguesía en la sociedad, pero su existencia está condicionada por el trabajo asalariado de los proletarios; por tanto, esta clase de obreros modernos puede decidir el fin del capitalismo si pone fin a la explotación asalariada de su trabajo. Es esa la misión histórica del proletariado, y a ella está dedicado el segundo capítulo del *Manifiesto*.

La fuerza de trabajo de todo el proletariado (tanto de quienes están activos, como de quienes están en la reserva de las filas del desempleo) está a disposición de todo el capital, que la consume en la producción de los bienes materiales de la sociedad. Su resultado es un producto social, un capital acrecentado, valorizado, que no se convierte en propiedad de toda la sociedad, sino en capital privado. Esto ocurre porque las relaciones sociales de producción entre capitalistas y obreros son de explotación asalariada, pues la propiedad privada de los capitalistas sobre los medios de producción les da derecho a apropiarse del capital social, retribuyendo a los proletarios dueños de la fuerza de trabajo solo un salario para reponerla y reproducirla.

Para que el proletariado pueda romper las cadenas de su esclavitud asalariada, tiene que hacer saltar los cimientos de toda la sociedad capitalista. En una palabra, tiene que abolir la propiedad privada burguesa como la expresión más acabada de la propiedad privada en general; ese es precisamente el gran propósito de los comunistas.

Dice el *Manifiesto* que los comunistas no tienen ni pueden tener otros intereses distintos a los del proletariado en su conjunto; no proclaman ni inventan ideas y principios sectarios ajenos a la sociedad, pues sus teorías son la

expresión de las condiciones reales de la lucha de clases existente y de su movimiento histórico. Los comunistas no son un partido separado del proletariado, sino una parte de él; prácticamente es el sector más resuelto que siempre impulsa hacia adelante a los demás; teóricamente tiene una ventaja sobre el resto del proletariado: su visión clara de las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario.

El *Manifiesto* señala que, a diferencia de otros partidos –patrióticos, nacionalistas, reformistas– el de los comunistas hace valer los intereses comunes de todo el proletariado independientemente de su nacionalidad, pues como clase obrera mundial no tiene patria, y sí, unos mismos enemigos, unos comunes intereses y unos idénticos objetivos; así mismo, los comunistas representan los intereses del movimiento obrero en su conjunto en las diversas fases de desarrollo de la lucha entre el proletariado y la burguesía.

«Los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada» puntualiza el *Manifiesto*. Y esto significa abolir la propiedad privada burguesa, pues de un lado, la propiedad privada del pequeño propietario de la ciudad y del campo ya la ha ido aboliendo la misma industria capitalista y, de otro, el trabajo asalariado no crea propiedad para el proletario, solo acrecienta el capital, como producto colectivo de muchos miembros de la sociedad que se lo apropia una sola clase: la burguesía.

Terminar con el carácter de clase de la propiedad sobre ese producto colectivo, transformándola en propiedad de todos los miembros de la sociedad, es la esencia de la abolición de la propiedad privada que se proponen los comunistas. «Por consiguiente, –dice el Manifiesto– lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para la mera reproducción de

su vida. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable a la mera reproducción de la vida humana, esa apropiación, que no deja ningún beneficio líquido que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación (...) El comunismo no arrebató a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar el trabajo ajeno por medio de esta apropiación».

Hacer saltar los cimientos de toda la sociedad capitalista significa, entonces, expropiar a los expropiadores —«violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción», en palabras del *Manifiesto*—, romper las relaciones sociales de explotación asalariada y romper con las relaciones de propiedad tradicionales, todo lo cual conllevaría a cambiar las ideas dominantes en la sociedad capitalista que son las ideas de la burguesía, a cambiar el carácter de clase en la educación arrancándola de su influencia, a terminar la situación de la mujer como simple instrumento de reproducción, a abolir la explotación de una nación por otra. En todo esto consiste la revolución del proletariado.

Ella, exige que los comunistas dejen claro en la conciencia de la clase obrera su antagonismo con la burguesía y la necesidad de constituirse en clase cuya organización y destacamento de vanguardia sea el partido de los comunistas, organizador y dirigente de su lucha política contra la dominación burguesa. Derrocar violentamente el poder de la burguesía es condición para que el proletariado pueda conquistar el poder político y convertirse en la clase dominante de la sociedad, sin lo cual jamás podría expropiar el capital a la burguesía.

En las palabras finales del segundo capítulo del *Manifiesto* se indica el inevitable rumbo de la sociedad hacia el comunismo: «En sustitución de la antigua sociedad

burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos».

En la entrega No. 5 de estas Memorias se hizo referencia a la crítica de la literatura socialista y comunista –contenido del tercer capítulo del *Manifiesto*– que por aquella época de 1847 se difundía entre el movimiento obrero europeo.

En el capítulo final del *Manifiesto*, dedicado a la «**Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición**», Marx y Engels dejan nítido el deslinde de los comunistas con respecto a los partidos oportunistas cuyo interés por las ventajas inmediatas y pasajeras de un sector del proletariado en un momento dado o en un país determinado, los lleva a la renuncia de los objetivos finales de todo el movimiento, mientras que los comunistas, por el contrario, al luchar por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera, defienden siempre su porvenir dentro del movimiento actual.

Las palabras finales del *Manifiesto del Partido Comunista* condensan la forma como se lograrán los objetivos de los comunistas, el inevitable fin que le espera a las clases explotadoras y el luminoso porvenir del proletariado: «Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos solo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Que las clases dominantes tiemblen ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Ningún obrero deseoso de participar conscientemente en la lucha contra la explotación capitalista puede quedarse sin leer el *Manifiesto del Partido Comunista*, que es el programa de su lucha como clase mundial.

CAPÍTULO 4

LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

Algunos antecedentes de la I Internacional

La salida a la luz pública del *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) coincide con una gran agudización de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía en Europa: la revolución de febrero en Francia, la insurrección popular de marzo en Viena y en Berlín, la insurrección de junio en París, las insurrecciones de liberación nacional en Hungría, Italia y Polonia. En todas ellas fue doblegada la clase obrera, declinó el movimiento revolucionario por reformas sociales en Europa, desapareció el movimiento obrero de la escena política, quedando relegadas a un segundo plano las tesis del *Manifiesto*.

La más significativa de las batallas de clases ocurrió entre el 23 y 26 de junio de 1848 en París, donde los obreros realizaron una insurrección, tan heroica y radical que ha sido incrustada en la historia del movimiento obrero como su primera gran guerra civil contra la burguesía; y

su derrota, como una de las más sanguinarias y crueles represalias de la burguesía francesa contra el proletariado.

Fue tal el exterminio que, dice Engels en uno de los prólogos del *Manifiesto*: «Relegó de nuevo a segundo plano, por cierto tiempo, las aspiraciones sociales y políticas de la clase obrera europea (...) hubo de limitarse a luchar por un escenario político para su actividad y a ocupar la posición de ala extrema izquierda de la clase media radical. Todo movimiento obrero independiente era despiadadamente perseguido, en cuanto daba señales de vida».

Los acontecimientos de la lucha de clases en Francia, entre 1848 y 1851, fueron analizados magistralmente por Carlos Marx en su obra *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en la cual desarrolla las teorías de la lucha de clases y la revolución proletaria, la doctrina del Estado y la dictadura del proletariado, llegando a concluir que: «Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina [el Estado], en vez de destrozarla», con lo cual definió —con toda precisión— el asunto fundamental de la actitud del proletariado frente al Estado burgués: destruirlo y construir uno nuevo. En esta obra, también Marx dedica especial atención al estudio de la importancia que tiene el campesinado como aliado del proletariado, y al papel de los partidos políticos en la vida social.

Si bien la Liga de los Comunistas hacía propaganda por doquier estuvieran sus miembros en los distintos países, era débil como organización para poder acelerar el movimiento revolucionario; aun así, con tal limitación, fue una excelente escuela de actuación revolucionaria. En 1850 se dividió en dos fracciones: la de Marx y Engels y la de Willeich y Schapper, partidarios de la tesis «extremoizquierdista» de que para organizar una nueva insurrección en Alemania bastaba con conseguir, mediante un empréstito, una cantidad de dinero y reunir algunos hombres resueltos para provocarla.

El período de la lucha de clases que desbunda con la derrota de las insurrecciones obreras en Europa es una época de temible reacción monárquico-burguesa que se extiende hasta 1862, en la cual son suprimidas todas las libertades políticas, prohibidas las uniones obreras y apresados varios dirigentes de la Liga de los Comunistas, contra quienes se organizó el proceso de Colonia de 1852; mediante documentos falsos y perjurios, se condenó a siete de los once acusados a penas de cárcel entre tres y seis años. Los miembros restantes disolvieron formalmente la Liga.

Por aquellos años, al ceder la crisis económica de 1847, sobreviene la prosperidad: un auge industrial que, unido a la gran emigración de proletarios (muchos de ellos expertos insurrectos), causada por el descubrimiento de minas de oro en California y en Australia, desalentó todo intento de movimiento revolucionario y paralizó la organización y el movimiento obrero hasta los años de la siguiente crisis en 1857. Cuando comienza un nuevo reanimamiento del proletariado, sobre todo de las ramas de la construcción y del mueble, y muy especialmente el proletariado de Sajonia (Alemania), donde representantes de la «vieja guardia» del movimiento obrero de 1848 le hacían propaganda a la necesidad de un movimiento obrero independiente que no se convirtiera en simple comodín de la lucha entre la burguesía progresista y Bismarck —ministro presidente de Prusia y representante de los «junkers» (aristocracia terrateniente)—, sino que aprovechara a su favor esa contradicción.

Es entonces cuando salta a la escena el abogado Fernando Lassalle, fundador de la tendencia oportunista en el movimiento obrero alemán, al cual se adhiere después de ser partícipe del movimiento democrático en 1848. Amigo del éxito inmediato y la «política positiva», extremadamente vanidoso para impresionar a las masas atrasadas, y presuntuoso de ser el creador del movimiento obrero

alemán, negando todo nexo con el anterior movimiento revolucionario, Lassalle coquetea con el gobierno, silenciando la contradicción del movimiento obrero con los «junkers». Crédulo de las bondades del Estado, con frecuencia recomienda a los obreros inadmisibles súplicas que, según él, Bismarck atendería por contrariar a la burguesía.

Para enfrentar al programa que los progresistas burgueses proponían para remediar la situación de miseria de los obreros, levantó la bandera de la imprescindible necesidad de organizar un partido obrero y, tomando prestadas ideas del *Manifiesto* y de otras obras de Marx, las pervierte, quitándoles su filo revolucionario con el argumento de que, por táctica, no se podía asustar a las masas poco conscientes con las ideas del comunismo. Así, termina reduciendo su Programa Obrero a la conquista del sufragio universal como reivindicación política fundamental y, en lo económico, a organizar sociedades de producción con la ayuda de créditos del Estado, pues, de acuerdo con su «ley de bronce», es imposible elevar el salario más allá de un mínimo determinado.

Los comunistas por su parte, encabezados por Marx y Engels, rechazaron ese programa, mantuvieron su actividad propagandística demandando la independencia del movimiento obrero, tanto con respecto a Bismarck y los «junkers» como a la burguesía, denunciando que en las verdaderas causas de las diversas guerras que azotaban a Europa estaban los intereses capitalistas de la burguesía, animando al proletariado a emprender de nuevo su combate de clase contra sus enemigos, para lo cual era necesario reorganizar sus fuerzas a nivel internacional.

Fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores

El 28 de septiembre de 1864 en St. Martin's Hall de Londres se llevó a cabo un gran mitin internacional de obreros,

en el cual, se fundó la Asociación Internacional de los Trabajadores (conocida luego como I Internacional). Se eligió un Comité Provisional (órgano dirigente de la Asociación, y conocido posteriormente como el Consejo General o Consejo Central) compuesto de unos cincuenta vocales, la mitad de ellos obreros ingleses; una decena, alemanes, en su mayoría antiguos miembros de la Liga de los Comunistas, como Marx, Eccarius, Lessner, Lochner y Pfänder; nueve franceses; seis italianos; dos polacos y dos suizos. El Comité nombró una Sección encargada de preparar los proyectos de un *Manifiesto Inaugural* y unos *Estatutos de la Asociación*, documentos redactados magistralmente por Carlos Marx, y que el 1° de noviembre de 1864 fueron aprobados por unanimidad y con gran entusiasmo en el Comité.

Y no era nada fácil lograr la unanimidad de representantes obreros de países como Francia e Inglaterra donde el nuevo resurgir del movimiento obrero se había encontrado con una unidad nacional consolidada; mientras que en Alemania e Italia ardían los movimientos nacionales de independencia, lo cual contrarrestaba el espíritu internacionalista de la nueva Asociación. De igual forma que en ella convergían corrientes como la influida por Blanqui, cuyo programa no se basaba en la lucha de la clase obrera sino en la audacia de una minoría para alzarse con el poder en un golpe de mano; o la fuerte corriente en el proletariado francés influida por las ideas de Proudhon, cuyo programa renunciaba a la lucha política de la clase obrera a cambio de experimentos tales como obtener créditos bancarios gratuitos para los obreros, a cuenta del Estado.

A pesar de tales diferencias, el surgimiento de la Asociación ocurre porque la clase obrera se había recuperado de las derrotas sufridas en los años 1848-1852, había vuelto a reunir un vasto ejército para poder enfrentar de nuevo a sus enemigos de clase. La Asociación Internacional de los Trabajadores no fue una organización restringida a los

comunistas, ni mucho menos, sino que tuvo como finalidad unificar y articular la lucha dispersa del movimiento obrero en los distintos países o, como escribió Engels, «agrupar en su seno a todo el proletariado militante de Europa y América» en correspondencia con el carácter internacional de la lucha del movimiento obrero, proclamado en el *Manifiesto del Partido Comunista* y expresado en su llamado final: ¡*Proletarios del mundo, uníos!*

El carácter amplio de la Asociación no permitía adoptar plenamente el programa comunista del *Manifiesto*, sino uno más amplio, que diera cabida a otras distintas corrientes del movimiento obrero: los tradeunionistas ingleses; los proudhonistas franceses, belgas, italianos y españoles; los lassalleanos alemanes. Y no se crea que era este un ensayo de conciliación y eclecticismo, era la exigencia necesaria del desarrollo del movimiento obrero en ese entonces; planeada conscientemente por los marxistas pues, para que las tesis del socialismo científico expuestas en el *Manifiesto* triunfaran sobre el resto de corrientes socialistas era necesario, no tanto cultivar en privado «el pensamiento del liderato», como *pregonaron* algunos grupos y partidos del *entonces* MRI, sino, ante todo y sobre todo –y en ello confiaba ciegamente el mismo Marx–, «el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción combinada y de la discusión mutua».

La Asociación Internacional de los Trabajadores se propuso reemplazar las viejas y desgastadas sectas socialistas, por una verdadera organización de la clase obrera que sirviera para llevar a cabo su lucha real. Así, el trabajo fundamental de la Asociación se encaminó a formar, en las ideas del socialismo científico, la conciencia de los obreros de vanguardia de los países capitalistas; pero, no por ello dejó de participar decidida y activamente en los combates directos del proletariado, de los cuales el principal

por aquella época fue la revolución obrera de 1871: La Comuna de París.

El Programa de la Asociación Internacional de los Trabajadores está expresado en el preámbulo de los Estatutos, y plantea:

- La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera.
- La emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios de clase, sino por la abolición de todo dominio de clase.
- El sometimiento económico del trabajador a los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es la base de la servidumbre en todas sus formas, de toda miseria social, degradación intelectual y dependencia política.
- La emancipación económica de la clase obrera es el gran fin al que todo movimiento político debe ser subordinado como medio.
- Todos los esfuerzos hacia este fin han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros, y de unión fraternal entre las clases obreras de los diferentes países.

La amplitud del Programa de la Asociación era una inevitable necesidad para el ulterior desarrollo amplio y unificado del movimiento obrero pero, a su vez, implicaba enfrentar a corrientes tan hostiles al Marxismo, como el Anarquismo de la Alianza de la Democracia Socialista dirigida por el ruso Bakunin; y, aunque la condición para su ingreso era disolverse, una vez admitida rehusó la disolución y, por el contrario, Bakunin se propuso crear, bajo su propia dirección y al interior de la Asociación, «otra internacional» fraccional llamada La Alianza de la Democracia Socialista.

En oposición al programa de los comunistas, cuya base es la lucha política del proletariado, el Anarquismo

Bakuninista confeccionó un programa con retazos de ideas pequeñoburguesas, superficialmente hilvanadas, basado en la negación de la lucha política de la clase obrera:

- Su panacea: la igualdad de las clases, pero sin atacar las causas reales de las diferencias de clase en la sociedad.
- Su consigna: ¡contra el autoritarismo! suprimiendo el Estado mediante un decreto (¡¡¡del Estado!!!)
- Su punto de partida para el movimiento social: la abolición del derecho de herencia.
- Su dogma obligatorio: el ateísmo para los miembros de la Internacional.
- Su dogma principal: la abstención proudhonista del movimiento político.

Con un programa así, no era de extrañar que después de la derrota de la Comuna de París en 1871, Bakunin y sus discípulos se manifestaran contra la idea de la dictadura del proletariado, y contra la constitución de su partido político independiente organizado de acuerdo con el principio del centralismo democrático.

El anarquismo, con su intriga escisionista, sabotó el propósito de la Internacional, obligándola a expulsar a Bakunin en 1872, en el Congreso de La Haya, en el cual se consideró que la Internacional había cumplido su papel histórico, que consistía en echar los cimientos de la lucha internacional por el socialismo. Era el momento para que el movimiento obrero desplegara toda su amplitud y creara partidos socialistas en cada país.

La batalla del marxismo contra el anarquismo, en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores (y en el propio seno del Consejo General), fue en realidad un combate sin tregua contra las sectas que impiden y desarman la lucha real de la clase obrera.

Los estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores

Los integrantes de la Comisión, que había sido encargada por el Comité Provisional (más tarde llamado Consejo General) para redactar el Proyecto de Estatutos, presentaron no una, sino varias propuestas. Fue el caso de Manzini quien, sin comprender la importancia ni el papel de la lucha de clases del proletariado, hizo corresponder su Proyecto de Estatutos más con la rigurosa centralización de una secta de conspiradores que con la organización de la Asociación Internacional, dispuesta, ante todo, a conectar y unificar el movimiento de la clase obrera, hasta entonces disperso en los diversos países.

Por su parte, el Proyecto de Estatutos presentado por Carlos Marx se correspondía con el amplio *Manifiesto Inaugural* de la Asociación, pues ambos se atenían estrictamente a la situación y a las exigencias del momento, sin abandonar la perspectiva del comunismo. Ambos documentos eran como el *Manifiesto Comunista*: fuertes en su fondo, en su contenido; y, a la vez, se diferenciaban de él en que tenían una forma suave. El Comité Provisional acogió por unanimidad, el 1.º de noviembre de 1864, este proyecto como los *Estatutos Provisionales* de la Asociación Internacional de los Trabajadores y, solo hasta septiembre de 1871 la II Conferencia de Londres, sobre la base de los *Estatutos Provisionales*, aprueba los *Estatutos Generales de la I Internacional*.

Los Estatutos de la I Internacional tienen dos partes diferenciadas: principios y organización. En la primera, se formulan las tareas generales del movimiento obrero a nivel internacional, a manera de un resumen del contenido fundamental expuesto en el *Manifiesto Inaugural*: la clase obrera como protagonista de su propia emancipación, cuyo carácter es internacional, pues no se trata de un problema nacional ni local, sino social; la emancipación

económica de la clase obrera como supremo objetivo, al cual debe subordinarse todo movimiento político, como medio.

En la parte de organización, los Estatutos establecen el nombre de la Asociación; ordenan que todos los años los delegados de las secciones realicen un Congreso obrero general que proclame las aspiraciones comunes de la clase obrera, tome las medidas para asegurar el éxito de las actividades de la Asociación y elija su Consejo General, integrado por obreros de los diferentes países, entre quienes se designarán responsables para gestionar sus asuntos, tales como un secretario general, un tesorero y secretarios para cada país.

Es de anotar que, a lo largo de la historia de la I Internacional, sus Estatutos conservaron intactos sus rasgos fundamentales, sufriendo apenas modificaciones en asuntos de orden secundario. Una de ellas fue la de, por iniciativa de Marx, suprimir el cargo de «Presidente» establecido en los Estatutos Provisionales, pues en la práctica, el propio trabajo de los secretarios lo convirtió en un cargo inútil.

Los Estatutos determinaron las atribuciones del Consejo General:

- Servir de órgano internacional de enlace entre las organizaciones obreras de los diversos países.
- Informarlos constantemente sobre el acontecer de su movimiento en los demás países.
- Organizar y dirigir investigaciones estadísticas sobre la situación de la clase obrera en los diversos países.
- Someter a debate, en todas las asociaciones obreras, los temas de interés general que proponga alguna de ellas.
- Una vez definida la acción inmediata, como el caso de conflictos internacionales, impulsar acciones conjuntas y simultáneas de la clase obrera.

- Impulsar y contribuir a la centralización nacional de las numerosas, pequeñas, aisladas y dispersas sociedades obreras locales.
- Publicar informes periódicos para facilitar la relación entre las asociaciones.

Finalmente, los Estatutos de la I internacional permiten conservar intacta la organización de las sociedades obreras que se le adhieran, responsabilizan a cada sección de la Internacional de la honestidad de los miembros admitidos y establecen que puede ser aceptado como miembro todo el que adopte y defienda los principios de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Los *Estatutos Generales* de la I Internacional se convirtieron en el modelo de Estatutos adoptado por diversos partidos en Europa. Su correcta concepción sobre la importancia decisiva de la lucha de clase de los obreros permitía (en vida y presencia del propio Marx) que reuniones tan importantes como lo fue la I Conferencia de Londres, de 1865, según relato de Franz Mehring: «Deliberaba por las mañanas a puerta cerrada bajo la presidencia de Jung, y por las noches en sesiones semipúblicas que presidía Odger. En estas reuniones nocturnas se debatía ante un público obrero, los puntos esclarecidos en las sesiones privadas».

Los *Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores* son ejemplo de cómo la unidad organizativa del proletariado presupone y exige su unidad ideológica y política; y, sobre todo, cómo puede materializar de una forma sencilla pero clara y precisa, las normas por las cuales rige su vida organizada. Las polémicas en torno a los *Estatutos Generales* demuestran que no es nada nueva la lucha entre quienes desprecian la organización de los obreros, o la reducen a la organización de sectas aisladas de conspiradores, y quienes, adoptando el principio de los Estatutos Generales que dice: «El éxito

del movimiento obrero en cada país, no puede ser asegurado más que por la fuerza resultante de la unión y la organización», conciben la organización de los obreros como un fuerte y eficaz instrumento de su lucha de clase. Esta divergencia es tan vieja como la lucha entre el marxismo y el oportunismo.

Vicisitudes de la I Internacional

La Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional) se fundó para organizar al proletariado de Europa y América en un gran ejército internacional cuya lucha fuera unida y mancomunada. Esa característica implicó muchas de sus vicisitudes, de las cuales vamos a destacar algunas relacionadas con los siguientes aspectos:

Primero, por ser una organización obrera internacional, tuvo la gran ventaja de ser apoyada por la clase más joven y revolucionaria de la sociedad pero, así mismo, sufrió las mismas dificultades económicas en que se debate esa clase explotada y desposeída de los medios de producción, recibió en su seno los litigios originados en la situación política y social del proletariado y fue hostigada por la burguesía, dispuesta a hacer fracasar este primer intento internacionalista del proletariado de organizarse y luchar como una sola clase.

Segundo, por la amplitud programática de la I Internacional para permitir la incorporación de las diversas corrientes del movimiento obrero en un único ejército internacional proletario, la Asociación Internacional de los Trabajadores fue un hervidero permanente de lucha de líneas, lo cual permitió su desarrollo y el cumplimiento de su papel de formar, en los países capitalistas de la época, la conciencia de los obreros en las ideas del socialismo científico.

Crisis financieras y desafíos organizativos de la I Internacional

La situación financiera de la I Internacional siempre fue de calamidad, «el presupuesto del Consejo General se componía de cantidades negativas y en progresión ascendente», en palabras de Marx. Una idea más concreta de esta situación la puede brindar el hecho de que durante el primer año solo se recaudaron 33 libras, y el presupuesto de gastos de propaganda y realización del primer Congreso se estimaba en 150 libras; todo porque el aporte de las organizaciones obreras era en extremo modesto en comparación con la numerosa cantidad de sus afiliados.

Cuando se funda la I Internacional, Carlos Marx no tenía en el centro de sus preocupaciones las tareas de organización, sino que se hallaba trabajando intensamente en su obra cumbre *El Capital*; sin embargo, por el desarrollo de los acontecimientos en la Asociación, se vio obligado a participar activamente y al hacerlo, con su claridad teórica sobre la misión del movimiento obrero y el papel de su lucha de clase, terminó siendo el cerebro del Consejo General a cuyo trabajo dedicaba una gran cantidad de esfuerzos y de tiempo, con el agravante de que por ello no abandonó sus trabajos científicos, sino que —por el contrario— los incrementó debido a las polémicas suscitadas en el Consejo y, para completar, con un quebranto cada vez mayor de su estado de salud, deteriorada principalmente por el trabajo excesivo en las noches —según el dictamen médico— y en medio de las más crueles condiciones de pobreza. El 14 de febrero de 1866 le escribía a su amigo Engels: «Ayer volví a estar inutilizado, pues me salió un perverso perro de carbunclo en el costado izquierdo. Si tuviese bastante dinero para mi familia y el libro estuviese terminado, me daría lo mismo estirar la pata y ser arrojado al muladar hoy que mañana. Pero, en las circunstancias dichas no puede ser».

A todas estas dificultades supo sobreponerse la I Internacional, tuvo secciones en diversos países de Europa y Norteamérica, celebró no pocas Conferencias y Congresos, se expresó a través de diversos órganos oficiales en los países y cumplió con organizar por primera vez un inmenso ejército proletario internacional ante el cual la burguesía no pudo ocultar su temor.

Los tres años iniciales de la I Internacional fueron años de extremas dificultades, caracterizados por las pugnas inevitables, sobre todo al comienzo de una asociación que acogía en su seno a organizaciones obreras de diversos países, que además de ser influenciadas por las distintas corrientes del socialismo (reaccionario, burgués, pequeñoburgués, utópico, científico...) traían consigo los altercados generados en su propia experiencia de lucha en cada país, y las pugnas derivadas de las contradicciones entre naciones y países a causa de la opresión y la subyugación nacional.

Fue así como la lassalleana Asociación General de Obreros alemanes se negó a pertenecer a la Internacional, si bien luego de la muerte de Fernando Lassalle se argumentara por el director del periódico *El socialdemócrata*, Schweitzer, que la no afiliación formal obedecía a la prohibición de las leyes alemanas de articular varias asociaciones. Lo cierto es que, durante los primeros años los obreros alemanes solo participaron en la I Internacional a través de sus desterrados residentes en Inglaterra y en Suiza.

Entre los obreros franceses, desde la revolución del 48 se había incubado el repudio mutuo entre «obreros intelectuales y manuales»; los literatos condenaban todo movimiento obrero que los desconociese y, a su vez, los proletarios tenían muy presentes las traiciones de los literatos. Esta antipatía se transformó en escándalo en el Congreso

de Ginebra en 1866, cuando al arribo de un grupo de estudiantes revolucionarios blanquistas (partidarios no de la lucha de masas, sino de la actividad intrépida de pequeños grupos de conspiradores) que sin ser delegados causaban gran alboroto, chocaron con los obreros quienes los expulsaron a la fuerza, proponiendo que la Internacional solo admitiese obreros manuales y no intelectuales; esa propuesta fue negada por el Congreso. Y fue justamente el proletariado francés quién proclamó la Comuna de París en 1871, en la cual, a pesar de su corta existencia, se materializó el objetivo declarado en el Manifiesto Inaugural y en el Preámbulo de los Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores: «...la emancipación económica de los trabajadores es el supremo objetivo a que debe subordinarse todo movimiento político, como medio...».

Huelgas y persecución

La opresión inglesa sobre Irlanda desataba el recelo entre los obreros inconscientes de ambos países, quienes en las grandes fábricas inglesas se dividían en dos bandos: los obreros ingleses y los obreros irlandeses. Los primeros se jactaban de pertenecer a la nación opresora y consideraban a los obreros irlandeses como despreciables competidores que ocasionaban la rebaja de los salarios; por su parte, estos consideraban a los obreros ingleses cómplices y dóciles instrumentos de los opresores. Este antagonismo, que era fomentado por la burguesía y la aristocracia a través de la prensa y el púlpito, dividía y tornaba impotente a la clase obrera inglesa, a pesar de su gran organización. La Internacional tenía entonces el deber de defender la causa de los irlandeses y de hacer entender a la clase obrera inglesa que la primera condición para su propia emancipación era apoyar la emancipación nacional de Irlanda.

Y fueron las tradeuniones —gran organización de los obreros ingleses— el pilar central de la Asociación Internacional de los Trabajadores, a donde confluyeron tipógrafos, tabaqueros, ebanistas, así como los sindicatos de obreros poco calificados, como la sociedad de templadores con sus 30.000 afiliados. La influencia de la Internacional tuvo gran mérito en el potente movimiento de las tradeuniones a nivel nacional durante 1866, en favor de una reforma electoral.

Como no podía faltar, en el curso del movimiento afloró la vieja costumbre tradeunionista de buscar apoyo en los radicales burgueses quienes, ni cortos ni perezosos, la emprendieron contra la independencia de clase abandonada por la Internacional para todos los aspectos de la lucha obrera y, aprovechando la agobiante situación financiera del semanario *The Commonwealth* (órgano oficial de la Internacional en Inglaterra), mediante su «ayuda» económica lo convirtieron finalmente en una prensa reformista. El Consejo General de la I Internacional y, en especial, Carlos Marx combatieron sin descanso la perniciosa influencia reformista de los dirigentes y su nociva dependencia tradicional de la burguesía radical.

La actividad de la I Internacional logró que los obreros en diversos países repudiaran la opresión nacional inglesa sobre Irlanda, la feroz represión ruso-zarista de la insurrección polaca y que se movilizaran contra las guerras de agresión de los capitalistas, en particular, la franco-prusiana de 1870. Así, la I Internacional se convirtió en el centro de una beligerante oposición proletaria a la política de los gobiernos capitalistas, quienes para confundir a los obreros y debilitar su presión empezaron a urdir intrigas a través de la prensa acerca de: «las fabulosas riquezas de la Internacional y sus millones de militantes dispuestos a destruir el mundo civilizado por orden del Consejo General», cuando ya sabemos que los ingresos de la Internacional eran insignificantes.

La actividad de la I Internacional revolucionó la conciencia de millones de obreros, haciéndoles comprender lo comunes que eran sus intereses, la importancia de su unidad y el poder de su lucha independiente. Ese avance les permitió obtener triunfos en el movimiento huelguístico de los años 60; en particular, la crisis capitalista de 1866 en Europa conllevó el aumento del hambre y la agudización de las contradicciones sociales, desatándose una poderosa ola de huelgas. Apenas surgían espontáneamente las huelgas, intervenía el Consejo General de la I Internacional para contribuir al triunfo de la causa obrera, actividad que lo convirtió de hecho en un centro de orientación y coordinación de la lucha y de las campañas de solidaridad internacional con los maquinistas ferroviarios, los cajistas de imprenta y los albañiles de Ginebra, con los broncistas de París, con los tabaqueros de Amberes; amarrando las manos a los capitalistas acostumbrados a romper huelgas utilizando esquirols traídos de otros países.

Fue tal el prestigio de la I Internacional que rebasó su poder real no solo entre los obreros, sino ante todo entre los capitalistas quienes, impotentes ante las huelgas, rehusaban aceptar que su causa estaba en las condiciones de miseria de la clase obrera, y mejor se la adjudicaban a los «manejos diabólicos» de la Internacional, un «monstruo» al que debían perseguir y aniquilar. Así, cada huelga se transformaba de hecho en una batalla de vida o muerte por la Internacional.

Una de estas batallas tuvo lugar en Basilea, en 1868, los obreros de la construcción, los cinteros y tintoreros fueron a la huelga por aumento de salario y reducción de la jornada. Los capitalistas les impusieron como condición para el arreglo que debían separarse de la Internacional, pero los huelguistas rechazaron el chantaje y, con la solidaridad de los obreros internacionalistas de Inglaterra, Francia y otros países, ganaron la huelga. Sin embargo, en represalia

los capitalistas de Basilea suprimieron de improviso las horas de descanso a que tenían derecho los cinteros de una fábrica, ante lo cual, una parte de los obreros se resistió y fue arrojada a la calle violentamente por la policía; la indignación se extendió a los demás obreros de Basilea, movilizándose de inmediato en una lucha que duró varios meses y, a pesar de la persecución policial en una especie de estado de guerra, permanecieron fieles a la Internacional, con el apoyo de los obreros de otros países triunfaron sobre los capitalistas y lo celebraron con una imponente manifestación por las calles de la ciudad.

También en Alemania, en Francia, en Bélgica el Estado de los capitalistas desató terribles persecuciones contra la I Internacional, pero ella no se amilanó y, por encima del terror, hizo suya la causa del proletariado internacional, denunció los brutales atropellos de la policía contra los obreros y organizó el auxilio para las familias de los muertos, heridos o encarcelados.

Una preocupación permanente de Marx y los marxistas en la I Internacional fue vincular las ideas del comunismo científico al movimiento obrero, para fundamentar su conciencia internacionalista, elevar su nivel ideológico, político y organizativo. Fue así como la opinión de un miembro del Consejo que argumentaba la inutilidad de la lucha por salarios debido a que los capitalistas la compensaban con la subida de los precios, fue rebatida por Marx, quien aprovechó ese debate para fundamentar la importancia de la lucha económica de los obreros.

La necesidad de la lucha por un Alza General de Salarios

Rebajar los salarios ha sido una muy vieja costumbre de la burguesía en las épocas de crisis en su economía capitalista, lo cual, genera en el proletariado la necesidad espontánea de paralizar la producción para defender su

salario y evitar un mayor deterioro en sus condiciones de vida y de trabajo. Así ocurrió en Europa cuando, promediando la octava década del siglo XIX, la crisis económica sacudió a los principales países capitalistas y, a su vez, desató un amplio movimiento huelguístico por aumento de salarios, lo cual obligó a que temas como la huelga, los sindicatos y la lucha por salarios fueran el centro de enconadas discusiones en los Congresos de la I Internacional, y particularmente en las reuniones de su Consejo General.

En él, Juan Weston, delegado por el movimiento obrero inglés y discípulo del famoso socialista utópico Roberto Owen, defendió públicamente la tesis según la cual «la elevación de los salarios no podía mejorar la situación de los obreros y debía considerarse perjudicial a la actividad de las tradeuniones». Tal falsedad fue refutada por Carlos Marx en un informe ante el Consejo General, en el cual expone los fundamentos de su teoría de la plusvalía, crítica demoledora a las corrientes del movimiento obrero contrarias a la lucha económica y a la actividad de los sindicatos (los proudhonistas y lassalleanos).

El informe fue publicado en 1898 por Eleonora (hija de Marx) en el folleto *Valor, precio y ganancia* y, desde entonces, es parte de sus obras escogidas bajo el título *Salario, precio y ganancia*, de obligatorio conocimiento y estudio para todo obrero que desee conocer el camino de su emancipación, pues allí «*Marx se pronuncia resueltamente contra la prédica de la pasividad y la resignación de los proletarios frente a su explotación por el capital y argumenta teóricamente el papel, la significación de la lucha de los obreros, subrayando la necesidad de subordinarla a la meta final del proletariado: la supresión del sistema de trabajo asalariado*».

Esta polémica con el ciudadano Weston fue un buen motivo para que Marx, quien había estudiado profundamente las leyes del movimiento social y en particular las

contradicciones del modo de producción capitalista basado en la explotación asalariada, mostrara cómo cuando el capitalista paga el salario al obrero, le hace creer que le está pagando todo el trabajo realizado durante la jornada. Pero, en realidad, esa es solo una apariencia engañosa que Marx la traspasa para demostrar, con todo el rigor científico, que el capitalista no le retribuye al obrero todo el trabajo realizado, sino apenas una parte con un valor (salario) que es equivalente solo a los gastos mínimos de subsistencia del obrero y su familia (alimentación, techo, vestido).

El resto del trabajo realizado es un trabajo no retribuido que se lo apropia el capitalista bajo la forma de la **plusvalía**, que es repartida entre toda la clase capitalista (una parte como **interés** para la burguesía financiera que presta capital para producir, otra parte como **ganancia** para la burguesía industrial poseedora de los instrumentos de producción y, la parte restante, como **renta** para los burgueses o terratenientes dueños de las tierras donde están las fábricas y demás medios de producción).

Marx, al demostrar la falsa apariencia del contrato de trabajo asalariado, derivó varias importantísimas conclusiones, tales como las siguientes:

Primera: el valor de las mercancías lo determina la cantidad total de trabajo socialmente necesario para producirlas, y no la proporción entre trabajo pagado (salario) y trabajo no retribuido (plusvalía). Por tanto, si el salario no determina el valor de las mercancías, un alza general de salarios tampoco puede determinar un alza general de precios de las mercancías.

Segunda: un alza general de salarios lo que sí determina es la disminución de la cuota general de ganancia de los capitalistas.

Tercera: si el obrero permite que el capitalista le usurpe todo su tiempo (prolongándole la jornada de trabajo que

equivale a rebajar el salario) o le agote toda su energía (aumentándole la intensidad del trabajo que también es rebajar el salario) cae en la degradación de una bestia de carga.

Cuarta: la tendencia general del sistema de producción capitalista es a reducir los salarios, por tanto, la lucha de resistencia contra su rebaja y por el alza general de salarios es posible y necesaria.

Quinta: la lucha de resistencia es una lucha contra los efectos de la explotación asalariada, pero no contra sus causas. Es apenas una palanca para apoyar toda la lucha de la clase obrera por abolir la explotación asalariada.

El problema de los sindicatos

El problema de los sindicatos también ocasionó encendidos debates, sobre todo en el Congreso de Ginebra, en 1866. Los delegados franceses influenciados por las ideas económicas de Proudhon rechazaban abiertamente las huelgas y las organizaciones de resistencia; solo aceptaban la cooperación y la organización de mutualidades que establecieran el crédito para los obreros, ojalá sin interés.

Por su parte, los delegados londinenses y alemanes eran acérrimos partidarios de la organización del proletariado en sindicatos, surgidos de la lucha entre el capital y el trabajo asalariado, como resultado de la experiencia de la lucha obrera por obtener colectivamente un contrato de trabajo favorable para sus condiciones de vida, y que atenúe la competencia entre los obreros a causa de la necesidad del salario.

Aquí la divergencia consistía en que los proudhonianos, como resultado de negar la lucha de clases y la explotación asalariada, afirmaban que el contrato de trabajo entre el capitalista y el obrero era libre y justo, cuando en la realidad dicho contrato se realiza en completa desigualdad entre las partes: de un lado, el capitalista dueño de los

medios de producción y, de otro, el obrero solo propietario de su fuerza de trabajo. Y es esa fuerza corporal del obrero, esa energía viviente, la que, al consumirse en la producción, da como resultado un incremento del capital, una riqueza que se distribuye en forma también desigual: al obrero productor de la riqueza solo le corresponde el salario para que pueda seguir trabajando, en tanto, al parásito capitalista que no produce, el contrato le da derecho a apropiarse de toda la plusvalía, para acumular más capital que le permita seguir esclavizando el trabajo obrero.

Al capitalista lo respalda la fuerza de su sociedad con su Estado, sus destacamentos armados, su gobierno, sus partidos, sus leyes, su prensa... Y, para hacer frente a todo ese poder de clase, los obreros solo cuentan con su fuerza social, su número, su masa; pero si esta masa está dividida, su fuerza se desvanece. De ahí la necesidad inevitable de la organización obrera en sindicatos para resistir al poder avasallador de los capitalistas y en partido político, ya no para resistir, sino para derrotar en lucha política de clase todo el poder del capital, lucha que debe ser apoyada también por los sindicatos si pretenden la real emancipación del trabajo asalariado.

Aceptar o no la lucha política del proletariado y su organización en partido político fue otra de las grandes divergencias en el seno de la I Internacional.

La necesidad del Partido y de la lucha política del proletariado

Las varias corrientes del movimiento obrero que se expresaban en la Asociación Internacional de los Trabajadores no permitían que fuera fácil ni inmediato el triunfo de las teorías marxistas que hablaban de «la lucha de clases como ley objetiva de la sociedad» (independiente de la voluntad de los hombres), de «la lucha política» (tan necesaria para la clase obrera como su lucha económica)

y de «la independencia en la política y en el partido» (para poder triunfar sobre la burguesía).

Estas teorías, fundamentales en la ciencia revolucionaria del proletariado, solo podían cimentarse en la Internacional mediante la confrontación con las tesis contrarias; y solo podían ser entendidas, aceptadas y acatadas por los obreros, si ellos se enteraban de esas polémicas pero, más que eso, si utilizaban tales teorías para guiarse en la lucha contra sus antagónicos enemigos de clase: la burguesía y la aristocracia terrateniente.

Si bien en el *Manifiesto Inaugural* había quedado expreso que para conseguir todos los objetivos que se propone el proletariado «la conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera», en los *Estatutos Provisionales* quedó dicho que «la emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, el gran fin al que todo movimiento político debe ser subordinado como medio».

Fue esta una de las tesis que más fuertes discusiones provocó, tanto en las dos Conferencias y cinco Congresos de la Internacional, como en el mismo Consejo General, en donde fue habitual la lucha de tendencias y cotidianas las polémicas sobre las guerras de agresión, el militarismo, la lucha por los salarios, los sindicatos, el trabajo de la mujer, la propiedad privada, etc. Pero el punto de choque más impetuoso y permanente siempre fue entre dos concepciones radicalmente opuestas: la lucha de clases y lucha política de las masas obreras, versus la conciliación de clases y el sectarismo.

Tres fueron las fuerzas opuestas, en diverso grado, a las tesis marxistas sobre lucha de clases, lucha política y partido independientes:

La primera, representada en la influencia que sobre las tradeuniones obreras inglesas ejercía la concepción

derechista de sus dirigentes, quienes no rechazaban de plano la necesidad de la lucha política de los obreros, pero sí su independencia, pues la sometían al acuerdo con la burguesía radical. Esto es, se oponían a una lucha verdaderamente proletaria e independiente de la tutela burguesa.

La segunda, expresada en la notable influencia que sobre los obreros franceses tenía el proudhonismo, corriente que negaba no solo la lucha política del proletariado, sino toda lucha de clases, y pregonaba la fantasía pequeñoburguesa de remediar la situación de la clase obrera mediante cooperativas concertadoras de créditos populares con el Estado.

La tercera fue el anarquismo, defensor de la nivelación de clases y la supresión del Estado, del cual no admitían su papel como órgano de dominación de clase. En consecuencia, negaban la necesidad de lucha política del proletariado, reduciendo la lucha por la emancipación de la clase obrera a la huelga económica general y la acción aventurera de un puñado de conspiradores.

En la forma, ninguna de estas corrientes se oponía a la emancipación económica de la clase obrera y, aunque cada una la entendía a su manera, todas coincidían en rechazar la lucha de masas del proletariado para derrotar el poder del Estado burgués: unos, los tradeunionistas, aceptaban la lucha política pero no como lucha radical contra todo el poder de la burguesía, sino a favor de una parte de la burguesía; otros, los proudhonistas y anarquistas puros, negaban toda lucha política.

Solo la corriente marxista en la Internacional entendía que, para conquistar la emancipación económica de la clase obrera, era y sigue siendo necesario expropiar a la burguesía de los medios de producción. Para ello debe, antes, destruir el viejo y caduco Estado burgués y construir sobre sus ruinas el nuevo Estado de Dictadura del Proletariado

(objetivo inmediato de su lucha política), cuya forma fue revelada por la experiencia de la Comuna de París.

La clase obrera debe luchar políticamente para lograr su emancipación económica, fue el principio abanderado por la Internacional. Pero no bastaba aceptarlo en la letra, pues existían —y siguen existiendo— dos interpretaciones opuestas de lucha política: la pequeñaburguesía (y la burguesía radical de aquella época) concibe la lucha política como un fin en sí misma, que lo único que se propone es remodelar las formas políticas existentes, hacerle mantenimiento a las instituciones del Estado burgués y utilizar esas instituciones (que son la expresión material del poder de la burguesía) para ilusamente «remediar» la situación económica de los trabajadores mediante reformas a las leyes burguesas... En fin, todo el sutil engaño de la democracia burguesa.

En cambio, el proletariado consciente utiliza su lucha política solo como un medio que lo arme con el poder político para llevar a cabo su propósito fundamental: expropiar a los expropiadores, sin lo cual, no cabe ni hablar de emancipación económica. Ambas clases luchan políticamente: una, para reforzar el poder de la burguesía; la otra, para destruirlo.

Defender o negar la necesidad de la lucha política independiente de la clase obrera implicaba meter en discusión la necesidad de su partido político e independiente. En este tema se enfrentaron ardorosa y violentamente marxistas y anarquistas, tal como ocurrió en la II Conferencia de la Internacional (celebrada en Londres en octubre de 1871, pocos meses después de la Comuna de París) cuya *Resolución sobre La Acción Política de la Clase Obrera* (la más importante aprobada) dice en unos de sus apartes:

«En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase sino constituyéndose él mismo en partido político propio

y opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras.

Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y el logro de su fin supremo: la abolición de las clases.

La coalición de las fuerzas obreras, obtenida ya por medio de la lucha económica, debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores».

En 1872, el Congreso de La Haya ratificó esa Resolución y agregó: «Por cuanto los señores de la tierra y del capital se sirven siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos y sojuzgar el trabajo, la conquista del poder político pasa a ser el gran deber del proletariado».

La II Conferencia de Londres y el Congreso de La Haya se centraron en defender la necesidad de la lucha y la organización políticas del proletariado. Una lucha tenaz entre el marxismo y el anarquismo sectario que, en lugar de la lucha consciente obrera, amplia, de masas, contra el poder del capital, exaltaba la lucha aventurera de las sectas al comando de la *«juventud sin clase, las masas campesinas y el proletariado andrajoso»*; y en lugar del Partido disciplinado, organizado de acuerdo con el centralismo democrático y con profundas raíces entre las masas, proclamaba la secreta, aislada y vertical organización de los conspiradores.

Los derrotados anarquistas dirigidos por Bakunin, posterior a la Conferencia y en confabulación con otras corrientes antimarxistas, realizaron una infame campaña contra la Internacional, pero de nuevo fueron repelidos, derrotados y expulsados en el Congreso de La Haya, que sería el último de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Disolución de la I Internacional

En el verano de 1869, la Asociación Internacional de los Trabajadores realizó el Congreso de Basilea, en el cual se discutió a profundidad un tema que en 1868 el Congreso de Bruselas ya había mencionado: el problema de la socialización de los medios de producción. Los marxistas (adversarios de la propiedad privada sobre los medios de producción) dejaron completamente destrozadas, en el campo de batalla teórico, las teorías de Proudhon. Tomó fuerza, entonces, otra tendencia adversa al marxismo, la representada por el ruso Miguel Bakunin: el anarquismo.

En Basilea, la tendencia anarquista no mostró su verdadera cara, sino que se presentó como abanderada de la lucha contra el derecho de herencia y desvió la atención hacia el reclamo al alemán Liebknecht por su crítica demoledora contra la actividad de Bakunin en la Liga (burguesa) de la Paz y la Libertad, (la cual abandonó en el congreso de Berna en 1868, siendo miembro de su Comité Central), denunciándole su vieja concepción burguesa paneslavista de privilegiar la unidad nacional de los eslavos sobre la unidad de los obreros como clase. Esa crítica fue publicada en el órgano central de un nuevo Partido que, alrededor del programa de la Internacional, fundaron los marxistas dirigidos por Liebknecht y Bebel en el Congreso de Eisenach, luego de una victoriosa batalla contra las ideas del lassalleano Schweitzer.

El pasaje de una carta de Bakunin a Marx ilustra sobre cómo el padre del anarquismo «vendía carne de perro con piel de cordero»: «Desde el adiós público y solemne que en el congreso de Berna he dado a los burgueses, no conozco otra sociedad ni otro medio que el mundo de los obreros. Mi patria será en adelante la Internacional, de la que tú eres uno de los principales fundadores. Ya lo vez, amigo mío, soy tu discípulo y estoy ufano de serlo». Sin embargo, en los hechos, Bakunin no ingresa a

la Internacional, sino que funda su propia Alianza Internacional de la Democracia Socialista en 1868, y pide su ingreso a la Internacional en calidad de asociación aparte con programa y estatutos propios. Desde luego, el Consejo General rechazó la petición, condicionándola a que se disolviera la Alianza, lo cual fue aceptado de palabra por Bakunin quien la disolvió oficialmente, pero mantuvo secreta la organización para apoderarse de la Internacional. De tiempo atrás, Bakunin, en contraposición a Marx (a quien criticaba por «sobreestimar» la importancia de la clase obrera), argumentaba que eran los intelectuales y los estudiantes (representantes de la democracia burguesa), y especialmente los desclasados (el lumpen), el elemento más revolucionario de la sociedad.

Sin embargo, tal apreciación fue negada por la experiencia de la Comuna de París, triunfo obrero que aterrizó a la burguesía, no solo de Francia sino de toda Europa, quien con saña cobró venganza sanguinaria contra ese intento de establecer la dictadura del proletariado. Así, la I Internacional, «haciéndose cargo de la herencia de la Comuna, con todo su activo y su pasivo, sin beneficio de inventario», se convirtió en el blanco de la cobarde persecución de los gobiernos burgueses, y fue cubierta de infamia por la gran prensa reaccionaria. A este ataque burgués contra la organización internacional de la clase obrera, se le sumó un enemigo en las propias filas de la Internacional: los anarquistas, quienes (además de ser maestros en la intriga) solo veían en la experiencia de la Comuna un ejemplo negativo y, de hecho, se convirtieron en sus capituladores y declarados enemigos del comunismo científico (del marxismo) cuya conclusión respecto a la experiencia de la Comuna fue diametralmente opuesta: «después de la Comuna no solo la teoría, sino también la práctica evidenciaron claramente que para realizar transformaciones socialistas hay que tener por fuerza un sólido poder político de la clase obrera, poder que no puede tomarse sin contar esta con su propio partido político».

Se realiza entonces la ya referida Conferencia de Londres en 1871, en la cual, además de la derrota teórica de las ideas anarquistas opuestas a toda lucha política por parte del proletariado, y a su organización como clase para conquistar el poder político, también se prohíbe la organización de sociedades separatistas especiales con programas propios dentro de la Internacional. De nuevo, los anarquistas «confiesan» públicamente la disolución de su Alianza, proponen transformar la Internacional en una «Asociación Internacional de Sindicatos, ajena a la política» y se declaran en rebeldía contra el Consejo General, a quien acusaban de haber impuesto a la Internacional el dogma de «la necesidad de un partido para que el proletariado pudiera conquistar el poder político», solicitando la realización de un Congreso para zanjar definitivamente la divergencia.

El Congreso, en efecto, se realizó en La Haya, del 2 al 7 de septiembre de 1872, sin la presencia de Bakunin, pero sí con la de Engels y Marx, quien por primera vez asistía a un Congreso de la Internacional; en él, la lucha de tendencias comenzó con la discusión sobre la validez de cada delegado y de cada mandato (representación), lo cual ocupó los tres primeros días.

En este Congreso se solidificaron aún más las bases ideológicas y orgánicas del partido obrero, que ya habían sido establecidas por la Conferencia de Londres; se concluyó que la Alianza de los anarquistas seguía existiendo en el seno de la Internacional y se decidió, por Resolución, excluir a sus dirigentes inspiradores: Bakunin y Guillaume.

Los marxistas ateniéndose a la realidad que señalaba, en primer lugar, el cumplimiento por la Internacional de su propósito inicial (elevar el nivel de conciencia de la clase obrera y movilizarla como un gran ejército), y la llegada del momento en que el proletariado debía dirigir sus esfuerzos hacia la creación y el fortalecimiento de partidos

obreros independientes en cada país. Y, en segundo, lugar indicaba que en Francia la derrota de la Comuna de París en 1871 y la consiguiente persecución a los *comunardos* sobrevivientes, a quienes la burguesía les imputaba como crimen el solo hecho de pertenecer a la Internacional, resquebrajó el apoyo directo y material del proletariado francés; en Alemania también Bismarck desató una violenta persecución contra los afiliados a la Internacional, encarcelando a Liebknecht y Bebel por protestar contra la anexión de las provincias francesas de Alsacia y Lorena, y por solidarizarse con la Comuna; en Inglaterra, donde la burguesía aprovechó en beneficio propio la guerra de 1870 entre Alemania y Francia, a tal punto que pudo maniatar la conciencia de los dirigentes tradeunionistas favoreciéndoles sus bolsillos al colocar legalmente a su disposición las cajas sindicales, además, porque a la burguesía inglesa le interesaba utilizar a los propios caudillos sindicales para frenar el poderoso movimiento huelguístico desatado por la conquista de la jornada de nueve horas, y bien se sabe que cuando los capitalistas logran aburguesar paulatinamente a los dirigentes sindicales, estos terminan odiando las huelgas tanto o más que la propia burguesía, y repudiando a los revolucionarios como lo hicieron los dirigentes sindicales ingleses al pedir un voto de censura contra Marx por haberles denunciado su corrupción... todo lo anterior unido al feroz ataque burgués contra la Internacional por las acciones de La Comuna, ocasionó la separación de la sección inglesa.

En consideración a estas razones, era muy difícil sostener la residencia del Consejo General en Europa, por lo cual Engels propuso, y fue aceptado con mucho dolor por los delegados al Congreso, trasladar el domicilio del Consejo General a Nueva York, pues allí existían condiciones más favorables, y es desde esta ciudad donde, en 1876, el Consejo General anuncia el fin de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Al culminar el Congreso de La Haya, Marx exclamó: «Por lo que a mí se refiere,

proseguiré mi obra, trabajaré sin fatiga para establecer esta solidaridad fecunda para el porvenir entre todos los trabajadores. Yo no me marchó de la Internacional, y el resto de mi vida estará consagrado, lo mismo que mis esfuerzos pasados, al triunfo de las ideas sociales, que conducirán, tarde o temprano, a la victoria del proletariado en todo el mundo».

El papel histórico de la I Internacional

Ha ocurrido en la historia del Movimiento Obrero Mundial que, cuando es derrotada una revolución o cuando cesa su vida útil una organización, como fue la Internacional, siempre surgen dos grandes interpretaciones del proceso: una (inspirada por la burguesía, y acolitada por la pequeñaburguesía y el oportunismo) dictamina que la derrota o el acabose de la organización constituyen la «derrota total y absoluta» y demuestran que «el socialismo y el comunismo no tienen perspectiva»; la otra valoración es la del proletariado, que a través de su historia ha tenido que aprender más de sus derrotas que de sus victorias, y que se rige por la lógica «de derrota en derrota, hasta la victoria final».

Así sucedió con la disolución de la I Internacional: para la burguesía, los intelectuales pequeñoburgueses, los aburguesados dirigentes tradeunionistas y los anarquistas significó el fracaso del socialismo científico, de la lucha política del proletariado y de su organización de clase; para todos ellos, fue una experiencia inútil, que no dejó nada. Esa fue la valoración metafísica y burguesa de la I Internacional.

En cambio, para los marxistas y el proletariado, la disolución de la Internacional fue parte de su proceso dialéctico de transformación «en Partidos más o menos organizados dentro de las fronteras nacionales, forman otros tantos grupos internacionales, no ya secciones aisladas,

diseminadas acá y allá por los distintos países y mantenidas en cohesión en su periferia por un Consejo General; son las masas obreras mismas las que mantienen un intercambio constante, activo, directo, entroncadas unas con otras, por el trueque de ideas, la ayuda mutua y los fines comunes... Es decir, que la internacional lejos de morir, no ha hecho más que pasar de su primer ensayo a una fase más alta, donde sus primitivas tendencias han encontrado, en parte al menos, realización. Y todavía habrá de sufrir no pocas transformaciones en el transcurso de su evolución progresiva, hasta llegar a escribir el último capítulo de su historia» (Marx).

Para comprender mejor el papel histórico desempeñado por la I Internacional, son de especial interés las cartas que Federico Engels dirigió a Augusto Bebel el 20 de junio de 1873, y a Adolph Sorge el 12 de septiembre de 1874.

En resumen, la Asociación Internacional de los Trabajadores propinó enormes derrotas teóricas a las diversas corrientes del socialismo utópico y de los «sistemas impuestos desde afuera» a la sociedad, promovidos dentro del movimiento obrero por los ideólogos pequeñoburgueses. Difundió la teoría del socialismo científico en el movimiento obrero, sobre todo de los países donde el capitalismo tenía mayor desarrollo. Enseñó al proletariado internacional la táctica marxista de lucha, guiándolo para que en su propia experiencia aprendiera a utilizar adecuadamente sus formas de lucha y de organización. Abonó el terreno para la creación de partidos proletarios independientes y revolucionarios en cada país, tal como sucedió en Austria (1874), en Dinamarca (1876), en Bélgica y España (1879), en Francia y Hungría (1880), en Inglaterra (1881) y en Polonia e Italia (1882).

Llegamos así, al final del pasaje de estas *Memorias* dedicado a la Asociación Internacional de los Trabajadores, la

primera organización proletaria verdaderamente internacional y verdaderamente al servicio de su lucha de clase, porque le trazó el camino y creó los cimientos.

«Bien es cierto que la Internacional tan solo vivió 9 años, pero la unión eterna que estableció entre los proletarios de todos los países vive todavía y subsiste más fuerte que nunca... La clase obrera de 1874, cuando la Internacional dejó de existir, era muy distinta de la de 1864, en el momento de su fundación». (Federico Engels)

«La I Internacional echó los cimientos de la lucha proletaria internacional por el socialismo». (Vladimir I. Lenin)

CAPÍTULO 5

EL CAPITAL. CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Su preparación

El Capital. Crítica de la Economía Política es la obra cumbre del marxismo. Carlos Marx y Federico Engels, desde los años 40 del siglo XIX, iniciaron la exposición de los resultados de sus investigaciones en el terreno de la Economía Política en trabajos tales como *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, *La Ideología Alemana*, *Miseria de la Filosofía*, *Trabajo Asalariado y Capital*, *Manifiesto del Partido Comunista*, en los cuales se descubren las causas de la explotación capitalista, se saca a flote el antagonismo irreconciliable de la contradicción entre los intereses de los obreros asalariados y los capitalistas, y se demuestra que la sociedad regida por las relaciones económicas capitalistas es una etapa transitoria de la sociedad, que debe ser negada por la revolución del proletariado, para hacerla avanzar a una superior etapa de desarrollo: el comunismo, al cual hay que arribar a través de una nueva etapa de transición, la sociedad socialista.

Si bien la investigación, preparación de borradores y exposición de las conclusiones de *El Capital* ocupó 40 años de la vida de Carlos Marx, tuvo varias interrupciones, tales como la ocasionada por las revoluciones obreras en Europa en 1848 – 1849, o por la lucha y actividades de la I Internacional.

Entre 1857 y 1858, Marx comienza a sistematizar los datos recogidos a lo largo de 15 años de investigación, y elabora el primer esbozo del plan general de *El Capital*, y desde entonces se propone preparar la publicación de la obra en forma de fascículos, editando el primero en 1859 bajo el título de *Contribución a la Crítica de la Economía Política*.

En el trabajo de preparación de los siguientes fascículos, entre 1861 y 1863, Marx produce bajo el mismo título *Contribución a la Crítica de la Economía Política* un extenso manuscrito compuesto por 23 cuadernos, que lo lleva a modificar el plan de publicación de la obra, proponiéndose presentarla mejor en cuatro tomos. Algunos de estos cuadernos fueron dedicados específicamente a la historia de las doctrinas económicas y, como tales, los publicó posteriormente el Partido Comunista de la Unión Soviética, como el IV Tomo de *El Capital*, bajo el título *Teorías de la Plusvalía*.

Los cuadernos restantes del manuscrito estaban dedicados a los problemas teóricos que luego se tratarían en los otros tres tomos de *El Capital*. Y todos, de conjunto, fueron expuestos de nuevo con todo detalle en otro manuscrito, elaborado entre 1863 y enero de 1866. Y solo después de haber culminado tal manuscrito de toda la obra, Marx se dedicó a pulirla minuciosamente, empezando por preparar para la imprenta el Tomo I de *El Capital*, al cual le dio una nueva redacción de fondo, para que pudiera ver la luz en su primera edición en idioma alemán, en septiembre de 1867.

Marx persiste en preparar la publicación de los demás tomos, pero no consigue terminarla, obligado a interrumpirla, de una parte, por su intensa actividad en el Consejo General de la I Internacional y, de otra, por sus agudos problemas de salud que finalmente lo llevaron a la tumba el 14 de marzo de 1883. Le correspondió entonces a Federico Engels preparar la publicación del material elaborado, editar en 1885 el Tomo II, y en 1894 el Tomo III de *El Capital*.

Las leyes que Marx, en *El Capital. Crítica de la Economía Política* (1867), estudió en su singular aplicación a la sociedad capitalista y explicó —con absoluto rigor científico su profundo funcionamiento y su ineludible cumplimiento— en el Prólogo de *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1859), las había resumido magistralmente en su forma universal, como leyes que rigen el desarrollo de la sociedad en todas sus etapas:

«El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.

Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción

existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella.»

Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción.

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos solo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización.

La Economía Política clásica, como ciencia burguesa, llegó en sus investigaciones hasta la comprensión de que las ganancias tenían relación con el trabajo, pero sin jamás

admitir que la fuente de tales ganancias estaba en la explotación asalariada del trabajo. Sus máximos exponentes, Adam Smith y David Ricardo, aunque eran científicos, no podían aclarar el verdadero meollo del enriquecimiento capitalista, porque su punto de vista era burgués. En cambio, Marx y Engels adoptaron el punto de vista del proletariado y tomaron como suyos los intereses y las necesidades de clase, con lo cual pudieron darle un poderoso y revolucionario desarrollo al estudio científico de la economía.

La Economía Política

La Economía Política es una de las tres partes integrantes del marxismo, no como simple continuación de la Economía Política Clásica, sino como su negación dialéctica: tomándola como fuente o punto de partida, criticándola y elevándola a una base cualitativamente distinta, que ya no sirve a los intereses de la burguesía sino del proletariado. Esta nueva Economía Política es el contenido fundamental del marxismo, y se dedica al estudio de las relaciones sociales de los hombres en la producción.

En el prólogo a la primera edición de *El Capital. Crítica de la Economía Política* Marx resalta que «la finalidad última de esta obra es, en efecto, descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna», de ahí que esté centrado en el estudio científico de la relación entre el Capital y el Trabajo, relación que se constituye en el eje central del sistema capitalista:

- Toda riqueza tiene su fuente en la naturaleza y el Trabajo, y este como tiempo de trabajo vivo o tiempo socialmente necesario para producir una mercancía, se convierte en la medida del valor de las mercancías y medida de todos los valores.
- El trabajo también existe como trabajo acumulado o trabajo muerto, llamado **capital**; el cual, cuando se

relaciona con el trabajo vivo del obrero en el proceso de la producción, da como resultado una asombrosa elevación de la productividad del trabajo vivo, por lo cual se le retribuye con un beneficio o ganancia al dueño del capital, y con un salario al dueño del trabajo vivo.

- En el proceso de producción de la sociedad moderna, los capitalistas son cada vez menos y las ganancias del trabajo acumulado que poseen en propiedad privada son cada día mayores y gigantescas; mientras que el salario del trabajo vivo del obrero se reduce cada vez más, y ellos, los obreros, son cada día más numerosos y más pobres.
- ¿A qué se debe este portentoso fenómeno? A que el capitalista encuentra en el mercado una mercancía que tiene una cualidad especial: al consumirse, crea un nuevo valor. Esa mercancía es la fuerza de trabajo, que al emplearse en una parte de la jornada (tiempo necesario), produce el valor que el obrero necesita para conseguir sus medios de vida, y que el capitalista le retribuye como salario. Pero la fuerza de trabajo ha sido comprada por el capitalista para consumirla durante toda la jornada, por lo cual, en el tiempo restante (tiempo excedente) el obrero sigue produciendo un mayor valor, una plusvalía, que se la apropia y acumula el capitalista.
- Este trabajo no retribuido de toda la clase obrera o, en otras palabras, la explotación asalariada, es la fuente de toda la plusvalía de todos los capitalistas, quienes la dividen en la ganancia para el capital industrial, el interés para el capital financiero y la renta para el dueño de la tierra o terrateniente capitalista.
- El sistema de producción capitalista, basado en la explotación asalariada, es solo una fase transitoria de la sociedad, cuya misión histórica fue desarrollar las fuerzas productivas a tal punto que fuera posible pasar a un nuevo nivel de desarrollo social, basado en la cooperación del trabajo.

- Las propias contradicciones internas del sistema capitalista terminan amenazando la existencia misma de la principal fuerza productiva de la sociedad moderna: el proletariado, y lo colocan ante la ineludible exigencia de perecer o convertirse en la nueva clase expropiadora y sepulturera de los expropiadores capitalistas; en la nueva clase dominante que, apoyada en un nuevo Estado de Dictadura del Proletariado, tiene como misión entregar nuevamente la propiedad sobre los medios de producción a toda la sociedad.

El método de Marx para llegar a tan extraordinarios descubrimientos en el terreno de la Economía Política, parte de concebir el movimiento social no como una secuencia de hechos aislados y fortuitos, sino como un proceso histórico regido por leyes y contradicciones independientes de la voluntad y la conciencia de los hombres; un proceso que va de lo simple a lo complejo, que exige una exhaustiva y rigurosa investigación de la realidad, y la primera y más simple relación histórica de la sociedad capitalista, su célula económica fundamental es la forma valor que reviste la mercancía, en cuyo estudio profundo Marx no encuentra cosas, sino relaciones entre personas y, más exactamente, relaciones entre clases, ante lo cual, como lo expusiera una publicación de la época «Marx solo se preocupa de una cosa: de demostrar mediante una concienzuda investigación científica la necesidad de determinados órdenes de relaciones sociales y de poner de manifiesto del modo más impecable los hechos que le sirven de punto de partida y de apoyo». De este fenómeno elemental y despreciado por los economistas burgueses de la época, parte Marx para exponer el contenido de todo su estudio en los tres libros de *El Capital. Crítica de la Economía Política*:

- I- Proceso de producción y acumulación.
- II- Proceso de circulación.
- III- Proceso de producción, acumulación y circulación visto en su conjunto.

Las clases de la sociedad capitalista

El estudio científico de las leyes y del movimiento de la sociedad capitalista llevó a Carlos Marx a concluir en su obra *El Capital. Crítica de la Economía Política* que: «Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción».

Aun así, en la actualidad, no pocos marxistas, en su literatura revolucionaria, se empeñan en desconocer esa conclusión y, con mucha frecuencia, identifican a los campesinos como una clase básica de la sociedad capitalista, y a los terratenientes los conciben únicamente como vestigio de la sociedad feudal. En atención al énfasis en las denuncias políticas que entre las masas debe hacer la agitación, se podría pasar por alto esa apreciación; pero, en términos de la propaganda y de la teoría científica del proletariado, esas afirmaciones son unilaterales, imprecisas y no marxistas.

En realidad, el capitalismo, al imponerse como modo de producción en la agricultura de una sociedad dada, no asimila ni incorpora a los campesinos del feudalismo tal como eran en esa sociedad; sino que, inevitablemente y como ley, descompone, desintegra y diferencia al antiguo campesinado, a tal punto que deja de ser una clase o estamento de clase feudal para dividirse en burgueses y proletarios. Los primeros, ya sean pequeños o grandes propietarios de medios de producción capitalistas, compran la fuerza de trabajo de los segundos en una relación social que ya no es de tributo ni de trabajo de prestación personal del siervo, sino de explotación del trabajo asalariado.

De ahí que, en las sociedades donde el trabajo asalariado se ha convertido en la base de las relaciones sociales de producción, la renta de los terratenientes ya no proviene de la explotación del trabajo servil, sino de la explotación asalariada del trabajo obrero. Este cambio en el origen y la naturaleza de su renta los ha transformado en terratenientes capitalistas.

En *El Capital*, Marx no deja lugar a duda sobre cuáles son las clases básicas de la sociedad capitalista: «Trátase de tres grandes grupos sociales cuyos componentes, los individuos que los forman, viven respectivamente de un salario, es decir, de la explotación de su fuerza de trabajo, de su capital o de su propiedad territorial».

El Salario

Desde los albores del capitalismo hasta nuestros días, la burguesía ha presentado el salario como el pago de todo el trabajo del obrero; pero, en realidad, eso es solo una apariencia que Marx, en *El Capital. Crítica de la Economía Política*, atraviesa para revelar por vez primera la verdadera esencia del salario.

Para determinar el valor del trabajo del obrero hay que empezar por distinguir entre su fuerza de trabajo («condiciones físicas y espirituales que se dan en la corporeidad, en la personalidad viviente de un hombre») y su trabajo como la función de la fuerza de trabajo.

Lo que la Economía Política Clásica (burguesa) llama «valor del trabajo» (salario) es, en realidad, estrictamente el valor de la fuerza de trabajo, porque el obrero no vende su trabajo, sino su fuerza de trabajo; y la vende tal y como ocurre con cualquier mercancía: por su valor, que en este caso se determina por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla y reproducirla o, lo que es equivalente, por el valor de los artículos de primera necesidad indispensables para producir, desarrollar, mantener,

reponer y perpetuar esa fuerza de trabajo o, lo que es lo mismo, por lo que cuesta conservar y reproducir a la familia obrera.

Pero el capitalista cuando compra fuerza de trabajo la usa durante un tiempo mayor al necesario para producir su propio valor (salario), y el mayor valor (plusvalía) que obtiene en ese tiempo excedente es la motivación, la causa y el único fin de su inversión.

Aparece así una importante relación que antes estaba oculta tras la mera apariencia del salario: el valor de la fuerza de trabajo es siempre más reducido que el valor de su función, de su trabajo. En otras palabras, el valor de cambio de la fuerza de trabajo (salario) es menor que su valor de uso (producto de valor); y ese producto de valor no depende de lo que valga la fuerza de trabajo (valor de cambio), sino de lo que dure su función (valor de uso).

Sin embargo, a los ojos de la sociedad, en los términos jurídicos del contrato de trabajo y en el cerebro del obrero inconsciente, el salario se presenta como el precio de toda la jornada de trabajo, quedando oculta la clave, la esencia y la razón de ser de la sociedad capitalista: el trabajo excedente no retribuido al obrero asalariado.

En *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Marx saca a la luz esta cruel realidad, demostrando con toda precisión que el trabajo sobrante no pagado a la clase obrera es la fuente de la riqueza y de la opulencia de la burguesía y los terratenientes capitalistas, es la base que soporta y justifica la existencia de todo el régimen capitalista de producción. Demuestra con exactitud científica que el modo de producción capitalista, basado en la explotación asalariada, ya ha dado lo que podía dar al desarrollo histórico de la sociedad, ya los obreros dueños de la fuerza de trabajo pueden y tienen que convertirse también en los dueños de los medios de producción, ya no necesitan de los capitalistas, sino que son ellos, los proletarios, quienes

pueden decidir si clausuran o no la válvula de oxígeno que le permite vivir al capitalismo: la explotación del trabajo asalariado.

La Plusvalía

Al imponerse, el modo de producción capitalista industrializó y concentró los antiguos y dispersos medios de producción, transformándolos de medios individuales en medios sociales; esto, a su vez, significaba la concentración de los trabajadores, ya no en calidad de siervos, ni de artesanos, ni de trabajadores independientes, sino de modernos esclavos asalariados. La propiedad de los productos sociales no pertenecía a sus directos creadores, sino a los propietarios de los medios de producción. El capitalismo es un proceso social en su conjunto: toda la burguesía compra toda la fuerza de trabajo de toda la clase obrera; y la compra para usarla en la producción de mercancías.

Al consumirla, esa fuerza de trabajo produce en un tiempo necesario (una parte de la jornada) su propio valor de cambio que, transfigurado en precio, es el salario recibido por el obrero; y en el tiempo excedente (la parte restante de la jornada) produce una plusvalía que no le pertenece al obrero, sino al capitalista asistido por el derecho que le otorga el ser dueño de los medios de producción y haber comprado la fuerza de trabajo para usarla durante toda la jornada.

Esta es la relación esencial entre el capital y el trabajo. Esta es la relación básica de toda la sociedad capitalista que, mientras exista, condenará al obrero a ser siempre obrero más pobre, y al capitalista a ser siempre capitalista más rico. Los dos términos están en una relación inversa: a más plusvalía para el capitalista, menor salario para el proletario; y a un aumento general de salarios para la clase obrera, una disminución general de la plusvalía para la burguesía.

Por tanto, la ganancia del capitalista no resulta de vender las mercancías por encima de su valor; el valor de la mercancía ya encierra de hecho la plusvalía. En otras palabras, la parte del valor de la mercancía en la cual se materializa el trabajo no retribuido al obrero, es la plusvalía, y consta de tres partes: la renta del suelo que va al bolsillo del terrateniente por tener el monopolio territorial; el interés que va a las arcas del burgués financiero, por haber prestado su capital en la forma de medios de trabajo o de dinero; y la ganancia para el burgués industrial o comercial, por ser el propietario de medios de producción (fábricas, máquinas, herramientas, locales, transportes, etc.).

Y, aunque los explotadores siempre han confundido a la gente con las apariencias de este fenómeno, presentando la renta del suelo, el interés y la ganancia como productos exclusivos de la tierra y del capital; son en realidad tres partes esenciales de la plusvalía, y todas provienen de la explotación del trabajo asalariado, aplicado a la tierra o al capital.

La burguesía siempre ha evitado cuidadosamente el tema de la plusvalía y, para ello, ha presentado al salario con la falsa apariencia de remuneración de todo el trabajo del obrero; y su ganancia como fruto directo y de por sí del capital. Se entiende que, si la burguesía reconociera que el verdadero origen de su capital (ganancia acumulada), es decir, de su poder, está en la explotación asalariada de todo el proletariado como clase, y no en las habilidades gerenciales, ni en las capacidades de los inversionistas, ni mucho menos en su sagrado derecho hereditario; entonces, ella misma habría colocado su cabeza en la guillotina.

Como en los demás modos de producción, también en el capitalismo, uno de sus componentes son las fuerzas productivas (la técnica, la tecnología, los obreros, su experiencia y su capacidad productiva), las cuales progresan incesantemente, haciendo cada vez más productivo el

trabajo social. Esto obliga a los capitalistas a invertir más capital en medios de producción (capital constante) en comparación con el capital invertido en comprar fuerza de trabajo (capital variable) que es la fuente del valor, de la plusvalía, de la ganancia. Esto significa que los capitalistas obtienen más producción, pero con productos de menos valor; disminuye el precio de cada mercancía y aumenta el número de mercancías producidas. En términos de ganancias, mayor masa de ganancia, pero con una decreciente cuota de ganancia (g') entendida como proporción entre la plusvalía obtenida y el capital total invertido en la producción (p/C)).

Son varias las formas utilizadas por los capitalistas para contrarrestar la tendencia decreciente de su cuota de ganancia, pero las predilectas son: aumentar el grado de explotación del trabajo (prolongando la jornada o intensificándolo) y reducir los salarios por debajo de su valor.

En el proceso de desarrollo del capitalismo, el progreso de las fuerzas productivas es, a la vez, desastroso para la clase obrera porque cada vez más el capitalismo está en menos capacidad de utilizar la fuerza de trabajo de los obreros, aumentando incesantemente el ejército industrial de reserva, con lo cual aumenta la competencia entre los obreros, competencia que se traduce en rebaja del salario; y alentador porque, independientemente de la voluntad de las clases en lucha, representa un acercamiento inevitable hacia el fin del capitalismo y el comienzo del socialismo.

Son las propias leyes económicas, objetivas e ineludibles del sistema de producción capitalista, las que indican su caducidad histórica y la necesidad de su reemplazo por un sistema con unas relaciones sociales de producción basadas en la cooperación de los productores, donde el producto social sea también de propiedad social, donde fluya libre el desarrollo de las fuerzas productivas en

provecho del progreso general de la sociedad: ese sistema, es el socialismo.

La Renta Capitalista del Suelo

La renta capitalista de la tierra tiene su origen en sociedades anteriores al capitalismo pues, en esencia, lo que hubo fue una transformación de las rentas anteriores feudales o semif feudales (en trabajo, en especie o en dinero) a la renta capitalista en dinero. Cuando el capitalismo se impuso sobre el feudalismo, y más exactamente cuando empezó a penetrar al campo, a la agricultura, la burguesía encontró que toda la tierra ya tenía dueños; era una propiedad privada monopolizada. Ante tal situación, o bien debía suprimir ese monopolio de la propiedad territorial nacionalizando la tierra, o bien continuar pagándole a los terratenientes una renta por el uso de la tierra.

La primera opción de suprimir la propiedad privada sobre la tierra, nacionalizándola, fue incluso levantada como consiga por los sectores más radicales de la vieja burguesía revolucionaria, pero pronto fue acallada y olvidada, pues representaba: en primer lugar, un golpe mortal a su misma propiedad privada, que es la base del sistema burgués de explotación asalariada; y, en segundo lugar, porque muchos burgueses se convirtieron en propietarios territoriales y muchos terratenientes, en burgueses compradores de fuerza de trabajo para explotar la tierra.

Se impuso, entonces, el camino de pagarles una renta a los terratenientes, con el agravante de que la tierra existe de por sí —como tal no proviene de un trabajo— y si el trabajo es la fuente del valor de las mercancías, entonces, la tierra no posee valor; pero sí posee un precio que es el equivalente al capital necesario para obtener un interés igual a la renta de la tierra. Por tanto, no se compra o se vende tierra, sino la renta que de ella se obtiene; el terrateniente se embolsa esa renta únicamente porque posee la

propiedad privada territorial, y la posee únicamente por el respeto que la burguesía le profesa a la propiedad privada.

Bajo el régimen capitalista en la producción agrícola existe el obrero asalariado, quien es el verdadero agricultor porque con su trabajo le arranca productos a la tierra; existe el capitalista, quien es un arrendatario que no ve en la agricultura más que una rama especial de producción en la cual puede explotar fuerza de trabajo para obtener plusvalía; y existe el terrateniente a quien el capitalista le paga un arriendo por el derecho a invertir su capital en la tierra. A esta suma de dinero se le llama **renta capitalista del suelo**, y se la apropia el terrateniente —quien no le aporta nada a la producción— por el solo hecho de poseer la propiedad privada sobre la tierra. En este sentido general, es una renta absoluta porque no depende de la situación o la fertilidad de la tierra.

Mientras que en la industria el precio de producción de las mercancías (gastos de producción más ganancia media) lo determinan las condiciones *medias* de producción; en la agricultura el precio de los productos agrícolas lo determinan las condiciones de las *peores* tierras, debido, de una parte, a que la producción en las mejores y medianas tierras es insuficiente para el consumo social, y de otra, a que así se le garantiza la ganancia media al capitalista que invierte en las peores tierras. Esto trae como consecuencia que, los capitalistas que invierten en tierras de mediana o mejor calidad pueden producir con un precio inferior al precio general de producción, pero venden con ese precio general. Sin necesidad de vender por encima del precio medio de los productos agrícolas, obtienen una ganancia adicional sobre la ganancia media obtenida en las peores tierras, plusvalía adicional que se transforma en renta diferencial para el terrateniente.

Por tanto, un capitalista puede arrendar una tierra con algunas ventajas naturales, tales como saltos de agua,

mejor grado de fertilidad o la situación favorable para el mercadeo. Al invertir su capital y explotar fuerza de trabajo en estas extraordinarias condiciones, consigue un rendimiento también extraordinario con la misma inversión de capital, esto es, obtiene una ganancia adicional por sobre la ganancia media. Esa ganancia extraordinaria se convierte en renta diferencial para el terrateniente, porque el capitalista se ve obligado a cedérsela en virtud de la propiedad privada sobre esa tierra, favorecida por condiciones naturales extraordinarias.

También sucede que una tierra de condiciones normales es arrendada por un capitalista, quien le hace sucesivas inversiones de capital en fuerza de trabajo, en medios de producción o en mejoras técnicas, hasta lograr una producción agrícola intensificada. Así obtiene una ganancia adicional, una plusvalía extraordinaria que se la embolsa como capitalista mientras tenga vigente su contrato de arrendamiento. Al finalizar tal contrato, esa ganancia extraordinaria también se transforma en renta diferencial para el bolsillo del terrateniente, en calidad de propietario privado de la tierra mejorada.

Las características más generales de la renta capitalista del suelo son:

- Los terratenientes siguen existiendo en la sociedad capitalista, gracias al respeto de la burguesía frente a la propiedad privada.
- La renta que reciben por la explotación capitalista de la tierra es una renta capitalista, ya no en calidad de terratenientes feudales sino de terratenientes capitalistas.
- La renta capitalista del suelo que se apropian los terratenientes no es fruto intrínseco de la tierra, sino de la fuerza de trabajo usada para cultivarla. Por tanto, toda renta capitalista del suelo es parte de la plusvalía producida por el trabajo asalariado.

- La renta capitalista del suelo se la embolsa el terrateniente, no por ser fruto de la tierra como lo presenta la engañosa apariencia, sino por su posesión monopolista de la tierra.
- La propiedad privada territorial es también la causa por la cual también la ganancia extraordinaria se transfiere del capitalista arrendatario al terrateniente en forma de renta diferencial.
- La renta capitalista obstruye el desarrollo de la agricultura, encarece los productos agrícolas y priva a la sociedad de los beneficios de la mayor productividad del trabajo en las tierras mejor situadas o de mejor fertilidad.
- Así, acabar con la propiedad privada sobre la tierra se ha convertido en una necesidad social, con lo cual se liquidaría de un solo tajo la renta absoluta que la sociedad le tributa a los terratenientes.
- Pero se conservaría la renta diferencial proveniente del monopolio de la explotación capitalista de la tierra, ganancia extraordinaria que solo cesaría, si se liquida la propiedad privada de los capitalistas sobre los medios de producción, es decir, si se acaba con el régimen de explotación asalariada.

CAPÍTULO 6

LA COMUNA DE PARÍS

Una necesaria ubicación histórica

Como parte del poderoso desarrollo del capitalismo en Europa durante el siglo XIX, a partir de 1830 se expandió en Francia la organización fabril de la producción, con ello también se potenció la organización de los obreros franceses, quienes en aquel año se habían levantado en insurrección contra el régimen reaccionario de los Borbones representante del interés burgués sobre la gran propiedad territorial. Fue el proletariado quien llevó a cabo esta revolución burguesa de julio de 1830, pero quien se apoderó del poder del Estado no fue el proletariado, sino la burguesía monárquica que instauró el régimen de Luis Felipe de Orleans en representación de los intereses de la aristocracia financiera y de la gran burguesía industrial y comercial.

Los años 30 fueron testigos de no pocas insurrecciones locales, como preámbulo a la revolución de febrero de 1848 en París, cuando vuelve a cargar el proletariado y

de nuevo la victoria sobre el derrocado régimen de los Orleans le es arrebatada por la burguesía republicana quien, bajo la forma de una república burguesa, proclama el dominio completo de la burguesía en nombre del pueblo, poder contra el cual a los pocos meses, en junio de 1848, otra vez se insurrecciona el proletariado, colocando en jaque durante cinco días al poder militar burgués de París, para luego ser derrotado y ahogado en sangre su movimiento. Y en esta batalla, cuando la lucha era contra toda la burguesía, el proletariado fue víctima de la vacilación y la traición de la pequeñaburguesía, cuya base social campesina conservadora permitió que se incubara la contrarrevolución burguesa, llevando al poder mediante el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 a Luis Bonaparte, quien se entroniza como el emperador Napoleón III para retornar al dominio burgués en nombre de la monarquía.

A lo largo de estas insurrecciones y revoluciones, el proletariado no se diferenció como clase porque no se expresaba como partido político independiente ni comprendía que debía presentar sus intereses de clase como los intereses revolucionarios de la sociedad, sino que intentaba hacerlos valer al lado y de conjunto con los intereses de la burguesía, de tal forma que cuando en junio de 1848 por primera vez se enfrenta cara a cara con la burguesía, su programa de reivindicaciones, se convierte en un programa subversivo que afecta el interés de la burguesía, y esta responde con la matanza, la prisión y el destierro de los insurrectos. Estos fueron los puntos esenciales de programa de reivindicaciones del proletariado:

1. Limitación de la jornada de trabajo
2. Abolición del sistema de los subcontratistas
3. Reglamentación de la colocación
4. Establecimiento de un salario mínimo
5. Supresión de la obligación de la libreta de trabajo

6. Reglamentación de la competencia hecha a los obreros con la mano de obra de prisioneros o conventos
7. Transformación profunda de los consejos de conciliación
8. Indemnización por los accidentes de trabajo
9. Cajas de retiros para la vejez
10. Libertad de reunión, de coalición y de asociación.

Estas décadas de revolución en Europa fueron una condición muy propicia para que florecieran las ideas socialistas y comunistas, para que cuajara el primer partido político verdaderamente independiente y verdaderamente internacionalista de la clase obrera: La Liga de los Comunistas, que empuñó como programa el *Manifiesto del Partido Comunista*, elaborado por Carlos Marx y Federico Engels, y publicado en febrero de 1848.

Las derrotas de las insurrecciones obreras en Europa, y el paso de la crisis capitalista de 1847 al auge industrial, condenaron al silencio y al olvido las ideas del *Manifiesto* por casi 20 años. Pero fueron precisamente estas ideas, y la experiencia política del corto período de existencia de la Liga de los Comunistas, las condiciones del movimiento consciente que permitieron reanimar la organización del movimiento obrero en la forma de la Asociación Internacional de los Trabajadores (conocida como I Internacional) fundada el 28 de septiembre de 1864 en Londres, cuyo carácter amplio respondía a la exigencia de organizar el gran ejército proletario de Europa y Estados Unidos y, por tanto, de abanderar un programa más amplio que el *Manifiesto*:

- La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera.
- La emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios de clase, sino por la abolición de todo dominio de clase.

- El sometimiento económico del trabajador a los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es la base de la servidumbre en todas sus formas, de toda miseria social, degradación intelectual y dependencia política.
- La emancipación económica de la clase obrera es el gran fin al que todo movimiento político debe ser subordinado como medio.
- Todos los esfuerzos hacia este fin han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros, y de unión fraternal entre las clases obreras de los diferentes países.

El trabajo fundamental de la I Internacional consistió en formar la conciencia de los obreros de vanguardia de los países capitalistas en las ideas del socialismo científico (por aquella época, en septiembre de 1867, vio la luz el primer tomo de *El Capital*); sin, por ello, dejar de participar activamente en la lucha directa del proletariado, cuya principal batalla de la época fue la revolución obrera de 1871 más conocida en la historia del movimiento obrero como **La Comuna de París**.

Antecedentes inmediatos de La Comuna

Una vez derrotada la insurrección obrera de París, en junio de 1848, con el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, Luis Bonaparte se proclamó emperador Napoleón III (a quien Víctor Hugo llamara «Napoleón el pequeño») e instauró en Francia el Segundo Imperio.

Y, como en toda dictadura de la burguesía sea cual sea su forma, los trabajadores son quienes llevan la peor parte; también bajo el Segundo Imperio la explotación se hizo insostenible y fueron diezmadas las organizaciones obreras. Sin embargo, el auge económico del capitalismo francés terminó en los años 60, lo cual, junto con la recuperación del movimiento obrero, causó un quebrantamiento del régimen de Napoleón III quien, para sobreaguar y hacer

frente a la crisis capitalista, se vio obligado —el 19 de julio de 1870— a embarcarse en la aventura de una guerra contra Prusia para la conquista de nuevos territorios.

Pero Prusia recién había triunfado, en 1864 y 1866, hallándose militarmente muy bien preparada para la guerra, por lo cual, Bismarck al mando del ejército alemán contraatacó causando una estruendosa derrota al ejército francés, capturando al Emperador y a 100.000 de sus soldados, el 2 de septiembre, en la batalla de Sedán.

Ante tal descalabro, las masas trabajadoras se insurreccionaron en París y declararon la República, sepultando el Segundo Imperio y formando un «Gobierno de la Defensa Nacional», compuesto por monárquicos y republicanos (enemigos de la insurrección obrera de 1848), encabezado por el general Trochu en nombre de la oposición burguesa republicana.

Ante el estallido de la guerra franco-prusiana, los dirigentes socialistas alemanes Liebknecht y Bebel se abstuvieron de votar los créditos de guerra en el Reichstag; en cambio, los nacionalistas lasalleanos dieron su voto de apoyo a Bismarck. Así mismo, el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de inmediato, lanzó desde Londres un Primer Manifiesto llamando a la unidad internacionalista de la clase obrera y declarando su emancipación como una causa completamente incompatible con la guerra criminal de la burguesía que, tras intereses nacionales, esquilma y sacrifica a las masas del pueblo.

Las tropas prusianas cercaron la capital ante lo cual las masas, en procura de la defensa de la nación contra el agresor extranjero, respaldaron al «Gobierno de la Defensa Nacional» quien contaba con un ejército regular y una milicia llamada «Guardia Nacional», compuesta por 200.000 trabajadores soldados. Pero los miles de obreros armados representaban más peligro para los capitalistas

franceses que tener el ejército prusiano a las puertas de la ciudad, motivo suficiente para que el gobierno burgués tomara la decisión de preparar la rendición.

Esa traidora pretensión de la burguesía republicana es enfrentada por la movilización de las masas obreras y trabajadoras en general, apoyando, el 31 de octubre, el primer intento armado de la Guardia Nacional por derribar al gobierno. Seis meses de asedio del ejército alemán fueron seis meses de empeoramiento de la situación económica del pueblo que, unida a la pretendida capitulación burguesa del «Gobierno de Defensa Nacional», el 22 de enero desatan una segunda intentona de derrocamiento del gobierno bajo el grito de ¡Abajo los traidores! Las calles de París son ensordecidas por el sonido de los fusiles, pero la intentona fracasa y el gobierno, a cuya cabeza ahora se encuentra el general Vinoy en reemplazo de Trochu, encuentra pretexto para prohibir los Clubes republicanos (que junto con los Comités de Vigilancia de cada distrito eran la verdadera organización de base de las masas) y dicta órdenes de aprehensión contra insurrectos, a quienes se acusa de «agentes prusianos».

Las negociaciones de la capitulación de París terminan el 27 de enero, y el gobierno promulga las condiciones de la rendición, con la cual termina la aventura imperial de «Napoleón el pequeño», cediendo Alsacia, una parte de la Lorena y Metz; y pagando durante tres años una indemnización de guerra por 5000 millones, como condición para poner fin a la ocupación del territorio francés. Luis Napoleón Bonaparte jamás pudo retornar a Francia y muere exiliado en Inglaterra.

Otra de las condiciones de la rendición fue la inmediata elección de una Asamblea Nacional que designara un gobierno legal para garantizar la rendición de Francia frente a Prusia. Y, tal como había ocurrido el 10 de diciembre de 1848, también el 8 de febrero de 1871 el voto de los

campesinos impuso una mayoría conservadora de 450 monárquicos, de los 750 diputados de la Asamblea Nacional, que de inmediato nombra como jefe del gobierno a un abogado arribista y recalcitrante reaccionario llamado Adolfo Thiers, suspende la poca paga de la Guardia Nacional y toma medidas de guerra contra la población trabajadora parisina, ya desesperada por el hambre y la pobreza causadas por el cerco militar alemán.

Del lado de la revolución, el 15 de febrero se había elegido un Comité Central de la Federación de Guardias Nacionales, en representación de 215 batallones equipados con 2000 cañones y 450.000 armas de fuego, incluidos los cañones y las ametralladoras que a principios de marzo fueran abandonados por las tropas de Thiers, ante la incursión temporal en París de 30.000 hombres del ejército alemán.

La «amenaza» de los obreros armados llenó de pánico al gobierno burgués, que no pudo más que declarar de hecho la guerra civil al ordenar que 20.000 soldados, al mando del general Lecomte, en la madrugada del 18 de marzo, tomaran los cañones que la Guardia Nacional tenía ubicados en Montmartre, estratégica posición para dominar la ciudad. Tal armamento había sido producido en los meses del asedio prusiano y había sido pagado por suscripción pública, por lo cual los obreros lo consideraban de su propiedad y se dispusieron a defenderlos a sangre y fuego, desplegando inmensas manifestaciones obreras y republicanas por la ciudad, y colocando un cordón de barricadas alrededor del barrio de Saint-Honoré.

Solo unos cuantos disparos antecedieron al abrazo fraterno entre soldados y guardias nacionales, siendo desobedecida la orden de Lecomte de disparar a la multitud y, en cambio, cumplida la rendición del ejército ante la Guardia Nacional y la ejecución de los generales Lecomte y Clément Thomas, este último asesino y verdugo de

los obreros insurrectos en 1848. El enano Thiers, ante la desertión de su ejército, junto con la Asamblea Nacional huyó de París para atrincherarse en Versalles, la nueva capital de la burguesía y en donde, Thiers como jefe de la burguesía francesa, recibió el apoyo de la burguesía prusiana en cabeza de Bismarck para, unidas, contraatacar la insurrección obrera de París.

Proclamación de La Comuna de París

El 18 de marzo estalló en París una revolución espontánea, sin la preparación consciente del partido político proletario, siendo su aparición causada principalmente por: la guerra franco-alemana (el ejército prusiano sitia a París, la amenaza y la somete al hambre); la indignación de los obreros (ante la traición de la burguesía republicana y la composición reaccionaria de la Asamblea Nacional); el desarrollo de las ideas socialistas en general (por influencia de la I Internacional) unido a la situación de desempleo del proletariado y de ruina de la pequeñaburguesía (víctimas de la política del Segundo Imperio). Ese día París amaneció tomada por los obreros armados, alzados en revolución contra el gobierno de Thiers que pretendía adueñarse de los cañones de la Guardia Nacional ubicados en Montmartre. Si bien, de inmediato los obreros de otras ciudades se solidarizaron con la lucha de los obreros parisinos, proclamando del 22 al 25 de marzo Comunas en Lyon, Saint-Etienne, Le Creusot, Marsella, Narbona y Toulouse, estas no perduraron a causa de su propia desorganización. En París, muy apresuradamente el Comité Central convocó a elecciones, expresando en su proclama de despedida: «No perder de vista que los hombres que mejor os servirán serán los que escojáis de entre vosotros mismos. Los que vivan vuestra propia vida, los que sufran vuestros propios dolores. Desconfiad igualmente de los ambiciosos tanto como de los recién llegados. Desconfiad igualmente de los charlatanes. Evitad a aquellos a quienes ha favorecido la fortuna, porque el que ha sido favorecido

por la fortuna es difícil que esté dispuesto a mirar al trabajador como a un hermano».

Dicen los historiadores que la Comuna de París fue elegida el domingo 26 de marzo, cuando 227.000 personas asistieron a las elecciones, y fue proclamada el 28 de marzo con ochenta concejales de los cuales sesenta y seis eran revolucionarios, siendo obreros veinticinco de ellos, en su mayoría jóvenes de no más de veinticinco años. Al respecto, la afirmación de Engels «los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos por los obreros» trasluce la diferente apreciación del estadístico según sean sus intereses de clase. El 29 de marzo se organiza el gobierno de la Comuna conformado por nueve Comisiones de trabajo, de cinco miembros cada una (Finanzas, Guerra, Justicia, Seguridad Nacional, Subsistencias, Cambio y Trabajo, Relaciones Exteriores, Servicios Públicos y Enseñanza) cuyos delegados forman una Comisión Ejecutiva.

Si bien, de los miembros revolucionarios de la Comuna solo una minoría eran influidos por la Asociación Internacional de los Trabajadores, estos desempeñaron un decisivo papel en el gobierno: Varlin pasa de las finanzas a los abastecimientos y de estos a la intendencia, enfrentando la atención alimenticia de 300.000 desempleados; el joven contador Jourde se encarga de las finanzas; Theisz, organizador de la Federación de Sociedades Obreras, con el apoyo de los trabajadores del correo, en 48 horas lo reorganiza, pues estaba abandonado y con avisos ordenando a sus empleados trasladarse a Versalles bajo amenaza de despido; Avrial, delegado del cuartel de artillería, aprueba el reglamento que fija la jornada laboral en diez horas para los talleres del Louvre; Léo Frankel, al frente de la Comisión de Cambio y Trabajo, se apoya en una comisión de iniciativas compuesta por trabajadores, en la cual Elizabeth Dimitrief se encarga de la organización de las mujeres obreras.

Así, sencillo, barato, compuesto de trabajadores, sin charlatanería parlamentaria, el gobierno de la Comuna legisla y ejecuta al mismo tiempo, medidas revolucionarias como las descritas por Engels en la Introducción al clásico documento de Marx sobre la Comuna, *La Guerra Civil en Francia*: «El 30, la Comuna abolió la conscripción y el ejército permanente y declaró única fuerza armada a la Guardia Nacional, en la que debían enrolarse todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas. Condonó los pagos de alquiler de viviendas desde octubre de 1870 hasta abril de 1871, incluyendo en cuenta para futuros pagos de alquileres las cantidades ya abonadas, y suspendió la venta de objetos empeñados en el monte de piedad de la ciudad. El mismo día 30 fueron confirmados en sus cargos los extranjeros elegidos para la Comuna, pues “la bandera de la Comuna es la bandera de la República mundial”. El 1 de abril se acordó que el sueldo máximo que podría percibir un funcionario de la Comuna, y por tanto los mismos miembros de esta, no podría exceder de 6000 francos (4800 marcos). Al día siguiente, la Comuna decretó la separación de la Iglesia del Estado y la supresión de todas las partidas consignadas en el presupuesto del Estado para fines religiosos, declarando propiedad nacional todos los bienes de la Iglesia; como consecuencia de esto, el 8 de abril se ordenó que se eliminase de las escuelas todos los símbolos religiosos, imágenes, dogmas, oraciones, en una palabra, “todo lo que cae dentro de la órbita de la conciencia individual”, orden que fue aplicándose gradualmente. El día 5, en vista de que las tropas de Versalles fusilaban diariamente a los combatientes de la Comuna capturados por ellas, se dictó un decreto ordenando la detención de rehenes, pero esta disposición nunca se llevó a la práctica. El día 6, el 137 Batallón de la Guardia Nacional sacó a la calle la guillotina y la quemó públicamente, entre el entusiasmo popular. El 12, la Comuna acordó que la Columna Triunfal de la plaza Vendôme, fundida con el bronce de los cañones tomados por Napoleón después de la guerra

de 1809, se demoliese, como símbolo de chovinismo e incitación a los odios entre naciones. Esta disposición fue cumplida el 16 de mayo. El 16 de abril, la Comuna ordenó que se abriese un registro estadístico de todas las fábricas clausuradas por los patronos y se preparasen los planes para reanudar su explotación con los obreros que antes trabajaban en ellas, organizándoles en sociedades cooperativas, y que se planease también la agrupación de todas estas cooperativas en una gran Unión. El 20, la Comuna declaró abolido el trabajo nocturno de los panaderos y suprimió también las oficinas de colocación, que durante el Segundo Imperio eran un monopolio de ciertos sujetos designados por la policía, explotadores de primera fila de los obreros. Las oficinas fueron transferidas a las alcaldías de los veinte distritos de París. El 30 de abril, la Comuna ordenó la clausura de las casas de empeño, basándose en que eran una forma de explotación privada de los obreros, en pugna con el derecho de estos a disponer de sus instrumentos de trabajo y de crédito. El 5 de mayo, dispuso la demolición de la Capilla Expiatoria, que se había erigido para expiar la ejecución de Luis XVI».

Como se puede ver, las medidas de la Comuna tienen un rasgo especialmente revolucionario, muy distinto de las medidas revolucionarias que en su tiempo adoptaban las revoluciones burguesas, y muy distante de las medidas «revolucionarias» típicas de las revoluciones pequeñoburguesas. Dice Engels, que en la Comuna sus medidas tuvieron un carácter marcadamente proletario debido al componente obrero de sus miembros, y distingue tres categorías en sus decretos: unos, fueron reformas que la burguesía republicana no se atrevía implantar por vil cobardía, pues servían de cimientos indispensables para la libre acción de la clase obrera (caso de la implantación del principio de que, con respecto al Estado, la religión es un asunto de incumbencia puramente privada); otros, salvaguardaban directamente los intereses inmediatos de la clase obrera (caso del empleo, salario, jornada, etc.), y

otros tenían ya un tinte socialista que rompían con el viejo orden social (caso del funcionamiento de la Comuna como un nuevo tipo de Estado y la abolición de ciertas formas de explotación capitalista). Sobre esta última categoría, Lenin explica «...en la sociedad moderna, el proletariado, avasallado en lo económico por el capital, no puede dominar políticamente si no rompe las cadenas que lo atan al capital. De ahí que el movimiento de la Comuna debiera adquirir inevitablemente un tinte socialista, es decir, debiera tender al derrocamiento del dominio de la burguesía, de la dominación del capital, a la destrucción de las bases mismas del régimen social contemporáneo».

Por su contenido la Comuna de París representa un acontecimiento sin precedentes en la historia del movimiento obrero, donde por vez primera el proletariado se convierte en clase gobernante en alianza con la pequeña-burguesía que se unió a su lucha. Por su forma, la Comuna de París se convirtió en el ejemplo y camino a seguir por la clase obrera mundial, porque en tan solo 72 días de existencia descubrió y le enseñó cómo se debe resolver el problema crucial de su revolución política: el problema de la destrucción del Estado burgués y la instauración de la dictadura del proletariado.

El Estado tipo Comuna

La derrota de los ejércitos del Emperador Napoleón III significó la caída del Segundo Imperio, dando paso a la República, en la forma de un Gobierno de la Defensa Nacional en manos de la burguesía republicana. El proletariado había aceptado esta forma de república solo y a condición de llevar a cabo la defensa nacional. Pero cuando la burguesía alemana transformó su guerra defensiva en guerra de agresión contra la nación francesa, la burguesía republicana capituló humillándose como un gobierno de la traición nacional. Con los ejércitos prusianos a las puertas de París solo era posible defender la ciudad armando

a la población y armar a la población parisina era armar a la clase obrera, lo cual significaba armar la revolución del proletariado.

La Guardia Nacional fue la forma que tomó el armamento general del pueblo, lo cual desvelaba más a la burguesía francesa que el asedio del ejército alemán. Tanto así que Julio Favre, ministro de Negocios Extranjeros en el gobierno burgués, confesó en alguna de sus cartas que se «defendían» no de los soldados prusianos, sino de los obreros de París. Y buena razón tenían los burgueses, pues sabían que si el proletariado armado derrotaba la agresión de la burguesía alemana, de hecho, quedaba derrotada también la burguesía francesa, cuyo gobierno y ejército habían huido de París. Por tanto, para la burguesía, la defensa del poder del capital estaba por encima de la defensa de la nación.

La preocupación principal de la burguesía francesa era ¡desarmar a los obreros! Pretendió hacerlo el 18 de marzo, precipitando una espontánea revolución obrera que quedó dueña del poder estatal ante la huida de Thiers y sus ejércitos a Versalles. Así lo expresó el Comité Central de la Guardia Nacional en su Manifiesto del 18 de marzo: «Los proletarios de París, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el poder». Fue este el inmortal aporte de la Comuna de París a la experiencia y la lucha del movimiento obrero internacional: resolver, con la iniciativa de las masas, el problema del cómo debe ser un Estado en manos del proletariado.

Para aquel entonces, el socialismo ya se había configurado como ciencia a lo largo de una permanente lucha contra tendencias y doctrinas adversas, y al calor de la

práctica en la lucha de clase del proletariado. Ya desde los años 40 del siglo XIX, el marxismo venía descubriendo, como parte del materialismo histórico, que el Estado no ha existido ni existirá siempre, sino que es un producto social propio de las sociedades divididas en clases; un órgano de opresión e instrumento de explotación, no situado por encima o al margen de las clases, sino al servicio de la clase o clases dominantes que, por lo general, son las clases económicamente dominantes.

Sin embargo, la experiencia de la lucha política de la clase obrera todavía no aportaba el conocimiento directo para pulimentar esa teoría. De tal forma que, en 1848, cuando se publica el *Manifiesto del Partido Comunista*, redactado por Carlos Marx y Federico Engels, la idea se plantea muy en general: la necesidad de la «*organización del proletariado como clase dominante*». Es la práctica de las insurrecciones obreras de 1848 en Europa la que permite a Marx desarrollar y concretar la conclusión: «La dictadura de clase del proletariado como punto necesario de transición para la supresión de las diferencias de clase en general», expuesta en su obra *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, y complementada con una ingeniosa observación: «Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina [el Estado] en vez de destruirla», hecha en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, escrito a finales de 1851 y principios de 1852.

Fue la experiencia de la Comuna de París la que reveló la forma de esa organización del proletariado como clase dominante, la forma del Estado de dictadura del proletariado, a instaurarse en lugar del Estado burgués, al que se debe destruir hasta los cimientos. Así lo expresó Marx en el Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, titulado *La guerra civil en Francia*: «La Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin

descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo».

Aun cuando la experiencia, el desarrollo y la organización de la lucha del proletariado como clase independiente no le otorgaban todavía la suficiente preparación para convertirse en clase gobernante, el gran desarrollo capitalista de la sociedad francesa permitía que la clase obrera tomase la vanguardia de la revolución, como en efecto lo hizo. Por primera vez en la historia del movimiento obrero, el proletariado mantuvo la iniciativa hasta tomar el poder. A pesar de las limitaciones, fue asombrosa la actuación, el avance y las medidas dictadas por la Comuna, entre las cuales destella su actuación frente al poder del Estado, impulsada por la guerra civil y, en altísimo porcentaje, fruto de la iniciativa creadora de las masas obreras.

Contra el monopolio de las armas en manos de una fuerza especial de represión al servicio de la clase dominante, fuerza que constituye el pilar central del Estado burgués, la Comuna de París, en su primer decreto, colocó las armas directamente en manos del proletariado como la nueva clase dominante. Suprimió el ejército permanente y lo sustituyó por el pueblo en armas, al declarar a la Guardia Nacional única fuerza armada, en la cual debían alistarse todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas.

Contra la transformación del Estado y de sus órganos en señores parásitos de la sociedad, en burocracia del Estado, la Comuna de París los convirtió en servidores de la sociedad: «En primer lugar, —dice Engels— cubrió todos los cargos administrativos, judiciales y de enseñanza por elección, mediante sufragio universal, concediendo a los electores el derecho a revocar en todo momento a sus elegidos. En segundo lugar, todos los funcionarios altos y bajos, estaban retribuidos como los demás trabajadores».

Así, formada por consejeros municipales elegidos por sufragio universal, la Comuna de París no era una institu-

ción parlamentaria, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo.

Sencillas medidas que significaron tan profundas y radicales transformaciones en el Estado que, en realidad, la Comuna de París es la negación dialéctica del viejo Estado burgués en un nuevo tipo de Estado con un gobierno barato de la clase obrera.

En cuanto a tal nuevo tipo de Estado, la esencia de la Comuna puede resumirse así:

- La fuente de su poder está en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo.
- Sustitución de la policía y del ejército como instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él, por el armamento general del pueblo.
- Sustitución de la burocracia del Estado por funcionarios asalariados elegibles y removibles por las masas en cualquier momento.

«La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no podía seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tenía, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento». Federico Engels. La Comuna de París, como nuevo tipo de Estado, fue la negación del Estado burgués; y, al mismo tiempo, el comienzo de la negación de todo Estado.

Desde el momento en que la sociedad se dividió en clases, es decir, entre unos que trabajan y otros que viven del trabajo ajeno, se hizo necesario un poder especial que impidiera la destrucción de la sociedad a cuenta de los antagonismos irreconciliables entre sus clases. Ese poder

especial es el Estado, cuya función consiste en refrenar el antagonismo entre las clases, amortiguando sus choques, lo cual no significa conciliar los intereses de las clases antagónicas (como lo interpretan y desean los oportunistas), sino todo lo contrario, garantizar el dominio de una clase sobre otras, para lo cual, el Estado priva a las clases oprimidas de ciertos medios y procedimientos de lucha. De ahí que el instrumento principal, o el pilar central de la fuerza del Estado, lo constituyen los destacamentos armados de carácter profesional (las fuerzas armadas del ejército y la policía) quienes tienen el monopolio de las armas y, junto con sus cárceles, convierten al Estado en una máquina para la opresión de una clase por otra.

Particularmente, en la sociedad capitalista la burguesía pregona que esa máquina del Estado es «una institución democrática al servicio de toda la sociedad» y, por tanto, «situada por encima de toda la sociedad». Pero eso no es más que una falsa apariencia, pues el Estado es un producto social que tiene un definido carácter de clase; en el capitalismo es un Estado burgués cuya fuente de poder está en el capital y sirve exclusivamente a los intereses de una minoría de la sociedad, los capitalistas (burgueses, terratenientes e imperialistas), siendo, además de máquina de represión, un instrumento de explotación en manos de los dueños del capital, que funciona con un gigantesco y costoso aparato burocrático de jueces y diputados parlanchines, quienes, junto con las fuerzas armadas, viven como parásitos a cuenta de los impuestos arrancados al pueblo.

El Estado tipo Comuna sigue siendo Estado de clase porque sirve al proletariado como clase dominante para ejercer su dictadura sobre los antiguos opresores y explotadores; pero es un nuevo Estado que niega al viejo Estado burgués, primero porque su fuente de poder está en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo, sirviendo y defendiendo, por vez primera en la historia

de la sociedad, los intereses de la inmensa mayoría (las masas trabajadoras), ya no con destacamentos especiales armados, sino con el armamento general del pueblo en sustitución del ejército y la policía (instituciones apartadas de las masas y contrapuestas a ellas); y segundo, porque sustituye el gigantesco aparato burocrático del Estado por funcionarios elegibles y removibles por las masas en cualquier momento y todos, absolutamente todos, remunerados con salarios de obrero. Respecto a estas sencillas pero profundas transformaciones, concluye Marx: «La Comuna convirtió en una realidad ese tópico de todas las revoluciones burguesas, que es “un gobierno barato”, al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado».

Y en la medida en que las funciones del Estado (que antes eran privilegio y ocupación de cuerpos o destacamentos especiales apartados del pueblo) fueron colocadas por la Comuna en manos de las masas trabajadoras, en esa misma medida se inicia la negación del Estado en general como institución especial de la sociedad, pues sus funciones empiezan a ser cumplidas por toda la sociedad.

Negar el Estado burgués no es remodelarlo, sino destruirlo mediante la violencia revolucionaria; destruir su pilar central, sus aparatos e instituciones burocráticas. Esta es la característica esencial de la revolución del proletariado y, de hecho, la abismal diferencia con las revoluciones de la pequeñaburguesía, que en lugar de destruir el Estado burgués lo preservan con el argumento de ejercer a través de él una verdadera democracia, con lo cual, lo único que hacen es maquillar la dictadura burguesa, gobernando en beneficio de la burguesía, pues el carácter de clase de tal Estado sigue siendo burgués, donde la democracia es para los explotadores y la dictadura para los explotados.

En cambio, la democracia proletaria significa dictadura abierta sobre la burguesía, los terratenientes y los

imperialistas, y democracia real para las masas trabajadoras de obreros y campesinos. Mientras la democracia burguesa no va más allá de la proclamación formal de los derechos y las libertades del pueblo, la democracia proletaria consiste en la participación real de las masas trabajadoras en la administración del Estado y en el usufructo de los bienes expropiados a los expropiadores. Mientras para la burguesía «igualdad» es un concepto jurídico que disfraza la desigualdad de las clases, para el proletariado igualdad significa acabar con las diferencias de clase en la posesión de los medios de producción.

De ahí, que como dijera Marx refiriéndose al régimen de la Comuna de París, «la dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social», por tanto, el poder de la Comuna como nuevo tipo de Estado «había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipando el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser atributo de una clase».

Por eso la Comuna no convirtió el poder político en un fin en sí mismo, sino en un medio para expropiar a los expropiadores, como lo demuestra su actuación práctica a pesar de su corta existencia de dos meses: abolió el trabajo nocturno para los obreros panaderos, suprimió las oficinas de empleo, prohibió con penas la práctica frecuente de los patronos de rebajar los salarios mediante multas a los obreros, entregó a las asociaciones obreras todos los talleres y las fábricas que habían sido clausurados por sus dueños, condonó los pagos de arrendamiento desde octubre de 1870 hasta abril de 1871, prohibió la venta de objetos empeñados y clausuró las casas de empeño, dispuso la asociación cooperativa de los obreros de la gran industria y la manufactura, y la organización de todas las cooperativas en una gran Unión, liberó a los campesinos

de las costas derivadas de la guerra adjudicándoselas a sus verdaderos causantes, dictó medidas para destruir la fuerza espiritual de represión de la iglesia separándola del Estado y expropiando a todas las iglesias como corporaciones poseedoras, abrió gratuitamente al pueblo todas las instituciones de enseñanza eliminando de ellas todos los símbolos religiosos, imágenes, dogmas, oraciones, constriéndolos a la órbita de la conciencia individual. La Comuna de París cuyo poder había sido inspirado en el sentimiento de la defensa de la nación contra la agresión prusiana, por su carácter de clase proletario se convirtió en un nuevo tipo de Estado con un gobierno obrero auténticamente internacional.

«La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantarla *par décret du peuple* [por decreto del pueblo]. Saben que, para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán completamente las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno». Carlos Marx

La Comuna y el Internacionalismo Proletario

Fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores (el 28 de septiembre de 1864) se dedicó a organizar al proletariado de Europa y América en un gran ejército internacional que luchara como una y la misma clase. Tal actividad en Francia desató el odio y la persecución por parte del emperador Napoleón III, para quien la Internacional era un «enemigo peligroso» acusada de ser una asociación secreta que complotaba para asesinarlo. La propia

actividad pública de la Internacional, contra el despotismo del Segundo Imperio y en favor de los intereses del proletariado como clase internacional, fue la mejor arma para enfrentar y refutar las tramoyas del emperador.

Fue así como, en julio de 1870, apenas iniciada la guerra franco-prusiana y, en septiembre del mismo año, recién derrotado el ejército imperial en Sedán, el Consejo General de la I Internacional se pronunció, respectivamente, en un Primer y Segundo Manifiestos contra las guerras anexionistas. Denunció a las clases dominantes, cuyos intereses son los causantes de las guerras de conquista, con las cuales también se pretende aniquilar el movimiento revolucionario del proletariado. La I Internacional llama a la clase obrera de los países enfrentados a unirse y empuñar el internacionalismo proletario, con la convicción de que solo el poder del proletariado podrá acabar definitivamente con las guerras, pues barrerá sus causas. El Segundo Manifiesto de la Internacional termina con estas palabras: «Que las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores de cada país exhorten a la clase obrera a la acción. Si los obreros olvidan su deber, si permanecen pasivos, la horrible guerra actual no será más que la precursora de nuevas luchas internacionales todavía más espantosas y conducirá en cada país a nuevas derrotas de los obreros por los señores de la espada, de la tierra y del capital. ¡Viva la República!».

Organizaciones obreras de Francia y Alemania intercambiaron mensajes de paz y amistad, como anticipo de la política internacional de paz de una nueva sociedad gobernada, en todos los países, por el proletariado. La sección francesa de la I Internacional, articulada en secciones de barrios, sociedades obreras y cooperativas, desde su creación en 1865, dio decidido apoyo al movimiento huelguístico. Esto le permitió ganar una buena influencia en el movimiento obrero francés y contrarrestar el apoliticismo pregonado por los proudhonianos. Los militantes

internacionalistas iban directamente a las regiones donde estallaban las huelgas y contribuían a extender la organización y la lucha de resistencia económica, lo cual acarreo la represión sobre la sección francesa de la I Internacional, obligándola a sucesivas disoluciones y reorganizaciones.

A principios de 1870, los internacionalistas eran la fuerza principal del movimiento obrero francés, cuya principal expresión era el movimiento huelguístico, que fue reprimido ferozmente. Los militantes más activos de París y de provincia fueron detenidos, encarcelados o tuvieron que huir. En esa desfavorable situación, los partidarios de la I Internacional tienen que afrontar la guerra y, luego, la Comuna de París. En esas condiciones: una ciudad rodeada por el ejército alemán y los dirigentes obreros internacionalistas en prisión, Marx y Engels consideraban que si la clase obrera intentaba derribar el gobierno sería una acción desesperada y prematura; recomendaban mejor trabajar en la organización de la clase para, con todas sus fuerzas, obtener el triunfo de la emancipación del trabajo. De ahí que los miembros de la sección francesa de la I Internacional centraran su labor de propaganda en explicar el alcance de la organización obrera, en miras a la lucha por una «República social universal».

El 26 de marzo de 1871, al ser elegida la Comuna, quedó compuesta por una mayoría de miembros integrada por blanquistas (también predominantes en el Comité Central de la Guardia Nacional) y una minoría compuesta por afiliados a la I Internacional, entre quienes prevalecían los discípulos de la escuela de Proudhon. Se dice que fueron los proudhonianos los principales responsables de los decretos económicos de la Comuna, mientras la responsabilidad principal en los actos u omisiones políticos recayó sobre los blanquistas (quienes en gran mayoría eran socialistas solo por instinto revolucionario y proletario). Y agrega Engels: «La ironía de la historia quiso —como acontece generalmente cuando el poder cae en manos

de doctrinarios— que tanto unos como otros hiciesen lo contrario de lo que la doctrina de su escuela prescribía».

El Proudhonismo se había consagrado como la doctrina de los pequeños propietarios (campesinos y artesanos), acérrima enemiga de la asociación obrera. Sin embargo, el decreto económico más importante de la Comuna ordenó la organización de la gran industria y la manufactura, organización basada no solo en la asociación de los obreros dentro de la fábrica, sino en la unificación de las asociaciones en una gran Unión que, de haber sobrevivido la Comuna, dice Marx: «Forzosamente habría conducido en última instancia al comunismo, o sea, a lo más antitético de la doctrina proudhoniana».

Blanqui, jefe de la escuela de la conspiración, concebía el problema de tomar el poder del Estado como producto no de la lucha de las masas, sino de la acción intrépida de un pequeño grupo de hombres que arrastraría tras de sus caudillos a las pasivas masas del pueblo y, por tanto, exigía la centralización absoluta del poder del Estado en las manos de tales caudillos. No obstante, contra esa idea de absoluto centralismo, en los hechos todas las proclamas de la Comuna invitaron a crear una organización nacional, una Federación o unión libre de todas las Comunas de Francia con París.

Por tanto, la experiencia de la Comuna de París se convirtió en la sepultura de las doctrinas que preconizaban, tanto el socialismo pequeñoburgués como el socialismo utópico. Contrariando las doctrinas de la mayoría de sus dirigentes, el carácter de clase proletario de la Comuna hizo prevalecer en sus hechos, medidas y decretos, la aplicación concreta del socialismo científico y del internacionalismo. Destruyó el viejo Estado, instauró un nuevo tipo de Estado y colocó el poder en manos de las masas, para proceder a la expropiación de los expropiadores. Esto quedó apenas iniciado, pues se interpuso la derrota

de la Comuna causada por unas específicas circunstancias históricas (de las cuales se tratará luego). A los dos días de ser proclamada, la Comuna confirmó en sus cargos a los extranjeros elegidos indicando que «La bandera de la Comuna es la bandera de la República Mundial»; el 12 de abril, en presencia de dos ejércitos burgueses, el prusiano y el bonapartista, ordenó la demolición de la Columna Triunfal de la plaza de Vendôme (fundida con el bronce de los cañones que Napoleón había tomado en 1809) por ser un símbolo de chovinismo e incitación al odio entre naciones.

Al ser derrotada la Comuna de París, el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores aprobó el Manifiesto dirigido a todos los miembros de la Asociación, redactado por Marx, titulado *La Guerra Civil en Francia*. Se constituyó en una obra clásica del marxismo que, tomando la realidad de la experiencia de la Comuna de París, desarrolló la teoría en asuntos tan decisivos como la lucha de clases, el Estado, la revolución y la dictadura del proletariado. Destacando en su contenido principal la siempre revolucionaria idea de la necesidad histórica de destruir el Estado burgués y sustituirlo por un nuevo Estado tipo Comuna, como forma estatal de la dictadura del proletariado. En uno de sus apartes alude así al internacionalismo: «La Comuna concedió a todos los extranjeros el honor de morir por una causa inmortal. Entre la guerra exterior perdida por su traición, y la guerra civil fomentada por su conspiración con el invasor extranjero, la burguesía encontraba tiempo para dar prueba de patriotismo, organizando batidas policíacas contra los alemanes residentes en Francia. La Comuna nombró a un obrero alemán [Leo Frankel] su ministro de Trabajo. Thiers, la burguesía, el Segundo Imperio, habían engañado constantemente a Polonia con ostentosas manifestaciones de simpatía, mientras, en realidad, la traicionaban a los intereses de Rusia, a la que prestaban los más sucios

servicios. La Comuna honró a los heroicos hijos de Polonia [J. Dombrowski y W. Wróblewski], colocándolos a la cabeza de los defensores de París».

La Comuna fue al principio un movimiento heterogéneo y confuso, un gobierno de coalición que abarcaba miembros de la Internacional, blanquistas, proudhonianos, republicanos burgueses (temerosos de que se restableciera la monarquía) y nacionalistas (ilusionados en que la Comuna relanzara la guerra contra Prusia). Pero en el curso mismo de su movimiento, el papel fundamental en su actuación fue desempeñado por los obreros (sobre todo, artesanos de París), entre quienes desde años antes la I Internacional había realizado una intensa labor de propaganda socialista, logrando que muchos se afiliaran a ella.

Un año después de ser derrotada la Comuna, el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en reunión del 20 de febrero de 1872 a propuesta de Jung, convocó un mitin de masas en Londres para conmemorar el primer aniversario el 18 de marzo. El mitin público no se realizó por la negativa, a última hora, del dueño del local. Sin embargo, los miembros de la I Internacional y los exfederados organizaron una reunión solemne en la cual fueron adoptadas tres breves resoluciones escritas por Marx especialmente para el mitin.

Resoluciones del mitin convocado para conmemorar el aniversario de La Comuna de París

El mitin convocado para conmemorar el aniversario del 18 de marzo de 1871 ha adoptado las siguientes resoluciones:

- I. Considera que el glorioso movimiento iniciado el 18 de marzo es la aurora de la gran revolución social llamada a liberar para siempre a la humanidad de la sociedad de clases.

- II. Declara que las necesidades y los crímenes de las clases burguesas, coligadas en toda Europa por su odio hacia los trabajadores, han condenado la vieja sociedad a la muerte, sean las que sean las formas de gobierno, monárquicas o republicanas.
- III. Proclama que la cruzada de todos los gobiernos contra la Internacional y el terrorismo, tanto de los asesinos de Versalles como de sus vencedores prusianos, prueban la inanidad de sus éxitos y afirman que tras la heroica vanguardia destruida por las fuerzas mancomunadas de Thiers y de Guillermo se encuentra el amenazante ejército del proletariado universal.

«Últimamente, las palabras “dictadura del proletariado” han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!». Federico Engels

Las mujeres de La Comuna

Decía Carlos Marx que «Cualquiera que conozca algo de historia sabe que los grandes cambios sociales son imposibles sin el fermento femenino», y la revolución de la Comuna de París confirmó a plenitud esta verdad, donde el valor y heroísmo de las mujeres les acarreó el violento odio de la burguesía descargado como persecución, cárcel, destierro y fusilamiento, siendo acusadas por el gobierno con la despectiva denominación de *les pétroleuses* (las incendiarias).

Ya desde la Revolución Francesa en 1789 quedó en evidencia el gran peso e importancia desempeñado por las mujeres en las revoluciones de la época del capitalismo: participan en la lucha, esgrimen sus propias reivindicaciones políticas, construyen organizaciones para exigir la defensa de los derechos de la mujer... si bien, toda su lucha en aquella época estaba todavía restringida al contenido

de clase de la revolución burguesa y, por tanto, la emancipación de la mujer no sobrepasaba el marco burgués de la igualdad formal, es decir, el marco de la opresión y la desigualdad real.

En cambio, la participación de las mujeres en las insurrecciones obreras de 1848 ya se correspondía con un contenido diferente, porque ellas formaban parte de la clase de los obreros modernos que, a su vez, había dado importantes pasos hacia su configuración como clase independiente (con la Liga de los Comunistas como organización internacional; y el *Manifiesto del Partido Comunista* como programa propio). Desde aquella época el deslinde entre el socialismo científico marxista y el socialismo pequeñoburgués de Proudhon se hizo extensivo a la concepción sobre el papel de la mujer: mientras para el marxismo era necesaria e inevitable la participación de la mujer en la lucha revolucionaria, pues su verdadera emancipación solo es posible como parte de la emancipación del trabajo asalariado; para el mutualismo proudhoniano la mujer debía ser relegada exclusivamente a las labores del hogar, llegando a tal extremo que, dice Allan Todd en *Las revoluciones 1789-1917*: «Cuando Jeanne Déroin [mujer costurera de profesión y militante de izquierda] propuso presentarse como candidata demócrata en las elecciones de mayo de 1849, P. J. Proudhon la declaró no apta porque los órganos que las mujeres poseen para alimentar a los bebés no las hacen apropiadas para el voto; ella respondió pidiéndole que le mostrara el órgano masculino que le facultaba para el voto».

La participación revolucionaria de las mujeres en la Comuna de París fue especialmente destacada, debido a su experiencia en anteriores revoluciones y a la claridad de su papel y avance de su organización, en lo cual influyó decididamente la actividad de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que, en noviembre de 1869, había cristalizado en la creación de la Cámara Federal de

las Sociedades Obreras y la Federación de las Secciones Parisienses de la Internacional, al tiempo que —comenta Encarna Ruíz Galacho en *La Comuna de París y la doctrina marxista del Estado*—: «El internacionalista Eugene Varlin y sus camaradas, al fundar en 1866 la Sociedad de los Obreros Encuadernadores de París, inscribe en los estatutos la igualdad de los derechos de la mujer obrera. Más adelante, en julio de 1869, las obreras del devanado y la torsión de la seda y las ovalistas, que mantendrían una huelga exitosa, se constituyeron en sección de la Internacional».

El 18 de marzo de 1871, cuando estalla la revolución obrera, fueron las mujeres las primeras en alertar sobre la intención del ejército de Thiers de apoderarse de los cañones de Montmartre. Fueron las mujeres quienes se plantaron frente a las tropas del gobierno impidiendo con sus cuerpos la movilización de los cañones. Fueron las mujeres quienes incitaron al proletariado y a la Guardia Nacional a salir en defensa de los cañones, que significaba la defensa de París. Dice Allan Todd: «En concreto, las mujeres trabajaron en fábricas de armas y municiones, hicieron uniformes y dotaron de personal a los hospitales improvisados, además de ayudar a construir barricadas. A muchas se las destinó a los batallones de la Guardia Nacional como *cantinières*, donde se encargaban de proporcionar alimentos y bebidas a los soldados de las barricadas, además de los primeros auxilios básicos. En teoría, eran cuatro las *cantinières* destinadas a cada batallón, pero en la práctica solían ser muchas más. Por otra parte, abundantes datos muestran que muchas mujeres recogieron las armas de hombres muertos o heridos y lucharon con gran determinación y valentía. También hubo un batallón compuesto por 120 mujeres de la Guardia Nacional que luchó con arrojo en las barricadas durante la última semana de la Comuna. Obligadas a retirarse de la barricada de la Place Blanche, se trasladaron a la Place Pigalle y lucharon hasta

que las rodearon. Algunas escaparon al Boulevard Magenta, donde todas murieron en la lucha final».

En la Comuna de París las mujeres no se organizaron con el carácter de «movimiento feminista» ni tampoco elaboraron un programa con «reivindicaciones feministas» y, si bien organizaron cooperativas, sindicatos y clubes específicos para las mujeres (Comité de Mujeres para la Vigilancia, Club de la Revolución Social, Club de la Revolución, Unión de Mujeres para la Defensa de París y la Ayuda a los Heridos, fundada por miembros de la Internacional), lo más importante fue su participación como mujeres obreras y en organizaciones obreras, donde reivindicaron la igualdad de derechos (Club de los Proletarios, Club de los Librepensadores, las Secciones de la Internacional y la misma Comuna).

Entre las mujeres revolucionarias de la Comuna de París se destacan: Elizabeth Dmitrieff quien a los 17 años se afilió a la I Internacional y fue una de las siete del Comité Ejecutivo de la Unión de Mujeres; «...André Léo responsable de la publicación del periódico *La Sociale*; Beatriz Excoffon, Sophie Poirier y Anna Jaclard, militantes del Comité de Mujeres para la Vigilancia; Marie-Catherine Rigissart, que comandó un batallón de mujeres; Adélaide Valentin, que llegó al puesto de coronel, y Louise Necke-becker, capitán de compañía; Nathalie Lemel, Aline Jacquier, Marcelle Tinayre, Otavine Tardif y Blanche Lefebvre fundadoras de la Unión de Mujeres, siendo la última ejecutada multitudinariamente por las tropas reaccionarias, y Joséphine Courbois, que luchó en 1848 en las barricadas de Lyon, donde era conocida como la reina de las barricadas. Se debe citar aún a Jeanne Hachette, Victorine Louvert, Marguerite Lachaise, Josephine Marchais, Leontine Suétens y Natalie Lemel» (Silvio Costa, *La Comuna de París y las Mujeres Revolucionarias*).

Pero, sin duda la mujer revolucionaria más conocida de la Comuna de París fue Louise Michel, fundadora de la

Unión de Mujeres para la Defensa de París de Apoyo a los Heridos y miembro de la I Internacional. Fue maestra, hija natural de una sirvienta. Participó en el Club de la Revolución y sus milicias, comandando un batallón femenino que combatió en las barricadas de París. En el juicio fue ejemplo de firmeza y convicción revolucionaria, rechazó los abogados designados y presentó su propia defensa, como la defensa de la causa de la Comuna: «No quiero defenderme. Pertenezco toda a la Revolución Social. Declaro aceptar la responsabilidad de mis actos (...) lo que exijo de vosotros... es el campo de Satory, donde ya cayeron mis hermanos. Es preciso separarme de la sociedad, les dijeron que lo hicieran, ¡pues bien! El Comisario de la República tiene razón. Ya que, según parece, todo corazón que bate por la libertad solo tiene derecho a un poco de plomo, ¡exijo mi parte! Si me dejáis vivir, no cesaré de clamar venganza y de denunciar, en venganza de mis hermanos, a los asesinos de la Comisión de las Gracias». Fue desterrada por 10 años a Nueva Caledonia, en donde se unió a la lucha por la independencia política de esa colonia francesa; en 1898 escribió *Memorias de la Comuna*; muere en 1905 mientras daba una conferencia a trabajadores en Marsella, y es enterrada envuelta en el estandarte de la Comuna de París.

«Hay pruebas —dice Allan Todd— que indican que, durante los últimos días, las mujeres aguantaron más tiempo tras las barricadas que los hombres. En total, se sometió a 1051 mujeres a consejos de guerra, realizados entre agosto de 1871 y enero de 1873: a ocho se las sentenció a muerte, a nueve a trabajos forzados y a 36 a su deportación a colonias penitenciarias».

La derrota de La Comuna de París

Al gran triunfo militar conseguido el 18 de marzo de 1871 por el pueblo en armas sobre el ejército de Thiers, siguió una decisión incomprensible del Comité Central

de la Guardia Nacional: no avanzar sobre Versalles, hacia donde había huido el ejército derrotado. Solo el 3 de abril se intentó una ofensiva que fracasó pues, aunque contaba con gran entusiasmo de los comuneros, carecía de preparación política y militar. El gobierno de Thiers aprovechó la ventaja para reorganizar sus fuerzas militares fortalecidas con la ayuda de Bismark quien, en representación de la burguesía alemana, ordenó liberar a cientos de soldados franceses prisioneros en Sedán y en Metz, para que se unieran a las hordas armadas de Versalles. Esto les otorgó, para los primeros días de mayo, una decisiva superioridad militar sobre los insurrectos de París.

Desde su proclamación el 28 de marzo, la actividad de la Comuna de París fue en gran parte absorbida por la defensa militar de la ciudad sometida a continuo asedio por las tropas prusianas y francesas. Desde el 27 de septiembre fueron frecuentes los intercambios de disparos entre las fuerzas de Versalles y los defensores de las murallas; y cuando los comuneros caían como prisioneros en manos de Thiers, sin excepción, eran fusilados. Si bien en el frente sur de París, el 11 de abril habían rechazado con gran éxito el ataque de las tropas francesas, no pudieron detener su avance el 3 de mayo sobre Moulin Saquet, el 9 la destrucción a cañonazos del fuerte Issy, y el 14 la pérdida del fuerte de Vanves. En el frente occidental desde el 7 de abril se había perdido el puente sobre el río Sena en Neuilly, por donde las tropas francesas incursionaron hasta apoderarse a comienzos de mayo del cinturón urbano y finalmente, el 21 de mayo, penetraron al interior de París. El ejército prusiano controlaba el perímetro norte y oriental de la ciudad, por donde permitían libre paso a los soldados versalleses.

La resistencia más débil se dio en los barrios ricos de la ciudad, situados en su parte occidental; mientras, fue muy tenaz la resistencia en los barrios obreros del oriente donde, así como en el centro de París, durante la última

semana de mayo, se levantaron barricadas por doquier con ayuda de mujeres y niños. Dicen los historiadores que en un solo día se levantaron más de 160 barricadas, y en total más de 600; en general, tenían 2 metros de altura y estaban construidas con piedras sacadas de las calles, con parrillas de metal, un cañón o una ametralladora y una Bandera Roja ondeando en su parte superior. Algunas fueron construidas de colchones, otras eran simples bloqueos de las calles con carretas, ladrillos, sacos de arena o cualquier cosa. Y fue famosa la barricada de la Plaza Blanch, construida por un batallón de 120 mujeres quienes la defendieron valerosamente hasta ser masacradas después de su caída. Y, desde luego, fueron los obreros los únicos fieles a la Comuna hasta su derrota, fueron sus últimos defensores en una lucha desigual y heroica de más de ocho días en las alturas de Belleville y Ménilmontant.

Y es allí donde empieza la masacre, descrita así por Federico Engels: «Y entonces llegó a su apogeo aquella matanza de hombres desarmados, mujeres y niños, que habían hecho estragos durante toda la semana con furia creciente. Ya los fusiles de retrocarga no mataban bastante de prisa, y entraron en juego las ametralladoras para abatir por centenares a los vencidos. El Muro de los Federados del cementerio de Père Luchaise, donde se consumó el último asesinato en masa, queda todavía en pie, testimonio mudo pero elocuente del frenesí al que es capaz de llegar la clase dominante cuando el proletariado se atreve a reclamar sus derechos. Luego, cuando se vio que era imposible matarlos a todos, vinieron las detenciones en masa, comenzaron los fusilamientos de víctimas caprichosamente seleccionadas entre las celdas de presos y el traslado de los demás a grandes campos de concentración, donde esperaban la vista de los Consejos de Guerra.

Las tropas prusianas que tenían cercado el sector nordeste de París recibieron la orden de no dejar pasar a ningún fugitivo, pero los oficiales con frecuencia cerraban los

ojos cuando los soldados prestaban más obediencia a los dictados de humanidad que a las órdenes de superioridad; mención especial merece, por su humano comportamiento, el cuerpo de ejército de Sajonia, que dejó paso libre a muchas personas, cuya calidad de luchadores de la Comuna saltaba a la vista».

El 28 de mayo de 1871 fue derrotada la Comuna por las fuerzas reaccionarias del gobierno de Thiers. 30.000 masacrados entre hombres, mujeres y niños. 20.000 asesinados en las semanas siguientes, y durante todo el mes de junio, fusilado todo quien insinuara sospecha de haber participado o colaborado con la Comuna. La sangrienta derrota de la Comuna causó más muertos que todas las batallas de la guerra franco-prusiana, e incluso más que los 19.000 muertos del año y medio de terror de la Revolución Francesa.

Si bien las realizaciones políticas y económicas de la Comuna de París, durante sus escasos 72 días de existencia, ya la habían inmortalizado para la historia del movimiento obrero como la primera forma de dictadura del proletariado y el primer intento obrero de expropiar a los expropiadores; no a menos altura estuvo su defensa ante el salvaje asalto de los reaccionarios, dejando plasmado para la historia universal que al carácter sanguinario, terrorista y asesino de la burguesía para defender sus intereses que van en contravía con la marcha de la historia; se le opone la firmeza, el heroísmo, el sacrificio e incluso la magnanimidad de la clase obrera en la lucha por su causa, pues si bien tiene y debe destruir el poder del Estado burgués mediante la violencia revolucionaria, mediante la fuerza de las armas, mediante la guerra que es lucha política con derramamiento de sangre, jamás derramará más de la necesaria ni por venganza ni por escarnio, pues transita el camino más civilizado para derrocar a los enemigos: la lucha de clases, cuya dirección inevitable es el triunfo de la dictadura del proletariado.

A la memoria de La Comuna³

V. I. Lenin

Han pasado cuarenta años desde la proclamación de la Comuna de París. Según la costumbre establecida, el proletariado francés honró con mítines y manifestaciones la memoria de los hombres de la revolución del 18 de marzo de 1871. A finales de mayo volverá a llevar coronas de flores a las tumbas de los *communards* fusilados, víctimas de la terrible «Semana de Mayo», y ante ellas volverá a jurar que luchará sin descanso hasta el total triunfo de sus ideas, hasta dar cabal cumplimiento a la obra que ellos le legaron.

¿Por qué el proletariado, no solo francés, sino el de todo el mundo, honra a los hombres de la Comuna de París como a sus predecesores? ¿Cuál es la herencia de la Comuna?

La Comuna surgió espontáneamente, nadie la preparó de modo consciente y sistemático. La desgraciada guerra con Alemania, las privaciones durante el sitio, la desocupación entre el proletariado y la ruina de la pequeña burguesía, la indignación de las masas contra las clases superiores y las autoridades, que habían demostrado una incapacidad absoluta, la sorda efervescencia en la clase obrera, descontenta de su situación y ansiosa de un nuevo régimen social; la composición reaccionaria de la Asamblea Nacional, que hacía temer por el destino de la República, todo ello y otras muchas causas se combinaron para

3 Para culminar lo concerniente a la Comuna de París, un período tan importante en la historia de lucha del proletariado, transcribimos un selecto artículo de Vladimir Ilich Lenin publicado en Rabóchaya Gazeta No. 4-5, 15 (28) de abril de 1911

impulsar a la población de París a la revolución del 18 de marzo, que puso inesperadamente el poder en manos de la Guardia Nacional, en manos de la clase obrera y de la pequeñaburguesía, que se había unido a ella.

Fue un acontecimiento histórico sin precedentes. Hasta entonces, el poder había estado, por regla general, en manos de los terratenientes y de los capitalistas, es decir, de sus apoderados, que constituían el llamado gobierno. Después de la revolución del 18 de marzo, cuando el gobierno del señor Thiers huyó de París con sus tropas, su policía y sus funcionarios, el pueblo quedó dueño de la situación y el poder pasó a manos del proletariado. Pero en la sociedad moderna, el proletariado, avasallado en lo económico por el capital, no puede dominar políticamente si no rompe las cadenas que lo atan al capital. De ahí que el movimiento de la Comuna debiera adquirir inevitablemente un tinte socialista, es decir, debiera tender al derrocamiento del dominio de la burguesía, de la dominación del capital, a la destrucción de las bases mismas del régimen social contemporáneo.

Al principio se trató de un movimiento muy heterogéneo y confuso. Se adhirieron a él los patriotas, con la esperanza de que la Comuna reanudaría la guerra contra los alemanes, llevándola a un venturoso desenlace. Los apoyaron asimismo los pequeños tenderos, en peligro de ruina si no se aplazaba el pago de las deudas vencidas de los alquileres (aplazamiento que les negaba el gobierno, pero que la Comuna les concedió). Por último, en un comienzo también simpatizaron en cierto grado con él los republicanos burgueses, temerosos de que la reaccionaria Asamblea Nacional (los «rurales», los salvajes terratenientes) restablecieran la monarquía. Pero el papel fundamental en este movimiento fue desempeñado, naturalmente, por los obreros (sobre todo, los artesanos de París), entre los cuales se había realizado en los últimos años del Segundo

Imperio una intensa propaganda socialista, y que inclusive muchos de ellos estaban afiliados a la Internacional.

Solo los obreros permanecieron fieles a la Comuna hasta el fin. Los burgueses republicanos y la pequeñaburguesía se apartaron bien pronto de ella: unos se asustaron por el carácter socialista revolucionario del movimiento, por su carácter proletario; otros se apartaron de ella al ver que estaba condenada a una derrota inevitable. Solo los proletarios franceses apoyaron a su gobierno, sin temor ni desmayos, solo ellos lucharon y murieron por él, es decir, por la emancipación de la clase obrera, por un futuro mejor para los trabajadores.

Abandonada por sus aliados de ayer y sin contar con ningún apoyo, la Comuna tenía que ser derrotada inevitablemente. Toda la burguesía de Francia, todos los terratenientes, corredores de bolsa y fabricantes, todos los grandes y pequeños ladrones, todos los explotadores, se unieron contra ella. Con la ayuda de Bismarck (que dejó en libertad a 100.000 soldados franceses prisioneros de los alemanes para aplastar al París revolucionario), esta coalición burguesa logró enfrentar con el proletariado parisiense a los campesinos ignorantes y a la pequeñaburguesía de provincias, y rodear la mitad de París con un círculo de hierro (la otra mitad había sido cercada por el ejército alemán). En algunas grandes ciudades de Francia (Marsella, Lyon, Saint-Etienne, Dijon y otras) los obreros también intentaron tomar el poder, proclamar la Comuna y acudir en auxilio de París, pero estos intentos fracasaron rápidamente. Y París, que había sido la primera en enarbolar la bandera de la insurrección proletaria, quedó abandonada a sus propias fuerzas y condenada a una muerte cierta.

Para que una revolución social pueda triunfar, necesita por lo menos dos condiciones: un alto desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado preparado para ella.

Pero en 1871 se carecía de ambas condiciones. El capitalismo francés se hallaba aún poco desarrollado, y Francia era entonces, en lo fundamental, un país de pequeñaburguesía (artesanos, campesinos, tenderos, etc.). Por otra parte, no existía un partido obrero, y la clase obrera no estaba preparada ni había tenido un largo adiestramiento, y en su mayoría ni siquiera comprendía con claridad cuáles eran sus fines ni cómo podía alcanzarlos. No había una organización política seria del proletariado, ni fuertes sindicatos, ni sociedades cooperativas...

Pero lo que le faltó a la Comuna fue, principalmente tiempo, posibilidad de darse cuenta de la situación y emprender la realización de su programa. No había tenido tiempo de iniciar la tarea cuando el gobierno, atrincherao en Versalles y apoyado por toda la burguesía, inició las operaciones militares contra París. La Comuna tuvo que pensar ante todo en su propia defensa. Y hasta el final mismo, que sobrevino en la semana del 21 al 28 de mayo, no pudo pensar con seriedad en otra cosa.

Sin embargo, pese a esas condiciones tan desfavorables y a la brevedad de su existencia, la Comuna adoptó algunas medidas que caracterizan suficientemente su verdadero sentido y sus objetivos. La Comuna sustituyó el ejército regular, instrumento ciego en manos de las clases dominantes, y armó a todo el pueblo; proclamó la separación de la Iglesia del Estado; suprimió la subvención del culto (es decir, el sueldo que el Estado pagaba al clero) y dio un carácter estrictamente laico a la instrucción pública, con lo que asestó un fuerte golpe a los gendarmes de sota-na. Poco fue lo que pudo hacer en el terreno puramente social, pero ese poco muestra con suficiente claridad su carácter de gobierno popular, de gobierno obrero: se prohibió el trabajo nocturno en las panaderías; fue abolido el sistema de multas, esa expoliación consagrada por ley de que se hacía víctima a los obreros; por último, se promulgó

el famoso decreto en virtud del cual todas las fábricas y todos los talleres abandonados o paralizados por sus dueños eran entregados a las cooperativas obreras, con el fin de reanudar la producción. Y para subrayar, como si dijéramos, su carácter de gobierno auténticamente democrático y proletario, la Comuna dispuso que la remuneración de todos los funcionarios administrativos y del gobierno no fuera superior al salario normal de un obrero, ni pasara en ningún caso de los 6000 francos al año (menos de 200 rublos mensuales).

Todas estas medidas mostraban elocuentemente que la Comuna era una amenaza mortal para el viejo mundo, basado en la opresión y la explotación. Esa era la razón de que la sociedad burguesa no pudiera dormir tranquila mientras en el ayuntamiento de París ondeara la bandera roja del proletariado. Y cuando la fuerza organizada del gobierno pudo, por fin, dominar a la fuerza mal organizada de la revolución, los generales bonapartistas, esos generales batidos por los alemanes y valientes ante sus compatriotas vencidos, esos Rénnenkampf y Meller-Zakomielski franceses, hicieron una matanza como París jamás había visto.

Cerca de 30.000 parisienses fueron muertos por la soldadesca desenfrenada; unos 5000 fueron detenidos y muchos de ellos ejecutados posteriormente; miles fueron los desterrados o condenados a trabajos forzados. En total, París perdió cerca de 100.000 de sus hijos, entre ellos a los mejores obreros de todos los oficios.

La burguesía estaba contenta. «¡Ahora se ha acabado con el socialismo para mucho tiempo!», decía su jefe, el sanguinario enano Thiers, cuando él y sus generales ahogaron en sangre la sublevación del proletariado de París. Pero esos cuervos burgueses graznaron en vano. Después de seis años de haber sido aplastada la Comuna, cuando

muchos de sus luchadores se hallaban aún en presidio o en el exilio, se iniciaba en Francia un nuevo movimiento obrero. La nueva generación socialista, enriquecida con la experiencia de sus predecesores, cuya derrota no la había desanimado en absoluto, recogió la bandera que había caído de las manos de los luchadores de la Comuna y la llevó adelante con firmeza y audacia, al grito de «¡Viva la revolución social, viva la Comuna!». Y tres o cuatro años más tarde, un nuevo partido obrero y la agitación levantada por este en el país obligaron a las clases dominantes a poner en libertad a los *communards* que el gobierno aún mantenía presos.

La memoria de los luchadores de la Comuna es honrada no solo por los obreros franceses, sino también por el proletariado de todo el mundo, pues aquella no luchó por un objetivo local o estrechamente nacional, sino por la emancipación de toda la humanidad trabajadora, de todos los humillados y ofendidos. Como combatiente de vanguardia de la revolución social, la Comuna se ha ganado la simpatía en todos los lugares donde sufre y lucha el proletariado. La epopeya de su vida y de su muerte, el ejemplo de un gobierno obrero que conquistó y retuvo en sus manos durante más de dos meses la Capital del mundo, el espectáculo de la heroica lucha del proletariado y de sus sufrimientos después de la derrota, todo esto ha levantado la moral de millones de obreros, alentado sus esperanzas y ganado sus simpatías para el socialismo. El tronar de los cañones de París ha despertado de su sueño profundo a las capas más atrasadas del proletariado y ha dado en todas partes un impulso a la propaganda socialista revolucionaria. Por eso no ha muerto la causa de la Comuna, por eso sigue viviendo hasta hoy día en cada uno de nosotros.

La causa de la Comuna es la causa de la revolución social, es la causa de la completa emancipación política y económica de los trabajadores, es la causa del proletariado mundial. Y en este sentido es inmortal.

CAPÍTULO 7

EL PROGRAMA DE GOTHA

La gran batalla de clases de la Comuna de París había finalizado en 1871. Mientras la burguesía saciaba su sed de venganza reaccionaria contra los comuneros, el socialismo científico y el comunismo se extendían por Europa, Estados Unidos y Australia, con paso de triunfo sobre las tendencias utópicas, pequeñoburguesas y reaccionarias del socialismo. Ese impulso del pensamiento científico se reforzó con el impulso de la experiencia directa de la Comuna, haciendo que los obreros en cada país iniciaran en serio la construcción de su partido para expresarse y actuar como clase independiente y consciente.

Tal vez Alemania había sido el único país donde el movimiento político de la clase obrera copó desde un principio el ámbito nacional, obteniendo en 1864 el primer triunfo electoral, logrando 9 actas en el Reichstag, de las cuales 3 le correspondían a la tendencia lassalleana y 6 a los eisenachanos. Eran estas las dos grandes corrientes del movimiento obrero alemán: la primera influida por Fernando Lassalle, un publicista pequeñoburgués de visión

sectaria e impulsor del camino reformista para resolver los problemas de los obreros; la segunda, configurada desde el Congreso de Eisenach reunido del 7 al 9 de agosto de 1869, con destacados dirigentes obreros como Augusto Bebel y Guillermo Liebknecht, y un Programa fiel a la línea general de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Por insistencia de los lassalleanos, cundió un espíritu unificador del movimiento obrero alemán, precipitándose un Proyecto de Programa elaborado por representantes de ambas tendencias y, sobre el cual, el Congreso de Gotha, celebrado entre el 22 y 25 de mayo de 1875, selló su unificación en el Partido Obrero Socialista de Alemania.

El Proyecto de Programa fue criticado severamente por Marx y Engels días antes del Congreso: en la carta de Engels a Augusto Bebel escrita entre el 18 y 28 de marzo de 1875, en la carta del 5 de mayo dirigida por Marx a W. Bracke, y en el escrito de Marx, *Glosas Marginales al Programa del Partido Obrero Alemán*, estos últimos publicados más tarde, en 1891, bajo el título *Crítica del Programa de Gotha* con prólogo de Engels. Estos documentos compilan y dan cuenta de un importantísimo episodio de lucha ideológica de los maestros sobre el contenido y la importancia del Programa para la unidad y el éxito del Partido del proletariado en su lucha política contra la burguesía.

En las cartas de Marx y Engels se reconviene a los jefes obreros que, obnubilados por la unificación, habían renunciado a su Programa correcto de Eisenach, pactando una unidad frágil e inservible para la lucha del movimiento obrero. En las *Glosas Marginales*, también conocidas como la Carta-programa, Marx pulveriza punto por punto, idea por idea, todas las falsificaciones lassalleanas del Programa de la I Internacional, en una intransigente defensa de los principios, de la cual Engels en su carta a Bebel, destaca cinco aspectos:

El primero, demostrando la falsedad de la concepción lassalleana sobre la clase obrera, frente a la cual todas las otras no forman más que una masa reaccionaria que, siendo exacto solo en circunstancias excepcionales, es históricamente falso y una tergiversación de la verdad dicha en el *Manifiesto Comunista*: «De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, solo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado en cambio, es su producto más peculiar».

El segundo, el Programa de Gotha, al convertir en aspiración común de los obreros de todos los países «la fraternización internacional de los pueblos» (consigna de la Liga por la Paz y la Libertad, una organización pacifista de republicanos y liberales pequeñoburgueses), reniega prácticamente y por completo del principio internacionalista del movimiento obrero, reducido por los lassalleanos a un punto de vista nacional estrecho, eludiendo la precisión del *Manifiesto Comunista* sobre la necesidad del movimiento obrero de organizarse como clase, como partido en su propio país para poder luchar, lo cual le da a su lucha un carácter nacional solo por su forma, no por su contenido que es estrictamente internacionalista, pues obedece a la lucha de una clase cuya situación, intereses y objetivos son materialmente internacionales.

El tercero, el Programa de Gotha en lugar de proponerse «abolir el sistema del trabajo asalariado», habla de «la abolición del sistema del salario» y su «ley de bronce», concepción económica errada de los lassalleanos basada en la teoría de la población malthusiana (también errada), según la cual siempre habrá obreros de sobra, por lo cual, solo pueden recibir en término medio el mínimo del salario y, por tanto —agregan los economistas burgueses—, nunca se podrá acabar con la miseria sino solo generalizarla. Por aquella época, ya Marx había demostrado en *El*

Capital que el salario se regula por diversas leyes complejas y flexibles, no de bronce; que la apariencia del salario como el valor —o el precio— del trabajo, era falsa y ocultaba la verdad sobre el salario: el valor —o el precio— de la fuerza de trabajo, dejando en claro que «el obrero asalariado solo está autorizado a trabajar para mantener su propia vida, es decir, a vivir, si trabaja gratis durante cierto tiempo para el capitalista..., que todo el sistema de producción capitalista gira en torno a la prolongación de este trabajo gratuito..., que, por tanto, el sistema de trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, una esclavitud que se hace más dura a medida que se desarrollan las fuerzas sociales productivas del trabajo, aunque el obrero esté mejor o peor remunerado».

El cuarto. El Programa de Gotha, al levantar como principal reivindicación social la «ayuda del Estado a las cooperativas de producción» consideradas por la secta lassalleana como la «base de la nueva sociedad», renuncia al camino señalado por la I Internacional de la transformación revolucionaria de la sociedad mediante la lucha de clases, y no con los empréstitos del Estado. Crea una fantasía sobre las sociedades cooperativas que, dentro del capitalismo, solo valen y le sirven al movimiento obrero si son independientes de la protección de la burguesía, de su Estado y su gobierno. En pocas palabras, en el programa de Gotha los eisenachanos abandonaron el movimiento de clases, para acoger el movimiento de las sectas pregonado por los lassalleanos.

El quinto, para rematar, no se mienta para nada la necesidad de los obreros de organizarse en sindicatos que, por su carácter de masas, en palabras de Engels «se trata de la verdadera organización de clase del proletariado, en la que este ventila sus luchas diarias con el capital, en la que se educa y disciplina a sí mismo».

Haber aceptado el Programa de Gotha, tras el ánimo de unificar el movimiento obrero alemán en un solo partido, en vez de un avance, significó un terrible retroceso porque sumió en la humillación, el eclecticismo, la confusión y la desmoralización a la corriente internacionalista, la más consciente y luchadora; mientras que sirvió para prestigiar y afianzar una corriente no socialista dentro del proletariado. En este caso la unificación fue un éxito efímero, muy costoso para todo el movimiento obrero.

Y si bien por aquella época el socialismo científico triunfante en la batalla teórica estaba apenas calando en la conciencia de los obreros, era inadmisible la aceptación del Proyecto de Programa por parte de los eisenachanos, quienes no tenían nada que aprender de los lassalleanos en el aspecto teórico, el decisivo para el programa. Era inconcebible que en miras a la unificación se hubiese aceptado un Proyecto de Programa desmoralizador para el Partido, pues estaba edificado sobre las concepciones lassalleanas, corriente sectaria que negaba la lucha de clases y erigía en panacea universal la ayuda del Estado.

Los principios económicos y la táctica lassalleanos fueron demolidos teóricamente en la *Crítica al Programa de Gotha* surtiendo, con lujo de claridad y precisión, la invaluable enseñanza para el movimiento obrero de jamás conciliar con el oportunismo ni pisotear los principios en aras de juntar fuerzas; pues «en un programa de principios... se coloca ante todo el mundo los jalones por los que se mide el nivel del movimiento del partido» y, ante la tan necesaria unidad de los obreros, que por sí misma les satisface y los anima, si no es posible cimentarla sobre un Programa claro y preciso, es preferible solo pactar acuerdos temporales para la acción, antes que sacrificar el porvenir del movimiento.

CAPÍTULO 8

EL ANTI-DÜHRING

Una guía universal para transformar el mundo

Su necesidad

La segunda mitad del siglo XIX fue la época donde el movimiento obrero maduró como el movimiento de una clase internacional con los mismos enemigos y unos comunes intereses y objetivos, que libró heroicas batallas en París con la Comuna y en Estados Unidos por la Jornada de 8 horas de trabajo; batallas que sirvieron para corroborar por experiencia directa la insuficiencia de la mera organización sindical y de la lucha de resistencia, es decir, la necesidad de expresarse como clase consciente y para sí, en Partidos y Asociaciones Internacionales que dirigieran su lucha política por el poder Estatal. El movimiento obrero por fin se había pertrechado de una ideología y un programa propios, que definían el contenido de la lucha de una clase independiente cuyos intereses se corresponden con la dirección que marca la tendencia histórica de la sociedad hacia el socialismo.

Y si el *Manifiesto del Partido Comunista* había formulado con precisión el Programa de la lucha de clase del proletariado hasta el comunismo, fue *El Capital* la elaboración teórica que desde el punto de vista económico derrumbó las fantasías socialistas de la época, colocándole a la lucha de los obreros modernos la férrea base científica del conocimiento profundo de las relaciones de producción en la sociedad capitalista, y de sus leyes de desarrollo, que inexorablemente la conducen a la decadencia y caducidad, haciendo inevitable el advenimiento del socialismo y el comunismo, como una etapa superior de desarrollo social.

En esta lucha abierta, pública y sin tregua contra las corrientes que concebían el socialismo como una sociedad fantástica impuesta desde fuera y sin nada que ver con el capitalismo, cuando estaban siendo aniquiladas teóricamente escuelas tales como el socialismo pequeñoburgués de Proudhon, el anarquismo de Bakunin y el sectarismo de Lassalle, de repente, en 1875 aparece en Alemania un profesor llamado Eugenio Dühring quien, apoyado en las teorías de Proudhon y Lassalle, lanza una fuerte embestida de idealismo, de metafísica, de utopismo, en general de fantasía para soñar en un capitalismo sin sus males; un embrollado sistema que significaba la subversión de toda la ciencia en general y, en particular, de la ciencia de la revolución proletaria, el marxismo en sus partes integrantes: la filosofía del materialismo dialéctico e histórico, la economía política y el socialismo científico.

Un ataque del cual advertía Engels en 1878: «Por lo visto, la libertad científica consiste en escribir de todo aquello que no se ha estudiado, queriendo luego imponer esas elucubraciones como el único método rigurosamente científico del mundo. El señor Dühring no es más que uno de los tipos más representativos de esa ruidosa pseudociencia que por todas partes se coloca hoy en Alemania, a fuerza de codazos, en primera fila y que atruena el espacio con su estrepitoso... ruido de latón».

Y es que por aquellos días abundaban los «creadores de sistemas» filosóficos, económicos, políticos, naturales, etc., donde una parte de la prensa socialista se prestaba para publicar candorosamente las doctrinas dühringianas, y no faltaba quien (como Most) las popularizara entre los obreros, siendo el discípulo más fanático de Dühring, el dirigente del partido Eduardo Bersntein, quien contaminó a no pocos dirigentes eisenachanos (tales como Most, Bebel y Bracke) y años más tarde saltó a la palestra como ideólogo del revisionismo clásico. El propio Bebel desde la cárcel escribió artículos para el *Vorwärts*, haciendo apología de las teorías de Dühring, lo cual llevó al límite la preocupación de Marx y Engels, que por aquellos días residían en Londres.

Más que la tenaz insistencia de Liebknecht para que se confrontara de raíz a Dühring, fue el enorme peligro para la conciencia todavía en formación del movimiento obrero lo que hizo inaplazable y necesario que Federico Engels se diera a la tarea de demoler hasta los cimientos el tan «novedoso» sistema, en una formidable lucha teórica recopilada en 1878 en el *Anti-Dühring* cuyo título original fue, *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*.

En realidad, la polémica se había iniciado desde el 1 de enero de 1877 publicada por artículos en el *Vorwärts*, órgano central del partido socialdemócrata alemán: la primera sección sobre filosofía apareció a lo largo de diecinueve números del periódico hasta el 13 de mayo (por cierto publicada con mutilaciones y descuido editorial que no hizo esperar la protesta airada de Engels al jefe de redacción Liebknecht quien se encontraba muy distraído en la lucha electoral); la segunda sección sobre Economía Política se publicó en nueve entregas entre el 27 de junio y el 30 de diciembre de 1877; y la tercera sección sobre Socialismo se insertó en cinco números entre el 5 de mayo y el 7 de julio de 1878.

El *Anti-Dühring* no es una disquisición académica con un profesor universitario, ni la entronización de una doctrina sobre las nubes, ni la oposición de otro sistema al sistema del profesor Dühring. Es una ardiente lucha teórica que aprovecha la necesidad de combatir las especulaciones de Dühring, para exponer, defender y desarrollar la ciencia de la revolución proletaria, para armar las mentes de los proletarios coadyuvando a que las ideas se conviertan en la fuerza material de la lucha obrera, la lucha de la única clase que por vez primera en la historia puede exigir la abolición de las clases en general, pues su emancipación como clase implica la emancipación de la humanidad.

El *Anti-Dühring* es una guía universal para transformar el mundo.

La introducción

La demoledora lucha teórica que Engels libró contra las especulaciones del profesor Dühring fue en realidad una brillante defensa, exposición y desarrollo de la filosofía del materialismo dialéctico e histórico, de la economía política marxista y del socialismo científico, cuestiones que años después, Lenin denominaría las tres partes del marxismo. Una ciencia íntegra coherente y exacta, con raíces en los hechos económicos del capitalismo, pero enlazada en su forma teórica con el pensamiento existente en aquella época.

Por ello Engels dedica la parte introductoria del *Anti-Dühring*, en primer lugar, a mencionar las corrientes de pensamiento con las cuales enlazaba el marxismo, negándolas en un desarrollo cualitativamente superior; y, en segundo lugar, a resumir en frases textuales lo prometido por Dühring.

En una rápida referencia al pensamiento que antecedió a la ciencia marxista, Engels comienza mencionando a los

teóricos de la gran Revolución Francesa, quienes fueron radicalmente revolucionarios frente a las anteriores formas de sociedad y de Estado, a sus tradiciones y prejuicios, superstición e injusticia, privilegios y opresión; condenando todo lo retrógrado como irracional en el tribunal de la razón. Sin embargo, el Reino de la Razón no era más que la idealización del Reino de la Burguesía: la justicia eterna se encarnó en la justicia de los tribunales burgueses, la igualdad de todos los ciudadanos en la igualdad burguesa ante la ley, la propiedad burguesa en uno de los más esenciales derechos del hombre, y el Estado de la Razón se materializó en la República democrática burguesa.

Los representantes teóricos de la burguesía desde un comienzo presentaron la lucha contra la nobleza, no como una lucha de clases en defensa de los intereses burgueses, sino como una gesta en defensa de los intereses de todos los trabajadores explotados y oprimidos por el reino de los feudales. Desde entonces, siempre la burguesía dice ser la representante y defensora de los intereses de todo el pueblo. Pero, junto a la contradicción entre feudales y burgueses, desde un comienzo existe la contradicción entre explotadores y explotados, entre ricos ociosos y pobres trabajadores, entre burguesía y proletariado. En consecuencia, siempre, dentro de cada gran movimiento burgués, surgieron manifestaciones de movimientos independientes contra la propia burguesía: Thomas Münzer en Alemania, los levellers en la revolución inglesa, y Babeuf en la gran revolución francesa.

El capitalismo llegó a la historia acompañado de sus sepultureros: los esclavos modernos asalariados, la clase de los proletarios que, desde muy temprana edad, comenzó a elaborar expresiones teóricas revolucionarias tales como las ideas comunistas francesas de Morelly y Mably bajo la forma doctrinaria de un comunismo ascético espartano que se atrevió a exigir la supresión de las diferencias de clase; las ideas de los grandes socialistas utópicos de

Francia e Inglaterra, Saint Simon, Fourier y Robert Owen quienes, no en nombre del proletariado sino de toda la humanidad, condenaron el mundo burgués también como algo irracional; y las ideas del comunismo igualitario utópico de Weitling, dirigente del movimiento obrero alemán. Para todos ellos el socialismo debía ser la expresión de la verdad absoluta, de la razón y la justicia absolutas, es decir, un socialismo ideal sin ninguna procedencia de las contradicciones de la sociedad capitalista.

Además de la filosofía francesa del siglo XVIII, surgió la filosofía clásica alemana cuya máxima expresión fue Hegel, quien hizo conscientes las leyes de la dialéctica, restituyéndola como la forma suprema de pensamiento, pues ya había sido practicada por los antiguos filósofos griegos de una manera innata y espontánea. Pero la dialéctica, «que concibe las cosas y sus reflejos conceptuales esencialmente en su conexión, en su encadenamiento, su movimiento, su origen y su perecer», no fue el método de pensamiento que cautivó a los filósofos del siglo XIX porque fueron arrollados por la fuerte y directa influencia de los científicos, los protagonistas del monumental desarrollo en todas las ciencias desde mediados del siglo XV. Y los científicos, desde luego, se especializaron en el estudio de las partes de la naturaleza, en sus procesos o fenómenos como hechos aislados y en reposo, esto es, fueron limitados al método de pensamiento metafísico para el cual, «las cosas y sus imágenes mentales, los conceptos, son objetos de investigación dados de una vez y para siempre, aislados, uno tras otro y sin necesidad de contemplar el otro, firmes, fijos y rígidos».

En contraprestación, el estudio científico de la naturaleza —genuinamente dialéctica— proporcionó una cantera de pruebas sobre el funcionamiento de todas sus partes, procesos y fenómenos, acorde con la dialéctica y no con la metafísica. El progreso científico permitió al marxismo

formular el materialismo dialéctico, en negación del idealismo dialéctico de la filosofía clásica alemana, y como concepción y método generales de pensamiento necesarios para todas las ciencias; suprimiendo el pedestal de la filosofía como madre de todas ellas y reduciéndola a la doctrina del pensamiento y de sus leyes, es decir, a la lógica formal y la dialéctica.

Por su parte, desde mucho antes, se habían producido acontecimientos históricos que al estudiarlos con el método del materialismo dialéctico cambiaban por completo la faz hasta entonces conocida de la historia que solo mostraba las hazañas de los grandes hombres, cuando en realidad ha sido la historia de la lucha de clases, donde tales clases en la sociedad son producto de sus relaciones de producción y distribución, siendo la estructura económica de la sociedad el fundamento a partir del cual se explica toda la superestructura —que se levanta sobre la estructura— en cuanto a instituciones políticas y jurídicas, así como sus representaciones filosóficas, religiosas, artísticas, morales, etc.

Esta nueva ciencia para estudiar la historia de la sociedad y comprender las leyes de su movimiento y la dirección de su desarrollo es el materialismo histórico, una concepción que permite explicar la conciencia del hombre —sus ideas— a partir de la forma como vive —su ser—. Con tal concepción se pudo mostrar, cómo los propios hechos de la vida desmentían las teorías que ya desde aquellos tiempos promulgaban los economistas burgueses sobre «la identidad de intereses entre el capital y el trabajo», sobre el capitalismo como fuente de «armonía general y bienestar universal del pueblo». El materialismo histórico permitió examinar el modo de producción capitalista en su conexión con otros modos de producción, su necesidad histórica y la necesidad de su desaparición, cuestión que el socialismo utópico nunca pudo comprender,

pues siempre se circunscribió a criticar las consecuencias desastrosas del capitalismo.

Al comprender las leyes internas del capitalismo se descubrió que el capitalista, aun comprando la fuerza de trabajo del obrero al precio que tiene como mercancía —el salario—, obtiene de esa fuerza un valor mayor que el pagado, una plusvalía —apropiación del trabajo no pagado—, lo cual caracteriza la explotación del trabajo asalariado y es, por tanto, el soporte fundamental de la existencia y el desarrollo del sistema capitalista, puesto que la plusvalía que produce toda la clase obrera se acumula en manos de las clases poseedoras de los medios de producción.

Estos dos grandes descubrimientos del marxismo: la concepción materialista de la historia y la ley de la plusvalía, convirtieron el anhelo socialista de los explotados en una ciencia que niega las utópicas ensoñaciones socialistas con el socialismo científico; que encuentra en las entrañas del capitalismo, en sus contradicciones internas, las causas de su desaparición histórica y las premisas, las fuerzas y la necesidad inevitable de una nueva sociedad socialista gobernada por el proletariado, como una etapa de transición hacia la sociedad sin clases, el comunismo.

De ahí que Engels, al comenzar su histórica polémica, precisó: «El socialismo moderno es, ante todo, por su contenido, el producto de la percepción de las contradicciones de clase entre poseedores y desposeídos, asalariados y burgueses, por una parte, y de la anarquía reinante en la producción, por otra. Pero por su forma teórica, se presenta inicialmente como una ulterior continuación, en apariencia más consecuente, de los principios sentados por los grandes ilustrados franceses del siglo XVIII».

Estando así las cosas del pensamiento social, aparece un profesor universitario llamado Eugen Dühring anunciando la subversión total de la filosofía, la economía política

y el socialismo. Y, bajo la advertencia de su lenguaje como «lo selecto de un modo de expresión sin contemplaciones, y al mismo tiempo modesto en el auténtico sentido de la palabra», Dühring en filosofía se declara como el único filósofo del presente y del futuro en cuyo «sistema natural o de la filosofía de la realidad... la realidad es pensada en este sistema de tal modo que excluye toda veleidad de concepción del mundo fantasiosa, subjetivista y limitada... una investigación que llega hasta las raíces... una ciencia radical, una concepción estrictamente científica de las cosas y de los hombres... un trabajo de pensamiento que penetra todo en todas direcciones...». En política y economía Dühring promete «amplios trabajos históricos y sistemáticos... los cuales ya han aportado en economía creadoras inflexiones...» un plan sistemático completamente elaborado para la sociedad del futuro «fruto práctico de una teoría clara y que llega hasta las últimas raíces... un auténtico propio en el lugar de la propiedad solo aparente y transitoria o violenta...».

Dice Engels que cuando se cree tener la verdad definitiva de última instancia y el único proceder científico riguroso, es inevitable el desprecio total por el resto de la humanidad, errada y acientífica... ese es el sentimiento del señor Dühring ante sus predecesores y los grandes pensadores. Finaliza la Introducción con estas palabras: «Tras de lo cual moriremos sumidos en el más profundo respeto por el genio más poderoso de todos los tiempos. A condición de que todo sea efectivamente como él dice».

Todo obrero que tenga la aspiración de transformarse en proletario consciente debe conocer la historia de su movimiento, su origen, vicisitudes, experiencias, victorias y derrotas en su lucha de clase. Solo así se puede comprender que la teoría es la experiencia del Movimiento Obrero de todos los países tomada en su aspecto general; que, si los obreros no cuentan con un Partido político independiente, su lucha será malograda y puesta al servicio de los intereses de otras clases; que el oportunismo es el principal respaldo de la burguesía en el seno del Movimiento Obrero y sin su derrota será imposible vencer a la burguesía y al imperialismo.

• • •